

CENTRO NACIONAL D

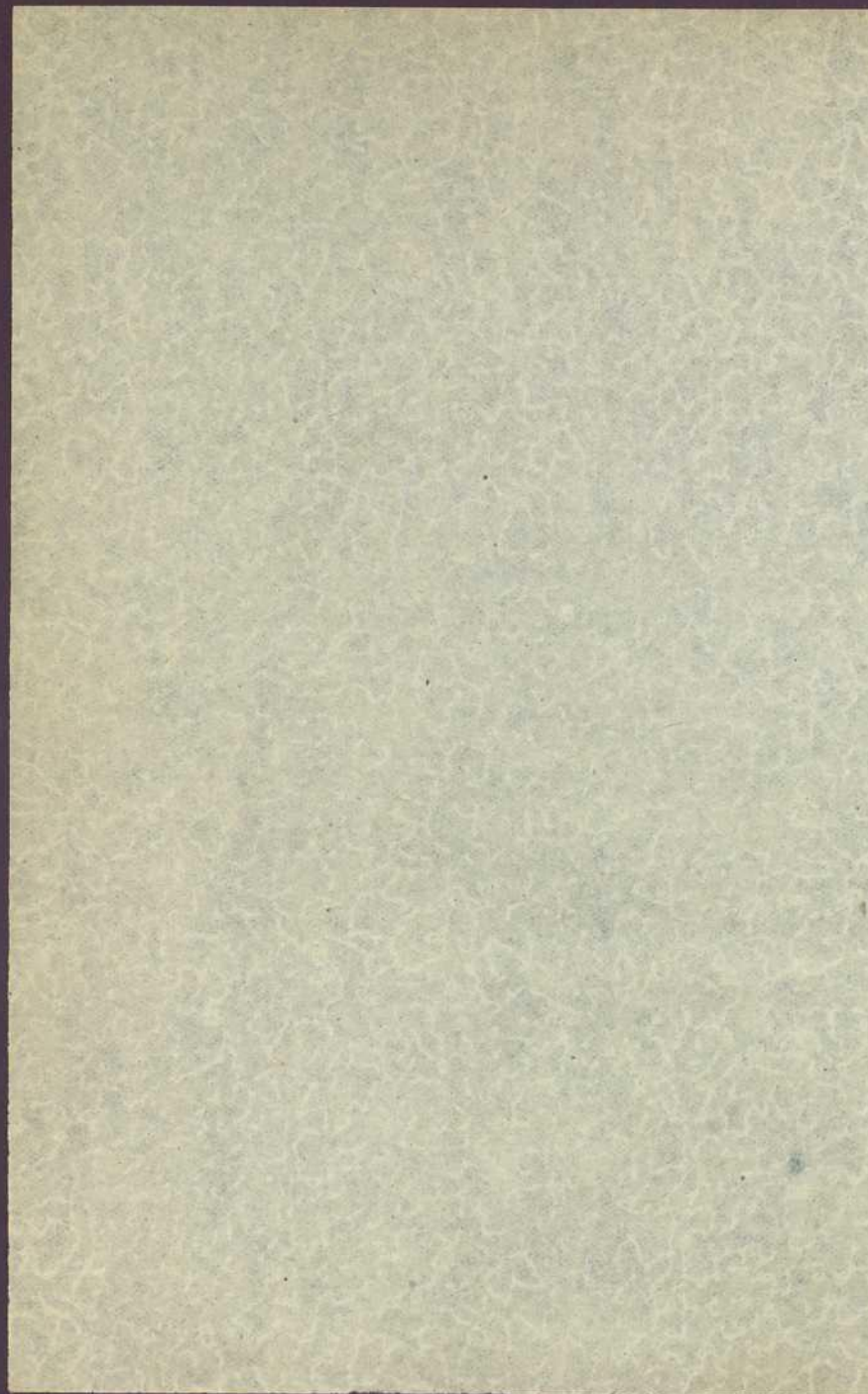
Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante D-5

Signatura 251





FA-4851

OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN
CONDESA DE PARDO BAZÁN

SUD-EXPRES



LIBRARY OF THE

EMILIA PARDO WATKIN

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

SAN FRANCISCO

FA-9851

EMILIA PARDO BAZÁN

CONDESA DE PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO XXXVI

SUD-EXPRES

(CUENTOS)

QUINTA EDICIÓN



R-4036
MR-11.853

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6

EMILIA BARDO BAZAN

OPUSCULO DE BARDOS

OPUSCULO COMPLETO.—TOMO XXVI

SUD-EXPRES

(QUINTOS)

QUINTA EDICION

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



EDITORIA NUEVO

VALLADOLID.—IMPRESA DEL COLEGIO SANTIAGO

SUD-EXPRES

Por las campiñas llanas, cultivadas como jardines, salpicadas de quintas blancas con tejados rojos, bajo un sol tibio y claro, el tren de lujo corría, corría hacia París. Los labriegos, las hortelanas que guiaban el carricoche atestado de hortalizas, al ver cruzar el raudo convoy, experimentaban esa impresión peculiar, de envidia respetuosa, que infunde el espectáculo de lo inaccesible social.

Al través de los altos y claros vidrios se divisaban un momento las mesas del «restaurant», ocupadas por gente que comía y bebía a placer. Era una visión de cinematógrafo, desvanecida al punto mismo entre el penacho de humo y pérdida en la distancia; y el hecho vulgar, sencillo, de almorzar así, servidos por camareros correctos, adquiría ante los espectadores, gracias a la velocidad del tren, a lo instantáneo de la imagen, una grandiosidad de alta vida, un realce novelesco y aristocrático.

Desde que cruzamos la frontera, yo me había acurrucado en un ángulo del coche-salón, dejan-

do sobre la mesa fija el libro de amarilla cubierta y el saquito, y observando, tras el velo de gasa gris, con la picante curiosidad de quien se encuentra en terreno desconocido y fértil, a mis compañeros de algunas horas de viaje. Eran familias sudamericanas, con racimos de niños atezados, elegantemente ataviados a la última moda británica; eran señoras solas, perfumadísimas, provocativas en su vestir; eran señores mayores atildados, de adinerado aspecto; eran inglesas formales y reservadas, que se tenían derechas y rechazaban no sé cómo, la invasión de la carbónilla, mostrando limpia la tez, de esmalte rosa, y el pelo, de oro cardado, alisadito. Y eran, por último, parejas todas miel, que sin importárseles un bledo de la galería, se aislaban en dúos confidenciales y babosos.

Una de éstas se situó tan cerca de mí, que su cuchicheo, impidiéndome fijarme en lo que leía, fué causa de que cerrase la novela de Danilewsky y prefiriese ojear la realidad próxima—sin sospechar que en ella encontraría, en vez de idilio, los elementos de un drama oscuro—. Al pronto, sin embargo, era el idilio lo que saltaba a los ojos y hasta se metía por ellos, con insolencias de felicidad legítima y con niñerías propias de la eterna casa de locos de amor.

Mis dos recién casados—por tales les tuve—no quisieron almorzar en el restaurant. Yo tampoco: el traqueteo del tren me molestaba. Las razones que a ellos les imponían el retraimiento

eran sin duda de muy distinto género; buscaban la soledad para su refacción íntima. Lo comprendí al verles trocar una exclamación de alegría cuando el departamento se vació casi del todo, y un movimiento de impaciencia en la mujer—acentuado hasta el despecho—al notar que yo no me movía de mi sitio. Como no era posible echarme de allí, acabaron por resignarse y aparentaron olvidar mi presencia. Bajaron de la red el ligero cestito fiambarrera y se dispusieron a almorzar.

Ella rubia, esbelta—con esa ondulosa y mórbida esbeltez de las parisienses—, vestida de paño flexible, cenizoso, tocada con un sombrero del cual se escapaban inquietas dos alas blancas de ave, extendió la servilleta sobre las rodillas de él—joven, moreno, de una palidez biliosa, algo cejijunto—en aquel momento sonriente y bien dispuesto ante la perspectiva de la comidita de colegiales. Y fueron saliendo de la fiambarrera envoltorios pulcros—emparedados de hígado gordo, rosadas lonchas de jamón de York, tersas pechugas de gallina, pasteles menudos de esos que contienen un «bocado», una ostra envuelta en blanda bechamela—. A cada manjar que aparecía, exclamaciones de lisonjera sorpresa del marido, risitas orgullosas de la mujer.

«En todo piensas... Qué previsión... Es un banquete...» Y ella se hacía la misteriosa. «Verás, aguárdate...» Una media botella de Burdeos, otra de agua mineral, vasos de plata relucientes, el

descorchador. Nada faltaba allí. Juntando las rodillas para aprovechar la servilleta—y, era de suponer, para sentirse en contacto cariñoso—, la pareja empezó a despachar su almuerzo. Digo despachar, y digo mal: a saborear, lentamente, con delicadeza, con golosina y preocupándose cada cual, no del propio apetito, sino del ajeno. «Otro bocado... ¿No te gusta el jamón? Te voy a poner vino...» Y risas y comentarios, a cada incidente, al temblar del líquido en el vaso, al oscilar de los reducidos platos de porcelana cuando el tren aceleraba su marcha rapidísima...

Sin cesar de observarles al soslayo, mi atención, involuntariamente excitada, se concentró en una circunstancia que me parecía singular. «Ella», con diferentes pretextos, se levantaba dos o tres veces, y aproximándose a la puerta de comunicación, echaba una ojeada al departamento próximo, donde quedaba un solo viajero, que arrinconado, dormía o fingía dormir.—La gorra a cuadros, echada sobre la cara, la cubría a medias, pero se veía la barba castaña, bien recortada, y la boca juvenil, de labios salientes y gruesos. Siempre que «ella» realizaba esta maniobra, el «otro»—llamémosle así—abría los ojos y una fulguración viva lucía bajo la visera de la gorra. ¿Efecto de mi vista miope? ¿Efecto de la imaginación? Hubiese jurado que era verdad...

Y si lo era ¿qué significaba el idilio del almuerzo? Porque ahora, en el momento de los postres, se acentuaba el carácter idílico, y justa-

mente cuando, ya en guardia, miraba yo alternativamente al solitario del departamento próximo y a la pareja, ésta picaba un dorado gajo de «chasselas» que «ella» tenía suspenso en el aire.— Picaban con los dedos, y no sé si con los labios, entre sofocadas exclamaciones de júbilo y chanzas a media voz. La cajita de cartón atestada de marrones encorazados como guerreros de la Edad Media, de punta en blanco con su armadura de plata, fué saqueada entre monadas, ofrecimientos mimosos, partijas a la mitad de un marrón y otras tonterías que no dejaban lugar a la duda... Aunque yo hubiese pensado un instante si se trataría de dos hermanos, los postres me desengañaron plenamente. No, aquello no era fraternidad...

En lo mejor de los postres estaban; todavía un envoltorio, de dulces o de fruta, no había sido desenvuelto, cuando «ella» dió señales de inquietud.

—Mi saco... Mi saco de cuero de Rusia... ¿Dónde podré haberlo dejado?

—¿Quieres que mire?—indicó él solícito.

—Te lo agradecería... Debe de estar hacia allá, en la rejilla del «sleeping»...

Levantóse «él», y yo sentí una impresión casi de terror ante tanta osadía, pues aquel saco de cuero de Rusia, con remates de níquel, se lo había visto deslizar a «ella», antes de abrir la cesta de los víveres, bajo el asiento, disimuladamente... No tuve tiempo, por otra parte, de discu-

rrir acerca de contradicción tan extraña, porque «ella», hasta sin aguardar a que el engañado traspusiese el pasillo que une a los coches salón, se lanzó en sentido opuesto, hacia el departamento inmediato; y como el de la gorra acababa de incorporarse, encontráronse a medio camino, y cayeron el uno en brazos del otro con ímpetu y abandono tales, que se diría que en lugar de abrazarse, se fundían e incrustaban, y para separarles habría que emplear el hacha y el cuchillo.— ¿Duró mucho el terrible y peligroso abrazo? Tal vez un segundo, tal vez cinco minutos o más... No respiraban, no daban la menor señal de inquietud, y yo en cambio sentía un miedo ridículo; mi corazón saltaba, mis ojos no se apartaban del lugar por donde podía presentarse el traicionado, después de buscar infructuosamente el saco de cuero...

Al fin se desenlazarón. Respiré... Ella pasó a mi lado, bajando los ojos, y desde su asiento me echó una mirada indescriptible, de súplica, de angustia, de desesperación. Él se arrinconó, se cubrió con la visera la cara, aparentó el sueño malhumorado de antes. Era hora; el otro volvía, hablando de llamar al camarero, de reclamar el saco. «Perdona—suplicó *ella*—; soy una aturdida; acabo de verlo aquí.» Él no manifestó extrañeza ni descontento. Abrieron pacíficamente el intacto paquetito, y se repartieron los albérchigos de Montreuil, una delicia de maduros...

Y en todo el camino no volvió a suceder nada

de particular, nada absolutamente. La pareja no se separó; leyeron periódicos, dormitaron, charlaron con afecto boca a boca; por la tarde comieron juntos en el restaurant.

Cuando nos bajamos en la estación y nos dispersamos y les vi desaparecer cogidos del brazo—tras el mozo que cargaba el saquito de cuero de Rusia, las mantas y la fiambarrera—discurrí si habría soñado...

EN BABILONIA

Apenas—empujado por el gentío, aturdido por el vocerío, quebrantado del largo viaje—se vió en la estación, miró alrededor con una curiosidad insaciable, ardiente. ¡Babilonia! Diferente debía de ser allí hasta el aire que se respirase, en el cual flotarían, de seguro, partículas de embriagadora esencia. Tan preocupado y absorto se quedó, que un mozo de la estación tuvo que darle un grito, llamándole a la realidad. Era preciso verificar el salvamento del equipaje, pensar en maletas, sacos y portamantas... Luis se avisgó, y diez minutos después rodaba en fiacre, camino del hotel de primer orden.

Las luces y las sombras de la ciudad; esa grandeza misteriosa que adquieren las hiladas de edificios en las horas nocturnas; las masas imponentes de los jardines de arrogante arbolado, entrevistas a derecha e izquierda; el espejear del río, ancho y majestuoso bajo la espaciada diadema de sus regios puentes... Todo habló al alma de Luis, pero distinto lenguaje del que esperaba. Aquello no era la Babilonia diabólica de pérfido

atractivo, la Babilonia *inquietante*. Esta palabrilla la tenía Luis clavada en el pensamiento. ¡*Inquietante!* Los veintiún años de Luis suspiraban por inquietudes, como los sesenta suspiran por la paz...

La pícara suerte había querido que hasta entonces sólo pacíficos mares navegase aquel esquife nuevo, ansioso de tormentas. Entre un abuelo precavido y severísimo y una madre de estrecho criterio y devotas costumbres, Luis, en su rincón de provincia del Sur, vegetaba sanamente—¡es tan sano vegetar!—criando cuerpo y sangre, atesorando energía juvenil, quedándose algo inocentón, con esa inocencia semifísica que tan presto se evapora. La muerte le emancipó en un año: aun llevaba corbata negra cuando saltó del tren. Al perder a sus celosos guardianes—primero la madre, después el abuelito—, Luis no pensó más que en estar triste y hallarse solo y abandonado—soledad y abandono de niño.—Los amigos íntimos, que en la juventud surgen como por arte de magia, le sacaron de sus casillas—honradas y soñolientas casillas donde encajaban mal un espíritu ávido de vivir.—Pero a la vez era Luis refinado, exigente, de los que a cada goce y a cada sensación preguntan: ¿no hay más en el mundo? Y en el desate impetuoso de sus pasiones de mancebo, Luis sufrió cierto hastío; a ser poeta, hubiese exclamado: «Quiero cielos de más luz, flores más bellas, perfumes inéditos, alegrías no sentidas antes.»

—Vete a Babilonia—díjole en profana prosa el pintor Darío Dagués, que de Babilonia contaba y no acababa, pues había pasado en la gran capital una quincena.

—Vete a Babilonia—confirmó el literato Silvestre Monares, que jamás había puesto en Babilonia los pies, pero era lector asiduo de los autores quintaesenciados y eróticos de la nueva generación—. Sólo allí se encuentran complicaciones y sutilezas deliciosas. Babilonia es el bosquecillo de la antigua Afrodita, animado por el soplo de una civilización mucho más honda, basada en el cultivo de los nervios.

—Vete a Babilonia—opinó también la calamidad de Paco Espuela, igual a Silvestre en lo de conocer a Babilonia de nombre, pero que tenía arrendada una amigota babilónica, y, reventando de vanidad, no se trocara por el Gran Turco—. Aquellas son mujeres. Y te saltan bajo los pies, lo mismo que las liebres en tu coto. Anda, hijo, ¿para qué quieres las pesetas que hicieron la tontería de dejarte?

Y Luis cerró el baúl y partió—con su Babilonia dentro—. Era una ciudad dorada a fuego, esmaltada de policromos esmaltes. En sus jardines los cálices exhalaban deleitoso y ponzoñoso aroma, que adormecía como el beleño, o exaltaba como el vino secular encontrado en las ánforas pompeyanas y calcinado por los volcanes. Sus habitantes, epicúreos coronados de rosas, o vencedores ceñidos de laurel, no se parecían a los

demás hombres: vibraban y libaban, con perversidades finas y novelescas, el jugo de una existencia inimitable. Renacían en cada esquina los personajes de la depravación histórica, revestidos de su aureola de misterio que turba el corazón: Marco Antonio con sus orgías, César con sus promiscuidades, Heliogábalo con sus insaciables ansias, los Borgias con sus satanismos, y sobre todo, una sarta de Evas, perlas negras, rosadas o blancas—derretidoras de médula, calcinadoras de huesos, sorbedoras de sangre, bebedoras de alma—, emboscadas y acechando,

como entre flor y flor sierpe escondida...

Y Luis, temblando de ilusión, abría los brazos y llamaba a la serpiente, anhelando sentir sus elásticas y frías roscas alrededor del cuello...

Ya rodaba hacia el hotel. Ya se lavaba y atu-saba en la habitación pulcra y silenciosa, que le destinaron. Ya bajaba, para echarse inmediatamente a la calle. No eran más que las once de la noche; debía de empezar entonces la fiebre orgiástica de Babilonia.

¿Empezar? Sin duda sería más tarde... Porque ahora estaba todo cerrado, todo apagado, todo recogido; luz en dos o tres aisladas ventanas; en las anchas plazas y avenidas el rodar, que parece más lento, como fatigado, de los últimos coches y el rápido, casi fantástico, cruzar de automóviles invisibles, delatados por su gran pupila de cíclope, de intenso rubí... Hasta las dos de la madrugada

vagó el viajero por las calles de Babilonia durmiente, esperando que despertase rugiendo como una tigresa bacanal, y observando, al contrario, su respiración a cada momento más encalmada y tranquila. Sólo en algún café, en dos o tres a lo sumo, notó cierta excitación... Allí se cenaba. Una mujer muy pintada, cargada de joyas, se bajó de una berlinita y entró provocativa, resuelta... Extrañaba y desentonaba aquella hembra trasnochadora.—Era una nota estridente en medio de un acorde suave, *pianísimo*.

Luis no pudo conciliar el sueño. ¿Qué significaba aquéllo? ¿Dónde encontrar a Babilonia? Al otro día madrugó y comprobó que Babilonia madrugaba también, sacudiendo sin pereza sus velos de rosada neblina. Un ejército de trabajadores barra, limpiaba, fregaba, frotaba. Los vidrios eran diáfanos, los metales relucían. Luis encontró mujeres bonitas. Iban en pelo, o cubrían sus cabellos gorrilla blanca. Llevaban al brazo cajas, paquetes—y sus caras, ya lavadas, frescas del chapuzón, se volvían indiferentes ante la ojeada del viajero. Se apresuraban en demanda del pan cotidiano...

Al recogerse al hotel, Luis oyó ruido en la habitación contigua, de la cual le separaba delgado tabique y una puerta cerrada con doble vuelta de llave. «Tenemos vecindad...» Y ese pueril interés por lo que la casualidad nos pone cerca—peculiar de los viajeros inexperimentados, que a cada instante esperan la aventura—se despertó en el mo-

zo. Escuchó involuntariamente y se estremeció. «Enamorados... una pareja...» Lo que resonaba en los oídos de Luis era una voz femenil, de una entonación apasionada, que recorría toda la escala del sentimiento. Requeiebros entrecortados, ternezas hondas, arrobos casi místicos, arrulladoras monerías, balbucear confuso, velado; gorjear como de ave que anidará pronto... y algo de salvaje vehemencia dolorosa en ciertas exclamaciones, en ciertos momentos que a Luis le parecían interminables... ¡Allí aparecía Babilonia al fin! ¡Babilonia y sus Evas diferentes de las del resto del mundo, iniciadoras en los supremos misterios!

Ya percibía Luis la anhelada inquietud. Apenas dormía; la comida—la ponderada cocina babilónica—le era indiferente. Daría algo bueno por ver a aquella mujer... y sin resultado lo intentó, bajando al salón de lectura, rondando el comedor, apostándose en la escalera. Vió entrar en el cuarto de la desconocida a un mozo cargado con bandejas de servicios distintos—café, almuerzos, cerveza—y perdió las esperanzas; la pareja se hacía servir en su habitación... Sin duda era refinamiento, por no malgastar minutos, pues la voz mágica, vibrante o sorda, seguía penetrando por el tabique y tenía acentos misteriosos de tristeza, y efusiones de locura, y arranques de delirio; y no era sólo la voz, era el prolongado estallido de la caricia lo que traspasaba la madera. Luis empezaba a sufrir, a envidiar y a retorcerse.

«Él—pensaba con ese alarde de desprecio ca-

racterístico del celoso—debe de ser un idiota. Se deja querer, se deja halagar, y no responde. ¡Necio! ¡Para él no se hicieron las ansias del ideal!»

Ya trastornado, Luis intentó la indiscreción de mirar por la cerradura. Halló un papelito, enrollado, que la tapaba. Arrancó el papel, pero nada vió: sin duda, por exceso de precaución, habían colgado ropa o una cortina delante de la puerta. Estuvo a pique de cometer una barbaridad, de fingir que se equivocaba y entrar de rondón en el cuarto... Y al fin se le ocurrió lo más sencillo...; algo muy vulgar, ¡pero infalible! Dió cinco monedas de plata al camarero y le preguntó:

—¿Quiénes son esos enamorados vecinos míos? ¿Me lo podría usted decir?

—¿Enamorados?—contestó el camarero con asombro—. Ahí no hay más que una señora bien desgraciada, con un niño enfermo, y mudo a causa de la enfermedad. Le traje aquí para consultarle; ayer le llevó a casa del doctor... y parece que no hay curación posible. La pobre señora da pena... Está loca de sentimiento. Ya se sabe: ¡las mamás!...

Y esta fué la aventura de Luis en la inquietante Babilonia.

LA RISA

Conocí en París a la marquesa de Roa, con motivo de encontrarnos frecuentemente en la antesala del célebre especialista en enfermedades nerviosas doctor Dinard. Yo iba allí por encargo de una madre que no tenía valor para llevar en persona a su hija, atacada de uno de esos males complicados, mitad del alma, mitad del cuerpo, que la ciencia olfatea pero no discierne aún, y la marquesa iba por cuenta propia,—porque era víctima de un padecimiento también muy singular—. La marquesa sufría accesos de risa sin fin, en que las carcajadas se empalmaban con las carcajadas, y de los cuales salía despedazada, exánime, oscilando entre la locura y la muerte.

Uno tuve ocasión de presenciar en la misma salita de espera del doctor, de vulgar mobiliario elegante, adornada con cuadros y bustos que atestiguaban el reconocimiento de una clase muy expuesta a la neurosis, los artistas; y aseguro que ponía grima y espanto el aspecto de aquella mujer retorciéndose convulsa, hecha una ménade, sin una lágrima en los ojos, sin una inflexión tierna

en la voz, escupiendo la risa sardónica y cruel, como si se mofase, no sólo de la humanidad, sino de sí misma, de su destino, de lo más secreto y hondo de su propio sér...

Fué el especialista, que se hizo un poco amigo mío y a quien invitamos a almorzar en nuestro hotel varias veces, quien me enteró de la causa del achaque, que no acertó a curar, sino solamente a aliviar algo, consiguiendo que las crisis crónicas se presentasen con menos frecuencia. Él me refirió la historia, justificando así su aparente indiscreción:

«Se trata de cosa muy pública en la ciudad española donde ocurrió, y me sorprende que usted no esté enterada; pregunte a cualquiera de allí y se lo referirá punto por punto. Yo tengo que confesar a mis clientes, pues dada mi especialidad, el conocimiento de los antecedentes psicológicos me sirve de guía. ¡Camino por una selva tan oscura; es un misterio tan profundo éste de la neurosis! Y no crea usted que ha sido negocio fácil la confesión, porque, al acordarse no más de la causa de su risa, la marquesa se siente acometida de nuevas crisis furiosas, y ríe, ríe, ríe inextinguiblemente...

Parece que esta señora, joven y bella entonces (hoy el horrible mal la ha desfigurado), estaba enamoradísima de su marido, con el cual se había casado contra toda la voluntad de su madre. Ella era rica, poderosa: dehesas, cortijos, olivares, y el título hereditario. Él no poseía capital, a

menos que por capital se cuente lo agradable de la figura, lo simpático del trato, un encanto especial que le atraía corazones. Manolito—así le llamaban sus amigos—se contaba en el número de esas personas imprescindibles en toda fiesta y jarana; y, a pesar de su casamiento, continuó, en parte, haciendo vida de soltero alegre, consintiéndolo la marquesa. No me parece mal—decía ésta—que te diviertas con los muchachos jóvenes. Lo que no habré de tolerar será que estas diversiones sirvan de pretexto a devaneos con mujeres. Si quieres a otra, si otra te atrae más que yo, me lo dices: podré habituarme a vivir sin tu amor, pero nunca, ¿entiendes?, soportaré en ti, amándote como te amo, la mentira. Acuérdate de esto, Manolo... Mira que yo creo en ti, y que para existir necesito creer. No me mientas, ¡eso nunca! No podría resistirlo...

Debió él de prometer y aun jurar—todo eso que se hace en análogas situaciones—y ella, con la confianza propia de las almas nobles, de la gente incapaz de vileza, se fió sin recelo alguno en promesas y juramentos. Por la maldad de la naturaleza humana, a los confiados es a quienes más se engaña, hasta sin escrúpulo. Manolo sabía que Dolores Roa era incapaz de espionaje, y que si llegasen a traerla chismes y delaciones, antes prestaría fe a las palabras del hombre amado que a las de los extraños; así es que, no mucho después de la boda, comenzó a enredarse en aventurillas galantes, y acabó por establecer re-

lación íntima con una de las amigas de Dolores, señora de la mejor sociedad, esposa de un banquero que hacía continuos viajes a París, Londres y Hamburgo, lo cual daba a los amantes facilidad para verse y pasar reunidos largas horas.

Explicaba Manolo las ausencias con cacerías, comidas, expediciones y giras en compañía de sus amigos, y Dolores, fiel a su sistema de tolerancia cariñosa, llegaba hasta animarle para que no faltase, y celebraba a la vuelta las anécdotas y lances de la función, referidos por Manolo con humorística gracia, porque el hábil engañador tenía cuidado de no mentir siempre, y de concurrir no pocas veces, en efecto, a las distracciones adonde decía que concurría, por tener—si su mujer preguntaba o hacía indagaciones—más elementos para justificarse en cualquier caso.

Una noche acostóse Dolores nerviosamente intranquila, sin saber el motivo. Mejor dicho: lo sabía, o se figuraba saberlo. Manolo formaba parte de numerosa expedición por el río abajo, a caza de patos silvestres; iban en un vaporcillo viejo, comprado de desecho y que se alquilaba para estos casos, y Dolores, noticiosa del mal estado del vapor, sentía una angustia profética y vaga, en que el corazón parecía reducirse de tamaño—son sus palabras—y convertirse en una bolita microscópica. Española de raza, saltó de la cama, encendió dos velas a una Virgen de los Dolores traspasada con los siete puñales, y rezó largas oraciones antes de volver a recogerse. Su

sueño fué agitado, lleno de terribles pesadillas; veía a Manolo con la cara negra, el pelo pegado a las sienes, chorreante, y despertó gritando, llamando a su esposo con infinita ansiedad.

Era la hora del amanecer, tan poética en los países del Mediodía. Los azahares perfumaban el aire, y el sol salía claro y puro, como si acabase de bañarse en las aguas del río. La marquesa, reanimada, se arregló el pelo y se puso una mantilla para ir a misa a la iglesia próxima. Al primer grupo de gente madrugadora que encontró se detuvo, hecha la estatua del espanto. Hablaban de una catástrofe, de la pérdida de un vapor en que iba gente conocida, de fiesta y broma, a una cacería de patos en el río... Se habían salvado pocos, pereciendo ahogados los más.

Blanca como la pared, castañeteando los dientes, Dolores apenas tuvo fuerzas para volver a su casa, tambaleándose. Loca y paralizada a la vez, ni sabía qué hacer, ni a quién llamar; lo inmenso del horror la trastornaba. Sólo acertaba a repetir: «¡Manolo! ¡Manolo!» con el acento del que llama a un sér sobrenatural... Y cuando repetía con más dolor y extravío: «¡Manolo!...» he aquí que aparece en la puerta Manolo en persona, sonriente, alegre, tendiéndola los brazos... No se sabe qué instinto de lucidez, qué extraña astucia vital se desarrolla en momentos supremos. Lo cierto es que Dolores, encarándose con su esposo, en vez de referirse a la catástrofe, hizo esta extraña pregunta:

—¿Os habéis divertido mucho, eh? ¿No ha ocurrido nada desagradable?

—¿Qué iba a ocurrir? Una excursión deliciosa... boníffsima...

Y ella, entonces, después de mirarle fijamente, rompió a reír a carcajadas... ¡Su risa llenaba la casa de ecos fúnebremente burlones; reía sin tasa y sin fregua; abofeteaba, escupía su risa al rostro del descarado engañador, que llegaba en derechura de pasar su noche amorosa, y no sabía palabra de la catástrofe...!

Y desde entonces, Dolores rió, rió insensatamente, retorciendo sus nervios, gastando su vigor en la convulsión de aquella risa, escarnio de su ilusión destrozada, de su alma generosa en ridículo...

Riendo se separó del embustero, riendo arrastró su amargura por tierras lejanas...

Ahí tiene usted la explicación de la enfermedad extraordinaria de la marquesa de Roa. »

JOHN

Aquel diván del «Smart-Círculo», obra de Maple, empezaba a fatigarse de resortes, a consecuencia de haberlo elegido Federico Galluste y yo, dos amigotes, para nuestras confidenciales charlas, ondulatorias y polseromas como los cendales de Loÿe Fuller. Al diferenciarnos, nos completamos. Galluste tipo de «clubman» y de «sportman», corregía mis frecuentes faltas de «elegancia suprema»; un servidor de ustedes, algo más intelectual, le enmendaba la plana del pensar a menudo. Debo confesar, sin embargo —aun cuando finalmente hayamos reñido Galluste y yo, por motivos que los caballeros no publican—, que este muchacho tuvo siempre el don de no parecer ignorante, merced al tacto exquisito con que evita discutir lo que no entiende, y el baño de conocimientos prácticos que le ha prestado su mundanismo. Huyendo como del fuego de la pendería, cuando no sabe, pregunta discretamente, o guarda hábil silencio.

En la época a que me refiero ahora, Federico —le llamaré así, porque nos encontrábamos en

ese período de la amistad en que el apellido no existe—andaba muy preocupado: le faltaba algo esencial, indispensable a un joven tan distinguido,

Ya se comprenderá que este «algo» no era novia, ni... Eso se encuentra siempre, suponiendo que se busque, y a veces sin buscarlo. En este particular nos hallábamos conformes los dos amigos, siendo asaz curioso que más adelante nos hayamos peleado..., cabalmente por «eso» que se encuentra a puntapiés. Tampoco era dinero lo que echaba de menos Federico. Apenas si empezaba a morder en su saneada hacienda. Para decirlo pronto: faltábale un criado a la moderna, un ayuda de cámara «según su ideal». ¿Dónde anidaría tal fénix? El sirviente apetecido tenía que saber mucho; conocer a fondo los misterios de la perfecta «tenue» y del «confort» refinado y exasperado, sin el cual no se concibe la vida; entender a un volver de ojos, adivinar lo que no entienda, no importunar jamás, no poner en ridículo a su amo ni en caso de muerte; ser otro yo de su señor; desviarle de los pies las chinitas, ahorrarle toda molestia, y salvaguardar su amor propio y sus vanidades, fuétano del alma contemporánea...

—Me temo—susurraba con resignada melancolía Federico—que nada lograré hasta el otoño (estábamos en Marzo); y eso, si voy a las cacerías de Escocia con los Ambas Castillas y los Mordaunt... Sólo en tierra británica se cría esa

casta de servidores. Entretanto, bonito invierno me espera. ¿Tú habrás leído en algún verso que la felicidad consiste en el amor, o en la gloria, y en tratados muy doctos, que consiste en los millones? Ríete a carcajadas. La felicidad es un criado como el que yo sueño; ni honrado ni adicto, pero... enterado. ¿Que me robará? Me robará con uñas limpias; ahora me roban con manos puercas. La felicidad es el bienestar de cada momento, y ese bienestar nos lo preparan los sirvientes. Mi bienestar se compone de más mentudencias que el de los otros mortales; tengo mis manías; sí, por ejemplo, mis pares de botas no están alineadas perfectamente, soy desgraciado un minuto; y varios minutos de desgracia hacen un día infeliz... ¡Bien, paciencia!... Si no aparece lo que he soñado, soy capaz de casarme... supuesto que mi mujer reúna condiciones para sustituir a mi ensueño!

Y la cara de Federico, tostada y rojiza por el aire libre y los ejercicios de sus deportes, se nublaba de mal humor.

Una tarde, a hora desacostumbrada, llegó mi amigo radiante de júbilo. Me precipité a su encuentro. Riendo cordialmente, nos desplomamos en el diván, tendiéndome él su petaca provista de deliciosos Londres.

—¿Qué, ya tenemos en campaña a la hermosa Estrella?—fué mi pregunta de confidente bien informado.

—¿Estrella? ¡Bah! Ese alegrón no me saldría

a la cara. Un día u otro ha de suceder... Se me figura que está escrito en los demás astros... Mi dicha es mayor. ¡Ya tengo el ayuda de cámara! ¡Ya le tengo!

Y me abrazó, y le abracé. ¿Era posible? ¿Aquella joya?

—Ni más ni menos... Hay Providencia; yo siempre dije que la hay. Ha sido un milagro... Figúrate que le traje de Inglaterra Casa-Morán, ahora, cuando formó parte de la misión extraordinaria...

—¿Y por qué le ha despedido tan pronto?— exclamé, obedeciendo a ese recelo instintivo siempre prevenido contra los servidores.

—¡No; si quien se ha largado es John!— declaró Federico, triunfante—. Tú conoces a Casa-Morán y las incongruencias que se permite. Un tío grosero, un andaluz de caja de pasas. A la primer incongruencia, John frunció el ceño; a la segunda, torció el gesto y se puso más serio que nunca; a la tercera... ¡buenas noches! Lo que él dice: ¡Aaoooh! el honorable sir Casa-Morán no es lo bastante «gentleman» para que yo le sirva.

Celebramos mucho el digno rasgo de John, y quise conocer en seguida al ideal sirviente. Federico me invitó a almorzar en su *garzonera*. ¡Qué primor de almuerzo! John no lo había guisado, pero había dirigido la lista, elegido y buscado los vinos, organizado el servicio, modernizado el comedor, arreglado toda la casa. Cuarentón, ra-

surado y grave, parecía presidir cuanto le rodeaba, con autoridad infalible de hombre amantado a los pechos de la superioridad anglosajona. Me despedí de Federico muy tarde ya, felicitándole nuevamente. Aun cuando él y yo sentíamos un vago mareo explicable por el champaña «brut», nos quedaba discernimiento suficiente para declarar que John era una perla muy rara.

Apenas hay hombre que no conozca, por largo o breve plazo, la dicha. Según Federico preveía acertadamente, gracias a John la disfrutó completa. Es incalculable el postín que le dió entre los super-elegantes de la corte la posesión de tal criado, al cual pagaba espléndidamente y no ponía cortapisa alguna. Eso sí; el calzado, las camisas, en suma, la ropa de mi amigo, dijérase que era de otros cueros, lienzos y paños que la del resto de los mortales. Y no sólo en el vestir, en cuanto hacía Federico notábase la huella del genial sirviente. Un perfume de incomparable «chic» se desprendía de la persona y las mínimas acciones del amo de John. Se imponía Federico; subía; era árbitro y dictador, por virtud de su ayuda de cámara.

—¿Y John? ¿Estarás loco con él?—le dije cierto día.

La frente de mi amigo mostró el surco de una arruga.

—Te diré... Convenido: es el servidor único, sublime... Solamente dudo si llamarle servidor o

llamármelo a mí propio. Hemos llegado a que me dice: «hay que hacer esto...» y lo hago cantando o rabiando. No siempre está uno dispuesto a obedecer. Figúrate que, por ejemplo, cuando le encargo de... cartas... o cosa parecida... no desempeña la comisión si no se trata, como él dice, de una «first class lady...» «Yo no puedo aceptar la responsabilidad de que se encanalle el señor...» Y extravagancias por el estilo. No me permite un devaneo con una cursi; aun dentro de la buena sociedad (la conoce ya al dedillo, no sé cómo se las ha arreglado) no tolera sino a la media docena de señoras *chic...* que, como sabes, ¡están ya muy *defraîchies!*

—Pues creo que eso honra a John, y que John vale más que el mujerío de segunda.

Transcurrieron algunos meses. Me fui de verano. A mi vuelta—al apoderarme nuevamente del diván, obra de Maple—cayó a mi lado el gallardo cuerpo de Federico, y oí su voz prodigándome bienvenidas. No nos habíamos escrito; Federico no escribe sino en casos especiales.

—¿Y John?—interrogué casi al momento.

Un reniego y un suspiro fueron la respuesta. Castañeteó los dedos, y entendí.

Hice con el pulgar y el índice ese ademán que siempre significa «cuestión de dinero;» mi amigo negó con el índice también, y pronunció a borbotones, en frase truncada, desahogándose en un arrebató de absoluta franqueza:

—Verás... lo inaudito en servir; un servicio

mágico. Corriente. Dómine mío; maestro él y yo aprendiz... A cada momento lecciones de lo que es honorable, conveniente, bien, mal, correcto, incorrecto, de buen tono, de mal tono... Y lecciones mudas la mayor parte, con los ojos, con la expresión—que aun irrita más...—Sentíame hecho un doctrino; sentíame inferior, inferior de nacimiento, irremediablemente. ¡No esperar llegar nunca a «gentleman»; no pasar de hidalgo anticuado, falto de estilo! Al cabo, se me sube a las narices la sangre española... Reclamo el derecho de ser incorrecto, incivilizado, «shocking»; de hacer lo que me dé la gana, ¿estás? o lo que llevo en las venas por atavismo... El derecho de mojar las galletas en el té, si me place; hasta de comer con el cuchillo... o con los dedos, ¡qué demonio! Y lo echo todo a rodar... y le pego cuatro empellones, y le planto en la calle... ¡Pues hombre! ¡Sólo faltaba! ¡Viva la libertad! ¡Olé! ¡Cada uno es cada uno!

—¿Y... cómo te arreglas sin John?—murmuré así que Federico acabó de desfogar.

—¡Ah! Muy mal...—respondió pensativo—. Tan mal... que ando en pasos para quitárselo a Manolo Lanzafuerte, que lo tiene ahora. Volveré a echarme la cadena... Los débiles no podemos ser libres mucho tiempo. ¡Imagínate que mi actual ayuda de cámara no se baña nunca! ¡John se bañaba diariamente y olía a jabones británicos! Los fuertes se imponen... Saber su obligación como se sabe una ciencia, es un modo de ser fuerte.

—No tener necesidades complicadas es otro—
contesté, echándolas de moralista.

—Soy de mi siglo...—Y Federico, suspirando
más hondo, me tendió un cigarro de su lindísima
petaca inglesa.

GLORIOSA VIUDEZ

Todo el fervor del neófito y toda la devoción del seide hacían temblar mi mano cuando la puse en el llamador de la casa del ilustre Soffas, señalada con una lápida de honor, y donde continuaba residiendo su viuda.

Me llevaba allí el deseo de documentarme para escribir un estudio, o más bien un elogio, de las obras de aquella lumbrera, en las cuales había yo bebido ampliamente la enseñanza y la doctrina. Por cierto que Gaspar Roelas, uno de mis amigos, en un Círculo intelectual, hizo todo lo posible para disuadirme de la visita al domicilio de Soffas. «Si piensas elogiar—repetía—, no te documentes. Los documentos son un estorbo para los panegíricos. Siempre que ahondamos, socavamos cimientos». No hice caso de estas blasfemias; mi entusiasmo por el maestro era superior a insinuaciones tan malignas.

Confieso que en el momento de dar los golpes y de oírlos resonar sordamente en las profundidades de la vivienda, me oprimía el corazón un temor muy natural. Iba a encontrarme frente a

frente con la amante compañera de Soffas, con la que le asistió, cuidó y veló en sus últimos años. ¿No sería un desencanto inmenso que aquella señora, favorecida por la suerte con honra tan señalada, apareciese indiferente a ella y se creyese viuda de un hombre como los demás? ¿Iba yo a encontrar dentro del templo de mis devociones el piadoso culto o la indiferencia impía?

Desde que se abrió la puerta empecé a tranquilizarme. Ya en la antesala vi, cuidadosamente ordenados, en bruñidos estantes, los libros del sabio. El despacho en que me introdujo una criada modesta, era sin duda el del mismo Soffas, y el orden y el respeto al recuerdo brillaban en cada detalle. De la pared pendían las coronas que en ocasión de apoteosis solemne le habían sido ofrecidas; ni un átomo de polvo empañaba su follaje dáfneo. Su retrato al óleo, medio velado por un crespón, se alzaba sobre dorado caballete, a la luz más favorable. Sus últimos manuscritos estaban encerrados en linda arquilla de cristal, con placa explicativa de bronce. El modelado de su mano derecha, fundido en bronce también, se alzaba sobre un zócalo de mármol y terciopelo oscuro. Tales cuidados, que nunca son obra sino de cariñosa veneración, me indicaban que el corazón de la viuda albergaba los mismos sentimientos con que yo me acercaba a ella. No por eso me hallaba menos conmovido; al contrario.

Empujando una puertecilla de escape, entró impensadamente la viuda, y la saludé sorpren-

dido, al encontrarla joven y de buen parecer. Su luto sencillo y de corte airoso, realzaba la blancura de su cutis y el luminismo de su pelo rubio, peinado artísticamente. Una cadenita de azabache serpeaba alrededor de su busto.

En pocas palabras, algo balbucientes, porque la emoción me cortaba la voz, enteré a la señora de Sofías del objeto de mi visita. Necesitaba celebrar con ella varias entrevistas; rogaba que me fuesen confiados papeles y apuntes que me permitiesen dar a mi obra el atractivo y el realce del dato inédito; quería escribir acerca de Sofías y su labor admirable algo distinto y un poco mejor, o al menos inspirado en idolatría más profunda, que otras biografías y artículos. ¡Era preciso que la edad presente, que los países extranjeros, conociesen a Sofías tal cual fué verdaderamente, en toda su altura y representación intelectual!

La viuda, entristecida y grave, aprobó. Sabía por Sofías mi nombre, mis antecedentes. Podía ir allí siempre que quisiese, y hasta trabajar—favor soberano—en el mismo despacho del maestro, en su mesa, con sus cabos de pluma.

Salí de allí trasportado de orgullo y de alegría. Desde la mañana siguiente me dediqué con ardor al trabajo. La viuda me confió la llave de los cajones y armarios donde guardaba sus notas y borradores Sofías. Encontré verdaderos tesoros; al menos, a mí me lo parecían. Planes de obras, críticas y observaciones de esas que revelan el verdadero pensamiento de un escritor y

que no se confían a la publicidad, correspondencia interesantísima... Cuanto podía desear para mi empresa. La viuda, de vez en cuando, venía a saludarme, a preguntarme si algo necesitaba. A los quince días, como yo prolongase mi sesión de trabajo, se me presentó trayendo una taza de caldo y una copa de Jerez.

—Estará usted desfallecido... ¡Tanto papelear!
—murmuró, con su pálida sonrisa de monja.

Al mes, charlábamos frecuentemente, y poco a poco el atractivo de aquella conversación fué superando al de los papelotes. ¡No malicie nadie que esto consistiese en el sexo de mi interlocutora! Era que me hablaba de Sofías, y yo de Sofías la preguntaba y la volvía a preguntar, insaciable. ¿Qué caprichos, qué rarezas, qué costumbres, qué dichos, qué opiniones eran las de Sofías en este terreno, en el otro, en el de más allá? ¿De qué manera se desarrolló su enfermedad? ¿Cómo fué su muerte? Etcétera, etcétera...

Por sendas tan abiertas y francas llegamos, sin embargo, insensiblemente, a otros senderitos: salió a plaza la cuestión íntima del sentimiento, del amor, de la ternura. ¿La había amado mucho Sofías? Y al preguntar esto—prevalido ya de la intimidad que iba estableciéndose—, yo buscaba con la mirada, en las sienes de raso de la viuda, las huellas de unos besos ilustres...

Ella suspiraba, se enrojecía, y hasta sorprendí lágrimas en sus pupilas, del color de la pervinca primaveral.

—Es difícil contestar a eso...—murmuró al fin—. Yo creo que me quería, aunque no me lo demostrase *así*... vamos... con mucho fuego... Ya sabe usted que el estudio y el talento hacen a la gente... qué se yo... un poco huraña... Es decir, hablo en general... Mi esposo, el pobre, a sus libros, a sus cuartillas, a sus bibliotecas; no crea usted que en casa paraba mucho... Donde escribía era en la Nacional y se venía con su portafolio atestado de notas, de borradores...

—De modo que...—exclamé involuntariamente, con expresión extraña.

—Y además...—continuó ella palpitando—, nuestras edades... diferentes... Ya ve usted, Sofías al morir cumplía los setenta y uno... Y yo...

—Usted tendrá veintiocho...

—En seis meses se ha equivocado usted... Veintiocho y medio...—Y una llamarada de juventud alumbró la cara resignada y melancólica, y una risa dulce entreabrió los labios frescos y puros...

Sin saber lo que hacía, la estreché las manos, y en voz baja, apasionada, pronuncié su nombre. Ella cerró los ojos; se deprimía y alzaba su pecho, bajo la tirante lana negra de su corpiño enlutado... Salté de la silla, avergonzado y lleno de terror. ¡Estábamos ofendiendo la memoria gloriosa de Sofías! Me despedí atropelladamente, con propósito de no volver más allí; ¡nunca, nunca! ¡Sería hacerme reo de un delito, sería desmentir completamente mi ideal!—Al levantar la «por-

fière», me volví un momento, y vi que la viuda reprimía el llanto, apoyando el pañuelo sobre la boca.—¡Adiós para toda la vida!—pronuncié en mis adentros—. ¡No seré yo quien te despoje del blasón de ser viuda del eminente!... ¡No volverás a verme, mujer encantadora!... Así como así—pensaba al bajar la escalera, y por vía de consuelo—, ya tengo noticias y datos sobrados para redactar mi fundamental estudio.

SALVAMENTO

Camino del pozo, cuando apenas amanecía, Ramón Luis mascaba hieles. ¡Su mujer, su Rosario, engañarle, afrentarle así! Y no quedaba el consuelo de la incertidumbre. Bien había visto al condenado de Camilo Solines salir por la puerta de la corraliza, escondiéndose... La sorpresa le quitó la acción, y no le echó al maldito las uñas al pescuezo para ahogarle, como era su deber. Sí; Ramón sentía, en forma de ley que le obligaba imperiosamente, que era forzoso matar al amante de Rosario. Porque ella... a ella la quedaban ya en la piel, para escarmiento buenas señales, pero ¿qué más va a hacer el hombre que tiene cuatro chiquillos, que caben todos debajo de un cesto? No, no; la justicia en él, en el ladrón. Ya le atraparía en el fondo de la mina, por revueltas oscuras, y allí, sin más arma, sin agarrar un cacho de pizarra siquiera, con los puños... A la primer vaga luz del alba, Ramón se miraba las manos negras, recias, sin vello, porque se lo había raído el polvillo del carbón—y se le crispaban los dedos rudos, al pensar en la garganta delgada de su

enemigo. ¡Un chicuelo así, un hijo de perra... y por él pierde una mujer la vergüenza, se olvida de las criaturas! ¿Y si lo sabían los compañeros?... Mejor, que lo supiesen; ya verfan que no se juega con Ramón Luis...

El minero iba retrasado. Cuando penetró en el vasto cobertizo para recoger su lámpara, una piña de hombres obstruía el paso. Brotaban del grupo exclamaciones confusas, la angustia de una catástrofe. Preguntó.

—Hundimiento... No se sabe cuántos cogidos... Esperamos al ingeniero...

Llegaban mineros corriendo, atropellándose, que subían de galerías y pozos, al aire de galope del terror, ansiando convencerse de que no eran ellos los que se habían quedado abajo. Tremendo era el desplome; sin duda estaban cegadas todas las galerías del costado Sur de la mina, o la mayor parte al menos. El ingeniero llegaba ya, subido el cuello de la anguarina sobre las mejillas pálidas de sueño y de frío. Era joven, activo y nervioso, y dió órdenes terminantes.

—No perder minuto... Empezar por la galería de la izquierda...

—Allí es fácil que se hayan refugiado—murmuró un capataz viejo—. Pero estarán hechos papilla... espachurrados por los materiales...

El trabajo de salvamento comenzó algo desordenado al principio; después silencioso, regularizado, metódico. No esperaban; la fatalidad del hecho los aplastaba a ellos también. Ramón Luis,

distraído, hacía muy poco. El capataz llamó la atención a los de la brigada.

—¡Eh, alma, alma ahí! ¡Acordarse que hay gente dentro!

A mediodía empezaron a acudir mujeres y chicos mal trajeados, sucios—la patulea que come del carbón. Antes de saber si un trozo de su carne estaba encerrado en los hondones de la tierra, las hembras lloraban ya a gritos.

—¡A pasar lista!—mandó el ingeniero—. ¡A averiguar de una vez cuántos faltan!...

Al escuchar la orden, dió un brinco repentino el corazón de Ramón Luis. ¿Apostamos que el maldito, el que le había puesto la marca de vergüenza, era de los enterrados? Como que ahí venía, chancleteando y sollozando, la perra de su madre, la Juaneca, la que todos habían zarandeado cuando moza,—y repetía ahogándose:

—¡El mi hijo! ¡Hijo! ¡Hijo de la vida mía!

¡Ah! Estaba, estaba de seguro en el fondo de la desplomada galería el bribón, con la cabeza machacada, las piernas rotas, las cosillas hechas cisco...

¡Dios castiga sin palo ni piedra! Y una alegría frenética estremeció al esposo agraviado, que se rió solo, como a pesar suyo. El recuento confirmó su satisfacción: faltaban diecisiete, y entre ellos Camilo Solines, el minerito—así le llamaban las muchachas.

La madre, arrojándose al suelo, lo arañó, cual si quisiese rasgarlo y libertar a su hijo.

Incorporándose luego, se encaró con los trabajadores.

—¡Sacármelo de ahí! Holgazanes, ¿qué hacéis que no caváis más aprisa? ¿No véis que está ahí sin tener que comer? ¿Sin gota de agua, mi hijo? ¡Sacarlo, malos cristianos!

Ramón Luis, involuntariamente, como si las invectivas fuesen sólo con él, empuñó la pala y apretó en el trabajo. De vez en cuando, pensaba: «Ahí dentro se pudre; duro, que se pudra... Ya estará en los infiernos...» Y detrás del minero, la voz de la madre se alzaba, ardiente y furiosa: «Sacármelo de ahí...» Un impulso hizo volverse a Ramón Luis; quería gritar él también: «Si no vive, si aparecerá estrujado; y si por caso vive, le mato yo, ¿entiendes?» Pero al ver la cara de la madre, sublime de cólera y de amor, el ofendido bajó los ojos... La pala resonó de nuevo hiriendo la tierra, preguntándole «¿dónde están?»

Corrieron horas, días. La fiebre de la madre —de aquella loba defensora de su cachorro, que ni comía ni dormía, sustentada con un buche de aguardiente—, se comunicaba a los salvadores. Ramón Luis era el único desanimado. «Están difuntos», decía por lo bajo; «no es necesario romperse los brazos, están difuntos como mi padre». Un rumor acogía sus palabras; un cansancio maquinal se apoderaba de los mineros.

Al quinto día, a la hora de anochecer, de las profundidades de la tierra se oyó salir un soplido lejano, débil, lúgubre... La labor se interrumpió:

la emoción cortaba el aliento. La madre oía, atónita, hasta que al convencerse de que la mina contestaba, una carcajada de triunfo delirante salió de sus labios:

—¡Ahí está! ¡Me llama! Dice ¡ay madre! ¡Mi corazón, mi alma! ¡No te mueras, gloria! ¡Va tu madre a sacarte, rey mío! ¡Aguarda, niño, mi niño! ¡Ahora vas a salir, ahora!

Y, de rodillas, quiso besar las manos de los trabajadores: el más cercano era Ramón Luis: una boca de fuego, unas lágrimas de llama le tocaron. El minero saltó hacia atrás. ¿Vivo el condenado? ¿No había justicia? Y, sin embargo, agarró la pala...

—¡Cavar, cavar!—repetía la Juaneca danzando de júbilo aterrador—. ¡Cavar, mis amigos!

Y cavaron, cavaron, excitados, redobladas sus fuerzas por la esperanza, por el quejido a cada hora un poco más perceptible. Ramón Luis braceaba con arranque soberbio de mocetón forrado, y avanzaba él solo más que otros tres. Creía llevar el odio dentro de su alma, y en realidad llevaba un deseo infinito, ya victorioso, de horadar la pared y libertar a los enterrados. «Así que salga, le deshago con la pala la cabeza...» y cavaba, cavaba, infatigable, rabioso... El ingeniero le alabó, y le puso por ejemplo a los demás, apremiándoles.

—¿No oyen gritar dentro socorro? Yo lo oigo perfectamente. ¡Ánimo!

Y los azadones, las palas, los picos, tenían

vértigo... Ya se escuchaba el llamamiento angustiados, como si lo pronunciasen al lado de los trabajadores. Todos querían ser los primeros que abriesen el agujero y viesan la cara de los emparedados. Fué Ramón Luis el que lo consiguió... Al boquete practicado por su valiente herramienta, se asomó la faz de un espectro, un rostro de moribundo en la agonía; la madre saltó, apartó a Ramón Luis, y pegó la boca a la cara escuálida de su hijo, balbuceando delirios gozosos.

Media hora después se había terminado el salvamento: los cuerpos, casi exánimes, eran conducidos en camillas al improvisado hospital, donde se les prodigaban cuidados. Ramón Luis veía alejarse la procesión de las camillas, y buscaba en sí mismo el furor, la rabia, el deseo de muerte— asombrado de no encontrarlos.

¿Dónde estaban? ¿Por qué se habían ido? Su «deber», su «deber» era no parar hasta que los encontrase... Y alzando los hombros, emprendió el camino de su casa. Era preciso lavarse, comer, dormir... El cuerpo no es de hierro, ¡qué demonio!

JACTANCIA

Si aquella mesa de café fuese discernimiento, su opinión acerca de la humanidad sería amargamente pesimista. Y cuenta que generalmente, en esos puntos de reunión donde la gente, tratándose con la mayor confianza, se conoce a medias y es de rigor la *pose*, cada cual hace la rueda del pavo lo más posible, cada cual alardea de arrogancia, valor, acierto en las profecías, fortuna con las mujeres, lances en los viajes, tino en los negocios y amistad estrecha con personajes a quienes ni ha saludado. A veces, el aire sopla del lado opuesto, la jactancia se satura de cinismo y se hace gala de descaros inverosímiles, de truhanerías y miserias increíbles. Nunca está en el fiel la balanza; nunca la verdadera naturaleza humana, entretejida de mal y de bien, mediocre casi siempre en su composición mixta, aparece al descubierto.

En la consabida mesa dieron en reunirse unos cuantos, gente joven, carne frescal no salada aun por la experiencia, inquietada por el hervor y la comezón de la subida de la savia, y propensa a

jactarse más allá del límite. No estaban todavía en sazón de comprender que bajo la capa del Sol hay poco inédito, bueno y malo, y que a lo singular se va mejor por el camino de lo conocido... Cada uno de ellos suponía sinceramente que sus propias manidas y sosas travesuras eran fazañas inauditas; y cada uno se reía de los demás con irónico y solapado gesto. Al fin, el que más y el que menos comprendió la necesidad de algo extraordinario para (¡atroz galicismo!) *epatar* a los otros. Fué cosa instintiva; la vanidad lanzó la chispa y sopló sobre la paja de aquellos espíritus. Era preciso, a toda costa, ver bocas abiertas y oír exclamaciones enfáticas: «¡No!... Hombre, eso ya... ¡Demontrel! ¡Atiza!...»

Yo solía sentarme a la mesa, entre el círculo de muchachos, ostentando el fuero o la inferioridad—según se mire—, de un decanato indiscutido. Mi madurez empezaba, y empezaba también a divertirme el espectáculo de la locura de mis prójimos. Para exacerbar su amor propio, cifrado ya en diferenciarse del resto de los mortales, les llevé a la mesa algunas noches a un sujeto que, no por alarde, sino por ser en él natural, se pasaba la vida realizando estupendas barbaridades. Ya se zampaba regaladamente un vaso de vidrio, ya se daba una ducha con manga de riego, ya se tragaba un tenedor, ya se liaba a dentelladas con un perro de presa, o con un gato enrabizado y furioso. El ejemplo de este Atila de sí mismo, a quien tributábamos ovaciones, acabó de perder

a los comensales. Ansiaron parecer en lo moral lo que él era en lo físico—¡lo físico no se puede falsificar!—y resolvieron declararse protervos, amorales y aun satánicos, poniendo el punto de honra en el toque de la perversidad refinada y estremecedora.

Creyérase al pronto que no ofrece dificultad ninguna pasar por un móstruo... ¡Error! Me convencí entonces de que la gran maldad, como todo lo grande, es patrimonio de pocos. Hay especialmente cierta aureola de «buen muchacho», de «simpático», de «infeliz» que no se pierde a dos por tres; y como ahí lo mortificante era poseer esa aureola, nos divertíamos en rodear con ella la cabeza de los que más pretendían la de llamas infernales.

El género de perversidad que abundó al pronto, fué, claro es, la perversidad amorosa. Corralillo, un moreno melado con ojos de endrina y barba de felpa; Escalante, un rubio belicoso, de bigotes metálicos y ganchudos, a lo káiser, se alabaron de cosas mejores para calladas que para dichas, y las discusiones con tal motivo enzarzadas adquirieron un tinte asaz grotesco. Excuso añadir que todos nos picamos de amor propio, dado que la materia era de aquellas en que nadie quiere quedarse atrás y en que las leyes de la mera honradez y delicadeza llevan el sello del ridículo.

Tocó después el turno a otra jactancia de perversidad más de moda: la del crimen... ¿Quién ignora que el crimen ha sido apologizado, reha-

bilitado, y acabará por recibir culto si nos descuidamos un poco? El primer comensal que concibió la luminosa idea de sugerir que había en su pasado un misterio, y en su conciencia... nada, porque el remordimiento es debilidad y el porvenir pertenece a los fuertes... ese consiguió su fin: nos *epató* por espacio de una hora, de todas veras.—Sólo que los demás, repuestos de la sorpresa y poseídos de noble emulación, se dieron a hacer confesiones muy análogas, aunque varias en la forma, y hubo alguno que, sin andarse con chiquitas, añadió el robo al asesinato. Eran de admirar las sabias precauciones, la maravillosa destreza con que, al decir de sus autores, se habían cometido estos crímenes, ignorados completamente. «Raffles» y «El asesinato considerado como una de las Bellas Artes» dieron mucho juego, salpimentando de elegancia y literatura los espeluznantes casos.

Siendo el único que todavía no se alababa de ninguna monstruosidad, me hallaba yo, preciso es confesarlo, completamente en berlina. Cada noche o cada tarde anunciaba sensacionales revelaciones, pero llegaba el momento y no estaba urdida aún la trama de mi iniquidad. No podían seguir así las cosas: una resolución urgía, y al cabo, de golpe, se me vino a las mientes la atrocidad con la cual me los metería en el bolsillo a todos.

Impuse bien en el caso a mi criado, mozo listo, orensano sagaz y de hebra fina, y él se encargó

de buscar un golfillo también despierto, que representase maestramente su papel. Dispuesto ya y prevenido todo, empecé a soltar insinuaciones, palabrejas, reticencias, y, por último, me franqueé. Un crimen, de una vez, nada significa; es cosa pasajera. El crimen diario y constante es lo único que prueba algo y puede enorgullecer. Y crimen diario, de refinado, de sibarita, que paladea su dosis de crimen, como paladearía un confite de *hatchis*, la verde droga oriental que nos arrebató del mundo grosero, idealiza nuestras sensaciones y... etc. etc. En mí veían mis compañeros de mesa al quintaesenciado y nervioso, que no concilia el sueño sin torturar antes a un sér humano. ¡Delicia soberana! Tener a un semejante nuestro sujeto, cautivo, amarrado al potro; gozarse en las contorsiones de su dolor; martirizarle, con arte y elegancia, por supuesto, y no matarle, eso no, porque entonces se acabaría la fruición exquisita...

No me creyeron... Les hago esta justicia; no me creyeron. Y entonces, con desdeñoso aplomo, exclamé:

—Yo no soy como algunos, que hablan de cosas ocurridas hace tiempo... Puedo, cuando ustedes quieran, enseñarles mi crimen.

Todos quisieron, y señalaron aquella misma noche, a la salida del café. Mi tranquila aquiescencia les hizo trocar miradas de extrañeza; la ironía y la duda se borraban ya de sus rostros. Fuimos, pues, en pandilla hacia mi casa; nos

abrió prosaicamente el sereno; subimos; Rufino, el criado, nos hizo pasar a la sala. Le ordené secamente que nos condujese al «gabinete secreto». Afectó vacilar en obedecer; pero, imperioso, repitió la orden.

El gabinete secreto se revestía de paños negros (¡cuántos metros de satín de algodón!), y allí, ligado a una columna de mármol, de las que suelen soportar busto o florero, estaba el golfillo, pálido (¡cuánta harina!), cubierto de heridas (¡cuánto almagre!), y flaco, porque lo era, pues el cuitado, tres días antes, aun recogía colillas y pedía limosna.

—Le he seccionado delicadamente la lengua, para que no chillе—advertí a mis acompañantes—. ¡Abre la boca para que lo vean, mártir!

El hueco negro y vacío lo imitaba un trozo de tafetán pegado a los dientes... La estancia la alumbraba una luz velada por vidrios rojos... Mis amigos y contertulios callaban y se daban al codo, tratando de ocultar que no les llegaba la camisa al cuerpo...

—¿Admiten ustedes un obsequio? ¿Desean torturarlo un poco?—les pregunté con naturalidad—. Ea, Rufino, calienta las tenazas... Saca las varillas... ¿Dónde tienes el aro de pinchos? O si no, estrenaremos el azote chino, el que acaba en una pelota de alfileres clavados al revés, punta afuera... ¡Amigos, un goce de artistas, de amorales, de grandes señores del espíritu! Después beberemos té frío y un kirsch algo mejor que el del café...

—Gracias...—les oí murmurar en voces temblonas—. Hoy no... Otro día vendré... Recuerdo que me esperan... Vaya, adiós... Precioso; de un refinamiento...

Y retrocedían hacia la puerta, más descoloridos que la víctima. Se fueron en tropel... Solté la carcajada más amplia de mi vida toda. Gargantúa se reiría así...

De allí a pocos días me enviaron de gobernador a Canarias. Corrieron dos o tres años, y habiendo vuelto a la Península, me encontré en la estación del ferrocarril con Escalante, el de las maldades amorosas, del brazo de una muchacha denegrida, angulosa, fea.

—¿Su última conquista?—le pregunté en un aparte.

—No, mi mujer...—Y adivinando quizás mi pensamiento, añadió.—Una prima mía; se quedó huérfana, me dió lástima, y me casé...

—Siempre fué usted una excelente persona—declaré sonriendo.

Y como se me acercase entonces, llevando mi maleta, un criadito, un chiquillo sano y fresco, añadí:

—¡Mi víctima! ¿No se acuerda usted? El torturado, el de la lengua cortada... ¡Lástima no hacerlo! Porque habla el maldito más que un sacamuelas...

Y viendo el aturdimiento de Escalante:

—Desprécieme usted... añadí.—Tampoco yo soy un malvado.

OTRO AÑITO...

Tal vez, durante el año, no nos reuniésemos ni un par de noches los cuatro antiguos amigos; pero guardábamos religiosamente la costumbre de cenar juntos al toque del reloj, que anuncia la expiración de un año y el nacimiento de otro—al cual, materializando una idea, creíamos ver firmando y quejándose, con trémulos vagidos de criatura arrecida y desamparada—. Porque, en efecto, se habla del año recién nacido, pero no de su ama de cría, y el chiquitín no encuentra, al venir al mundo, regazo que le cobije, ni seno repleto donde calentar la nariz y hartar la boca.

La cena, opípara y alegre, se pagaba por riguroso turno, y aquel año de 189... me tocaba a mí ser el anfitrión. Lugar señalado para el ágape, el restaurant Británico, en que era famoso el cocinero. Acudí puntualmente, pues debíamos sentarnos a la mesa cuando la última argentina campanada nos diese la mala noticia de que éramos doce meses más viejos... Un sentimiento de melancolía, la impresión de lo deleznable, del curso del tiempo que al llevárselo todo se nos lleva a nos-

otros también, era el oculto amargor de tal momento, y lo disimulábamos con forzadas risas, aparentando expansión y alborozo. Momentos después, el champaña y los sabores fuertes de los manjares nos animaban, con animación puramente animal, mientras allá dentro de sí rumiaba cada uno, secretamente, como si le avergonzasen, los cuidados y los dolores...

Al mirarnos, a la luz cruda y azulosa de los focos eléctricos, la primer contrariedad consistía en hallarnos estropeados, con los crueles estigmas de la vida impresos en cuerpo y cara. De nosotros, el buen mozo y dandy era Luis Fontana, y ya, aquella noche, cuando me dió la palmadita en los hombros, la bienvenida irónica al *pagano*, medio retrocedí viendo sus ojeras abolsadas, la insolente redondez de su tripa, las ráfagas plomizas que deshonoraban la graciosa cabellera, de un rubio mate... De nosotros, el activo, el emprendedor, el negociador prestigioso, era Nicolás Morla,—y la arruga cavilosa de su frente y lo marchito de su sien deprimida confirmaban para mí el rumor que corría, de que estaba comprometido en una quiebra de Londres, y por consiguiente agua al cuello. De nosotros, el artista, el intelectual, el que podía preciarse de que le visitaba la gloria, era Fausto Delmonte,—y su palidez amarillenta, la botella de agua mineral que colocó al lado de su cubierto el mozo, y el frasco de medicamento extranjero que él mismo puso cuidadosamente al otro lado, me delataron

al hombre mordido por padecimiento incurable, herido en las hondas raíces de la energía orgánica, y a quien los ramos de laurel no compensan el desastre físico. Y por fin, de nosotros, el modesto, el *sabio*, el que había limitado sus aspiraciones para limitar sus decepciones, era yo... Por mucho que las hubiese limitado, en mi única, humilde, natural, inmensa ventura venía castigado terriblemente: el niño, mi pequeñuelo, el rayo de sol de mi hogar, acababa de rendirse al verdugo de las criaturas inteligentes, a la meningitis... Digo que acababa, porque a mí me parecía siempre estar oyendo el espantoso grito, aquel alarido meníngeo que enloquece a las madres; en realidad, la muerte de mi bien contaba ya ocho meses de fecha. Mis amigos no lo sabían. ¡Hace tan poco ruido un niño al morir! O si hace ruido, es dentro del corazón de sus padres: allí resuena el gemido, allí se cantan los salmos de agonía... Fuera, nada. Yo no pensaba hablar del caso a los comensales. ¿Para qué? ¡Se trataba de festejar gratamente la entrada del año nuevo!...

La campana... Nos sentamos entre frases de cordialidad. Y también la cordialidad mentía. En otras épocas, empezaríamos por contarnos mutuamente nuestras preocupaciones, nuestros cuidados, la espina o el puñal que nos clavaba la hora presente. No lo hicimos, porque a despecho de la identidad de personas, las almas no eran las mismas; así los años transcurridos, iguales en dimensiones, no lo fueron en nuestro espíritu,

donde unos dejaron rastros de luz, y los más, ne-gruras y nieblas. Todo lo sucedido nos distancia-ba: el universo de cada cual se interponía, como pared de bronce, entre espíritu y espíritu. Char-lábamos, cifrando nuestro amor propio en decir donaires y en aparecer superiores al destino, y bajo esta máscara, a pesar nuestro, abríase paso el pesimismo y el afán de que la existencia hubie-se sido completamente distinta de lo que fué. ¡Ah! En eso andábamos todos conformes: si se pudie-se, borraríamos la huella de nuestros propios pasos, como el condenado de la leyenda: evita-ríamos los peligros arrostrados, las trampas y redes en que se nos prendieron los pies, las *fatas morganas* y los espejismos que deslumbraron nuestros ojos, y entonces... entonces ¡qué éxito, qué ganga, nuestra vida!

—He hecho un solemne juramento—declaró Luis Fontana, saboreando el *zambaglione* helado—. Tengo cuarenta cumplidos—a vosotros se-ría inútil negároslo—y lo que es este año que empieza, no se termina sin que os haya dado parte de boda. Estoy harto de intrigas amorosas; estoy, de mujerío, hasta aquí; y además, ahora el amor no se lleva, no viste.

—No se lleva—objetó Fausto Delmonte el literato—, para los que hemos doblado el cabo. Que nos vuelvan a nuestros veinte, y ya te diría yo si se lleva. ¡La juventud! Tú quisieras reco-brarla para coquetear o *flirtear*, como ahora di-cen, y yo para digerir bien y no acordarme de que

ha existido la cochina letra impresa, ni aprender siquiera a deletrear.

—Pues por mi parte—declaró Nicolás Morla el especulador—, como naciese de nuevo, ¡qué meterme en negocios de alto vuelo, ni qué...! Una rentita pequeña, cortar el cupón, zapatillas, chimenea, y santas pascuas...

El champagne, no probado en mi largo período de duelo y retraimiento, empezaba a subírseme a la cabeza un poco; y a pesar de mi propósito de reserva, murmuré involuntariamente:

—Juntaos conmigo... Aquí tenéis a uno que variaría radicalmente de modo de ser... Egoísmo, soltería; mi familia, mi cariño. Quien dijo cariño dijo sufrimiento... Por mí, que se acabase la especie humana. ¿Yo un hijo? Antes preferiría...

—¿Tú tan padrazo, dices eso?—preguntó el observador Fausto, mirándome fijamente a las pupilas, donde temblaba el roto cristal sutilísimo de un llanto ahogado por la voluntad.

—Yo—contesté—. Se me quedaba en la garganta la voz. Ellos reían, bromeaban, empezaban a fumar. Media hora después salíamos del Británico, haciendo votos para el año siguiente. ¡Otro añito! ¡Venga otro añito, y adelante!

La Puerta del Sol estaba glacial y desierta. Al cruzarla, Luis sintió rodar un coche, lo conoció, conoció la librea, los caballos...

—¿Me perdonáis?—exclamó—. Va allí Matilde...

Ni Fausto, ni Nicolás, hicieron gran caso de

la desaparición: se limitaron a sonreír. Nicolás acababa de comprar un periódico y leía afanoso la cotización de la Bolsa de París a la luz de la farola; Fausto, en otro diario, buscaba con mano febril un artículo sobre su último libro.

Me aparté y rodé en un alquilón hacia mi casa. Al hallarme solo me abrumó la carga de mi tribulación moral, y sollocé contra el rincón del coche. Tal vez me exaltaba el festivo vino, que acrece el sentir. Al apearme, vi que una mujer de pañolón se alejaba rápida, y me pareció que había depositado algo en la esquina. Corrimos el sereno y yo. Era un envoltorio de trapos, y dentro de él una criatura de pocos meses. Alcé el paquete, me acerqué a la farola... La criatura, despertándose, sonreía. Se me abrió la llaga de amor, y creí que el muertecito volvía a mis brazos...

—No diga usted nada a nadie de este mundo —ordené al sereno, dándole un billete de a cinco—. El niño es mío... yo le recojo. Que no lo sepa la vecindad. ¡Silencio!

Y agasajando al abandonado bajo mi abrigo, subí dos a dos las escaleras. ¡Año nuevo! ¡No más ternura, no más cariño, no más familia!

EL ENGAÑO

Acababa de fumarme el más sabroso de los cigarrillos del día—el que fumo meciéndome en el cierre de cristales de mi casa, después de la comida a la española, embalsamada la boca por el gusto dominador del café y recreados los ojos por la vista, siempre nueva, de la bahía, donde los barcos se cuelan como alciones en su nido—y una pereza deliciosa embargaba mis potencias, cuando se entreabrió la *portièr* y entró agitado mi amigo y consocio en varios Círculos, Valentín Beleño. Sólo con mirarle comprendí que algo extraordinario le ocurría: como yo, Valentín lleva una vida apacible y grata, en llana prosa; despacha su labor oficinesca, da su paseito higiénico diariamente, conoce al dedillo la chismografía del pueblo de Marineda y ostenta el campeonato del juego de dominó. Comprendo, pues, que el caso será de muerte, o punto menos, para que Beleño se propine tal sofoco.

En palabras picadas, descosidas, me informa. Tiene la culpa de todo esta ganga de viceconsulado que le ha caído encima y le trae atareadísi-

mo, mientras no llega el nuevo cónsul a sustituir al que, envuelto en la bandera inglesa, duerme el sueño sin despertar, en el cementerio disidente, llamado por el vulgo «de los canes». A cada momento necesita Beleño lidiar con pasajeros y viandantes británicos, que desembarcan infaliblemente, aunque sólo dispongan de dos horas para hacerlo.

—¿Y creerá usted—añade Beleño—que esos malditos saltan a tierra para refrescar en los cafés o distraerse en el *cine*? ¡Quiá! La mayor parte de ellos toma un coche y se echa a recorrer el campo o a admirar los monumentos... ¡Monumentos en Marineda!... ¡Tres o cuatro iglesias de mala muerte y el faro! Y sacan el álbum, abren la boca, y dibujan... En fin, ¡para mí, están locos!... El de hoy, que ha venido a bordo del *Blue Star*, no es inglés, sino inglesa—¡mujer guapa por cierto!—, y figúrese usted que se empeña en que la he de acompañar a visitar el campo de batalla de Dorantes..., ¡que es una de las manfas!...

Al oír lo de «mujer guapa» me eché a reír socarronamente. La señora de Beleño tiene fama de celosa, aun cuando mi amigo Valentín está en sus cuarenta y pico, asaz maduros y sin asomos de gallardía ni de travesura.

—¿Y usted quiere...?—pregunté, siempre ri-sueño.

—Que venga usted también... Ande, hombre... Como usted ha recorrido esa zona levantando planos, conoce aquello mejor. Yo, a la verdad,

dudo hacia dónde cae el dichoso campo de batalla, que Dios confunda.

—Mire usted, Beleño, yo iré, aunque estaba aquí mucho más a gusto; pero, franqueza: confiésemme que no quiere usted desazones en casa y me lleva de pararrayos...

—Bueno; será lo que sea... Ahí tengo el coche, y en él aguarda la inglesita...

—Hombre, deme usted cinco minutos para atusarme.

Y declaro que me atusé con esmero, y hasta eché unas gotas de «Ideal» en el pañuelo de seda marrón, exactamente parejo a la corbata. Cada uno tiene sus pretensiones... No era cosa de parecerle a la inglesita el coco. ¡Oh dolor! Momentos después de sentarme a su lado en el fondo del coche, tuve que confesarme a mí mismo que había perdido el tiempo y las gotas de «Ideal». Hermosa era, en efecto, la extranjera: la albura de su tez, la transparencia de sus pupilas grises, puntilleadas de oro; la abundancia de su pelo sedoso, y tan rubio que parecía blanco a la claridad, me encantaron; pero la inocente seriedad de sus modales, la indiferencia con que nos miraba sin vernos, el exclusivo afán que demostraba por llegar al campo de batalla de Dorantes, donde se verificó el hecho de armas realizado por tropas de España y de la Gran Bretaña unidas contra el invasor francés, me probaron que la turista no buscaba más guerra que aquella cuyos recuerdos estaba evocando, y que nuestras fatuidades de

latinos se estrellaban, insospechadas, en una estricta formalidad anglosajona.

La inglesa declaró que había estado en Méjico dos o tres años, por negocios de su marido, y hablaba un español bastante comprensible. Venía con ella un niño, su hijo, choto fuerte y saludable, de ojos puros y labios en flor, que no se hartaba de mirar el camino que recorriamos. Y es que el camino lo merecía: a la izquierda, la ría, azul y brillante, como polvoreada de cristal, con sus playales de arena blanca, que orlan pinos y alisos, mimbraleras y álamos argentados; a la derecha, una sarta caprichosa de casas de recreo, de cuyas tapias se desbordaba el ramaje de las coníferas y los ramilletes coralinos del geranio-enredadera y la rosa de pitiminí. Pensábamos Valentín y yo exactamente lo mismo: que si la inglesa se contentase con este paseo delicioso, se lo agradeceríamos de todas veras. Lo malo era que no cesaba de preguntar por el campo de batalla, que arrenegado él sea, amén, toda vez que para llegar a pisarlo necesitábamos internarnos por tierras de labor, escalar un cerro empinado, y, en suma, andar cerca de tres kilómetros por mal piso, bajo un sol picón, con calzado impropio de tales faenas y pies mal cuidados, no dispuestos para la marcha. No hubo remedio: llegó el momento de bajarse de la cómoda cesta y arremeter con la cuesta en dirección a Dorantes, siendo yo el guía y *cicerone*.

—¿Algún antepasado de usted tomó parte en

la batalla?—no pude menos de exclamar, nervioso ya ante el interés de la turista.

—¡Oh! todos los ingleses que ahí combatieron eran antepasados míos—declaró ella con gracia—. Cuando un inglés ha peleado por Inglaterra, los demás ingleses le creemos nuestro antepasado. ¿Verdad, Edward?

Y el rubio choto contestó flemáticamente:

—*Yes, mother.*

Seguimos trepando. Valentín Beleño sudaba y cojeaba. La viajera animosa, andaba al paso largo e igual de una mujer bien formada, que calza holgadamente y usa ropa corta. Se me acercó Beleño y me interrogó con disimulo:

—¿Falta mucho para Dorantes?

—Kilómetro y medio—respondí en igual tono.

—No estaremos de vuelta en casa ni a las ocho... Yo voy reventado... ¡Demóntres de chiflados estos ingleses!...

—¿Y qué le hacemos?

—¡Bah! muy sencillo... Deles usted la batalla ahí, en ese primer grupo de árboles...

En efecto: al avistar el manchón de castaños y el altozano que detrás aparece, me detuve y exclamé:

—Aquí fué donde...

Se paró la inglesa, y con instintivo recelo murmuró:

—¿Aquí? Es extraño. Usted sabe que los franceses se atrincheraron en una ermita. ¿Y la ermita, señor?

Confuso, y arrastrado a la mentira por la fuerza de la mentira, balbuceó:

—¿La ermita? La derribaron..., sí, la derribaron... hace poco...

—¡Oh!—gritó dolorida ella—. ¡La derribaron! ¡Muy mal hecho! De modo que aquí...

—Sí, aquí mismo..., donde crece ese laurel...

La casualidad había colocado allí un laurel magnífico, ya añoso, de los que parecen regados con sangre, aunque sólo los riegue el agua de la lluvia. El laurel disipó las últimas dudas de la bella viajera.

—Tú, recoge unas hojas, Edward—ordenó al chico, que, sacando reluciente cortaplumas, segó una ramilla del laurel gigante y se la guardó en el pecho.

—Ahora, tú besa el suelo, Edward—añadió la madre.

Y el chico se inclinó, se bajó, convencido y obediente, y apoyó su boca sana y ricamente dentada, incontaminada de tabaco, en el musgo del pradillo.

Una hora después regresábamos a la ciudad. Poníase el sol. No sé por qué, me acometió vaga tristeza. Acaso era remordimiento de haber engañado a un alma creyente;—acaso la intuición confusa de que el alma engañada vale más que la mía.

LA NIEBLA

Es un error—díjome mi tío, el viejo y achacoso solterón, cruzándose la bata, porque sus canillas reumáticas pedían el acolchado abrigo con mucha necesidad—eso de creer que lo más influyente en nuestra vida son los sucesos aparatosos y grandes. No; lo que realmente nos hace y nos deshace, son las menudencias.

—El tejido de las mínimas circunstancias diarias querrá usted decir, tío Juan Antonio. Verdad, verdad de a puño... Nuestro humor, nuestra salud, nuestra dicha o desdicha momentáneas penden de esas fruslerías: de la ventana que cierra mal, de la puerta que nos coge los dedos, del plato soso o muy salado, del zapato que aprieta y de la llave que se ha perdido...

El solterón guiñó los ojos picaresca y melancólicamente, y se llegó un poco más a la chimenea rufilante. Disparadas chispezuelas saltaban de los leños, y el crugido seco y deleitoso del arder era lo único que se oía en la estancia, admirablemente enguatada y resguardada del frío con toda clase de ingeniosos refinamientos. La nieve,

fina, blanda, de fantástica levedad, cafa sin prisa, y la vemos al través de los vidrios, con lo cual se aumentaba esa extraña y dulce sensación de seguridad y egoísmo característica del invierno en interior lujoso. Lo único que le faltaba al bienestar del viejo era un sorbito de té muy caliente, en delicada taza nipona, y se lo serví con las *rôties* de pan, retorcidas como barquillos de puro delgadas y súfiles. Al deshacersele en la boca la tercera o cuarta *rôtie* empapada, murmuró:

—No, hijita, no es eso. Claro que también eso es, porque en este instante, por ejemplo, mi felicidad consiste en que la tostadica venga transparente, el *su-chong* hirviendo y la crema fresquísima... Pero lo que quise expresarte fué que aun en las cosas más graves ejercen influjo decisivo las pequeñeces... ¿Por qué no me he casado yo, vamos a ver, por qué no me he casado?

Ignorando absolutamente por qué no se había casado mi tío, me limité a sonreír.

—Pues fué por una insignificancia de las más tontas. Te lo contaré, ahora que ni *ella* está en este mundo ni yo estoy sino en Babia, que es la residencia de los viejos carroñas e inútiles... *Ella*, para que lo sepas, era doña Andrea de Pimentel, madre de esas muchachas tan bonitas y tan simpáticas que tu conoces... Pero bonitas y todo, ninguna es comparable a su mamá antes de serlo, y estoy por jurar que hasta después.

—¡Doña Andrea! ¡Ya lo creo! Una cara perfecta, y, sin embargo, graciosa y simpática; un

cuerpo al cual todo le caía bien... El tipo y el aire de una verdadera señora... No ha muerto anciana, no...

—¡Qué había de morir anciana!—protestó mi tío, que, como todos los señores machuchos, retrasaba cuanto podía los límites de la ancianidad—. ¡Si era una muchacha aún! Cuarenta y cinco o cuarenta y seis años... y representaba mucho menos... Lo que pasó es que, siendo desgraciadísima en su matrimonio, crió mala sangre; se le formó un tumor, no se cuidó bien, no se operó a tiempo, que acaso la salvase... y ahí tienes lo que hubo. ¡Pobre Andrea!

—¿Y usted... la quiso?...

—¡Que si la quise! Como que frustrado el proyecto de nuestra boda por la insignificancia que vas a ver, nunca se me ocurrió casarme con ninguna otra. Tuve mis antojos, mis devaneos... bueno, ¡qué milagro!... La casaca no pensé nunca en vestirla, o si pensé, se me desvaneció el pensamiento... igual que se desvanece la *niebla*... Por Andrea sentí especial interés, creo que desde niño. En el primer baile a que la llevaron, al vestirla de largo, su primer vals, conmigo lo bailó. ¿Tú qué te figuras, que yo no he sabido valsar? Hoy sí que no se valsa; a la muchachería se le ha olvidado; prefieren el *bridge*... Entonces valsábamos como trompos; había que mandarnos parar. «¡Eh, locos, que os mareáis!», y no hacíamos caso... Bueno, pues en el tal bailecito ya me insinué. Ella se rió, lo echó a broma... lo natural en

una chiquilla que sale al mundo y no piensa nada formal, sino en divertirse. Burla burlando, el caso es que no me dió calabazas, y fui tras ella por reuniones, paseos y teatros, sin perjuicio de esconderme en un portal frente a su casa en espera de que se asomase. Nada, lo de cajón... Boberías, chiquilladas que poco a poco van criando un cariño y una ilusión enormes... ¡ah, enormes!

Y el tío Juan Antonio se volvió hacia el fuego, con los ojos aguados, vidriados de lágrimas; ya se sabe que los viejecitos lloran a cada momento y por cualquier futesa...

—Yo tenía a veces que marcharme de S*** donde todo esto ocurría, porque mis estudios para la carrera y la mala salud de mi padre, que no vivía allí, me obligaban a ello. Asediaban a Andrea otros pretendientes; único temible, aquel Francisco Javier Luaces, que acabó por ser su marido... Mi rival empleaba el sistema de la perseverancia; era *el que está allí siempre*, lo cual, en toda empresa amorosa, lícita o ilícita, suele producir seguros resultados. No obstante, en este caso especial se me figura que a no ser por la futesa que te he dicho, ¡vamos, que no te he dicho todavía!, no es él quien se lleva a Andrea... En fin, oye lo que pasó; fué lo más tonto... Estaba yo con Andrea en la situación del hombre que por mil señales se cree correspondido, y no puede con todo eso afirmarlo ni tiene el derecho de proclamar «ésta es mi novia». Faltaba una ocasión, una hora oportuna, y el caprichoso destino

jugaba a no proporcionármela. Figúrate cómo me pondría de alegre y de nervioso al arreglarse entre mamás animadas y gente joven de S*** una jira de campo con merienda en el soto, baile en la romería y regreso a la ciudad, de noche, en cochecillos alquilados. Muy torpe tenía yo que ser si entre la confusión y algazara de la fiesta no le arrancaba a Andreíta la entera confesión; si no salíamos de allí pública y oficialmente novios. Al organizarse la expedición, ya me favoreció la suerte; íbamos en el mismo cesto, cara a cara. Con esto me constituí sin afectación en pareja de Andreíta, y toda la tarde anduvimos juntos; pero mi rival, entrometiéndose, acompañándonos, no me dejaba plantear el problema del modo terminante que yo deseaba. Vagábamos por el soto, un frondoso soto de castaños, penumbroso a aquella hora de la tarde. Una neblina, ligera al principio, luego densa y húmeda, empezó a confundir los contornos de los troncos, a velar el ramaje entre gasas grisientas. Como aun no me había sido posible reclamar una solución de Andreíta... se me ocurrió una idea... muy natural. Lo que no dicen mil palabras, lo proclama victoriosamente una caricia. Si entre aquella semioscuridad, protegido por aquellos tupidos cendales aéreos, consiguiese yo apretar una manita o me permitiese alguna osadía mayor sin encontrar resistencia... no cabía duda; ¿qué respuesta más clara podía obtener? Busqué, pues, a Andreíta entre las gasas, que se espesaban gradualmente.

Su bulto, entrevisto un momento, se me ocultaba detrás de los viejos troncos. Su traje color perla cenizoso se confundía con la nebulosidad, perdiéndose en medio de ella. Andando a bulto y orientándome sin ver, hubo un momento en que de pronto choqué con el cuerpo de Andreíta, mientras repetía su nombre... Y en el mismo instante tropecé y di también con el de mi rival, porque acababan de reunirse los dos; ella se había vuelto, y él la tenía entre sus brazos.—No sé lo que sentí. Fué un vértigo de locura. Eché a correr despavorido como el que encuentra de repente el cuerpo de un hombre asesinado... Seguí huyendo a campotraviesa; regresé al pueblo a pie por sendas extraviadas... Y al otro día me marché sin despedirme de nadie. Ahí tienes...

—¿Y llama usted insignificancia a lo del abrazo?

—No, a la niebla... que fué la causa de todo. Porque más adelante supe que Andreíta, oyendo mi voz, me confundió con Luaces... así, al pronto, en su mismo aturdimiento y confusión..., y como yo desaparecí... el error no pudo deshacerse.

LA VERGÜENZA

Cuando se pasa una temporada en un pueblecillo de corto vecindario y se adquieren en él—a los dos días—esos amigos cordialotes y pegajosos, empeñados en identificar su vida a la nuestra, lo primero que averiguáis son las historias íntimas de las mujeres y los fregados y guisados políticos de los hombres. Cada amigote nuevo quisiera mostrarse mejor informado que los restantes, y viene la exageración a recargar el relato... La exageración de lo conocido, porque, en el terreno de lo desconocido, la realidad suele dejarse atrás a los más fantásticos novelistas.

He notado también que si un pueblo no posee ni iglesias góticas, ni cuadros del Greco, ni escuelas fundadas por un filántropo, ni batalla dada en las cercanías, como en algo se ha de fundar el amor propio, el pueblo lo funda donde puede, y se jacta de poseer la vieja nonagenaria más carcomida, el bandido más jaque, el cura más integrista o el boticario más librepensador de la provincia entera. A menudo alábase un pueblo de encerrar en su recinto a la hembra más alegre de cascos, o a la más honesta y recatada; dijérase

que ambos extremos envanecen por igual: es cuestión cuantitativa. Así, en el pueblecillo de Vilasanta del Maestro, donde me confinaron algún tiempo vicisitudes del destino, preciábanse del pudor exaltado de cierta mujer a quien nadie veía sino en misa, y a quien me propuse conocer y trafar. El pueblo la llamaba Carmela la *Vergonzosa*, y atribuía a su vergüenza todas las desdichas de su vida frustrada.

Carmela habitaba una casa algo desviada del pueblo, al margen de la carretera y con huerto que cercaban altas tapias, de las cuales se desbordaba el ramaje nudoso y fresco de viejos manzanos y perales. Decíase que ella misma cultivaba el huerto, su única hacienda, y se mantenía con las patatas y las coles, la fruta y el maíz allí recogidos. También cosía de blanco para fuera, y la costura le daba con qué vestir y calzar, cebar la lámpara de petróleo, cuya claridad se veía a través de las grietas de las maderas, y otras humildísimas necesidades de su existencia casi monástica. Hasta se añadía que juntaba ochavo a ochavo el dote, con resolución de entrar en el convento de Clarisas de Negreda, tan apacible, tan callado, tan mohoso de antigüedad y tan saudoso de ambiente como el propio huerto de la *Vergonzosa*.

¿En qué la había perjudicado aquella condición especialísima de su alma, aquella misteriosa delicadeza que pude notar desde el primer día en que la vi? Para conocerla, apelé al recurso más

vulgar: la esperé a la salida de misa mayor. Me equivocaba; no tardaron mis noticieros en darme mejores informes: Carmela cumplía el precepto en la ermita de San Román, una iglesuela agazapada en la vertiente de un cerro, adonde los fieles no quieren subir y en que la única misa se celebraba al amanecer. En estas condiciones, mi presencia tuvo que ser notada. Sólo dos mujerucas aldeanas y Carmela se encontraban dentro de la ermita. La vi arrodillada y de espaldas; un pañuelo de seda oscuro cubría su cabeza, y, por la postura, casi barría el suelo el cabo ondeado de sus trenzas rubiales, comprimido por una cinta negra, como haz de hebras de luz que asiese apretadamente una mano. Al terminar el oficiante los rezos últimos aun no se levantó Carmela; y yo, arrimado a la tosca y sucia pila del agua bendita, pensaba en la suerte de la muchacha. Por vergüenza de confesarle a su madre que se casaría gustosa, la destinaron a monja, reservando a su hermana Jacinta para el matrimonio; vino un primo indiano, buen mozo, rico; hubiera preferido a Carmela la rubia; pero Carmela tuvo vergüenza de dar a entender que le aceptaría con gozo, y el primo a Jacinta se unió. Vivían juntos con desahogo, con lujo casi; el primo se guiaba en todo por la cuñada; la cuñada tuvo vergüenza de aquella adoración tímida... y se retiró a la casita de las afueras con su madre. La madre murió; el primo ofreció a Carmela la herencia toda; Carmela, avergonzada, sólo aceptó la casita y el huerto...

«¿Vergüenza?—repetía yo—. ¿No tendrá otro modo de ser este nombre?... ¿No se llamará *dignidad*.»

Ya salía; se acercó a la pila, y la vi de frente. Era bonitilla, de añiñadas facciones, de boca sinuosa, acapullada, reveladora de la pasión en la mujer. Humedecí los dedos en el agua, y se los tendí saludando. Me clavó, asombrada, los garzos ojos... No sabré explicar cómo se encendió su cara: fué lo mismo que si la alumbrasen de pronto con una bengala roja. Bajó los luengos párpados de seda, tocó en el aire mis dedos atrevidos, se cruzó la frente, y salió, aunque queriendo conservar el paso lento del respeto a la iglesia, apresurándose involuntariamente.

Y la seguí. Llegué detrás de ella hasta la puerta de su tapia, que abrió con llave, temblándole, a mi parecer, las delgadas manos. Entró, cerró, y ya no vi más que el ramaje caduco de la pomarada, ni oí sino a una tórtola que plañía oculta en él. ¡Arróo! ¡Arróo! Su canto me pasaba el corazón de pena; no sé por qué, en un raptó lírico, me parecía encontrarme abandonado, sin pareja en el mundo... Todo por haber visto unas hebras doradas esparcidas sobre una falda de lana negra y una lumbrarada ruborosa de sol poniente en una tez de mujer.

En suma, yo me creí enamorado de Carmela la *Vergonzosa*. ¡Ojalá lo estuviese! A estarlo, porfiaría doblemente en hablarla, en acercarme a ella, y tal vez hubiésemos sido felices... Rondé su tapia deseoso de escuchar el golpe del azadón

con que cavaba el huerto, esperanzado en que un día cantase o llamase a una gallina o al perro del guarda... Nunca oí más que el acento lleno de enfermiza nostalgia de la tórtola, que parecía decir: «Sólo el dolor es verdad...» Espié sus ventanas por si cruzaba su sombra; fui cien veces a la ermita, y me convencí de que Carmela tenía vergüenza de oír misa si junto a la pila del agua bendita la esperaba el contacto de las yemas de mis dedos, cargados de eléctrica energía, mensajeros de un estado de alma...

En el pueblo se formó una leyenda. Quizá sería Carmela la única que la ignorase. Mis amigos me crucificaron a bromas. Yo era un sandío si no escribía una carta incendiaria o si una noche de luna no saltaba las tapias del huerto. Y lo hubiese hecho, a no contenerme una fuerza extraña, invisible: la fuerza de aquella vergüenza sagrada, celestial, el verdadero atractivo de Carmela para mí... Postrado ante la imagen de la *Vergonzosa*, que llevaba impresa en mi fatigado corazón, la flor del capricho iba cristalizando en respeto; el amor se volvía culto. De tal manera, que sería ya un desencanto para mí si Carmela se asomase, si su voz o su andar resonasen detrás de los tapias que la frondosidad de los manzanos abrumba. Y así, vendiendo la misma vergüenza que me apartaba de Carmela hasta la eternidad, salí de Vilasanta del Maestre, cuando me llamó a otra parte mi estrella,—sin que nunca haya sabido qué fué de mi sueño de un instante.

EL ABANICO

Como deseaba escrutar el corazón de mi novia—díjome Sandalio Aguilar en la terraza del Casino, en la hora propicia a las confidencias, cuando los acordes de la orquesta se desmayan en el aire, aleteando débiles, a manera de fatigadas mariposas—y en las conversaciones de amor casi todo es mentira, decidí practicar una experiencia que me ilustrase. No había asistido ella nunca a una corrida de toros. ¡Su tía la educaba con tal rigidez!... Compré un palco, y las invité galantemente. La tía transigió, convidando a su vez a unas amigas que la ayudasen a llevar, según ella decía, el peso de la *cesta*.

Me senté en el ángulo del palco, al lado de mi Bertina (ya sabe usted, Albertina Laguarda, hoy marquesa de Lucientes). No, no crea usted que me he interrumpido porque me corte el habla ninguna emoción. Es que la noche empieza a refrescar, y yo tengo unos bronquios que todo lo notan en seguida. ¡Ejem!...

Y Sandalio tosió con la precisión y la pulcri-

tud que le caracterizan, aplicando a la boca un fino pañuelo, fragante, de amplísima orla.

—Bien; ya hemos pagado el tributo irremisible a la señora tos... Quedamos en que me instalé a la vera de mi novia, que por cierto estaba guapísima con su mantilla blanca de encaje rancio. Llevaba un traje rosa salmón, o más bien, rosa carne, escotado, y la juguetona blonda confundía de un modo delicioso los tonos similares de la tez y de la vestidura. Sobre su pelo casiaño y fosco, que el sol rafagueaba de oro viejo, un manojo entero de clavelones enormes, de ese matiz indeciso que no es ni rojo ni rosa y que al remate de las hojas se cambia en gris argentado, se erguía provocativo, dentro del medio canalón de la peinetaza de carey. No llevaba guantes, y su manita, cuajada de sortijas, relucía al manejar el abanico—un gran pericón manileño sembrado de flores extravagantes, imposibles—. La aureola de la mantilla, haciendo sombra a frente y sienes, profundizaba sus ojos atrayentes e insondables... En fin, era necesario tener mi calma, mi espíritu analítico para no olvidar completamente que se trataba de una experiencia de psicología, de que impresiones fuertes e inesperadas descubriesen algún rincón del alma de una mujer destinada a ser toda la vida mi amante compañera... Me dediqué solícito a explicar lo que allí iba a suceder, y desde el primer momento sufrí una decepción: Bertina sabía perfectamente los mínimos detalles de la fiesta nacional. Periódicos y conversacio-

nes la tenfan bien enterada. ¡Cualquiera enseña nada nuevo a nadie en la época presente! No quedan divinas ignorancias. Me sentí contrariado de veras. ¡Qué iniciación me perdí!... Mi amor propio sufrió involuntariamente. ¡Cuánto placer en el capullo cerrado, cuánta delicia en rasgar el velo!... Para más mortificarme, trocándose los papeles, ella misma, experta por intuición, me iba guiando a mí...

—Ahora es lo más lucido: el despejo de la plaza y salida de la cuadrilla. ¡Qué precioso! Ahí vienen *Sombbrero Chico* y el *Pajel*, con unos andares... Los trajes me encantan. Un ascua de oro el de *Pajel* y una pura filigrana de plata el de *Sombbrero*. Visten mejor que nosotras... El *Pajel* es muy elegante, muy esbelto. De cara morena... Es chistosa su cara...

—De cerca, picado de viruelas, con cada agujero así—advertí, porque a ningún novio le hace maldita la gracia que su novia ensalce a otro hombre—. Un tipo más bruto que un cerrojo. Si le zamarrean, echa bellotas.

—¡Bah! De cerca creo que no habrá muchas ocasiones de contemplarle—respondió Bertina riendo coquetamente, penetrando mi intención con agudeza de mujer—. por más que a él y a los de su cuadrilla me los encuentro en la calle vestidos de corto y me echan chicoleos. ¡Ay!... Mira, acaba de entregar el capote de paseo a Félix Nieva... Son muy amigos.

—Veo que estás informadísima...

—¡Ah, el toro!—exclamó vivamente.

La fiera, que había salido corriendo, se plantó en mitad de la plaza. Era un bicho negro, poderoso, que parecía modelado por Benlliure. Sus astas, finísimas en la punta, curvadas con brío amenazador, contrastaban con la cabeza estúpida, casi dulce, casi pacífica. La ferocidad vendría a su hora, cuando hubiesen acosado a la res, desgarrado su piel, acribillado su carne, inflamado su sangre, excitado su desesperación, hinchando sus pulmones con la queja cavernosa del mugido; pero en aquel instante, sorprendido y deslumbrado, molestado sólo por el picotazo de la divisa, el toro no sentía más que extrañeza y la nostalgia con que el instinto le recordaba los frescores de la dehesa, los aromas de los pastos, el borboteo del agua del arroyo....

Iba a comenzar la faena de caballos.—Allí esperaba yo a Bertina.—Españaba, en el lago pérfido de sus pupilas, la agitación de la sensibilidad. Por mucho que se la hubiesen explicado, la suerte de varas tiene siempre lo imprevisto y brutal del espectáculo cruento; la sensación material es nueva necesariamente, aunque la inteligencia la haya razonado de antemano. Rígidamente, terciada la pica, los varilargueros esperaban la embestida de la fiera, que, después de recorrer a escape el rondel dos o tres vueltas, distraída y desdeñosa, se fijó por fin en aquellas macizas estantiguas ecuestres, en los famélicos bultos que las soporaban, y cuya línea angulosa, desvencijada, se

exageraba caricaturesca en la proyección de sombra. Resopló el toro, partió como un rayo, y mientras la puya se le hincaba en la carne, rasgó él con la aguda cuerna el arca del vientre del caballo... Brotó de la rasgadura larga, humeante, todo el paquete intestinal; fiemo y sangre, en hedionda mescolanza, se emplastaron en la arena; las patas del caballo, al querer arrancar en espantada huida, se enredaron en el revoltijo de tripas colgantes, y lo pisotearon y despedazaron, sacudiendo trozos y piltrafas; el jaco, vacfo, titubeó, tembló convulsivo sobre sus cuatro remos, y en tanto que el picador se zafaba pesadamente, tumbóse desplomado, mascando el aire con bascas de agonía...

Fijamente miraba a Bertina yo. Su perfil, de entre las ondas de la mantilla, salía acentuado, como adelgazado por una contracción nerviosa. Las alas de su nariz delicada palpitaban, y sus mejillas eran dos hojas de magnolia recién abierta, tersas y blancas, que jamás ha regado el rocío...

—Es indudable que siente—pensé al pronto—. Es el horror lo que hace aletear su corazón y albear su tez. Va a volverse y a decirme que no la traiga más a esta carnicería.

Volvíase Bertina, en efecto. Su rostro, al buscar el mío, sonreía con travesura deliciosa, con una mezcla de queja y mimo, de resignación y chuscada, que desafiaba al pincel del retratista más expresivo. Y su mano, cual relicario de ani-

llos de pedrería, engaste de la joya más valiosa aun de los deditos ebúrneos y las uñas rosadas, alzaba airosamente el abierto abanico madrileño, poniéndolo como un biombo ante la vista del cuerpo de la sardina despanzurrada, y dejando, a la parte que el país exornado con extravagantes flores no interceptaba, libre el campo para contemplar ávidamente cómo el *Pajel* iba a aparear: una galantería al público, un rasgo de condescendencia del diestro...

—De estas cosas feas, lo mejor es defenderse con el abanico—murmuró, traduciendo a su manera la pregunta de mis ojos...—Porque no viéndolas ¿verdad?, es lo mismo que si no las hubiese...

—¿Te basta a ti con el abanico?—respondí en el mismo tono confidencial y afable.

—Claro que sí... Ya no se ve ese asco—afirmó acercando a su nariz el esenciero, que con otros dijes minúsculos colgaba de su cadena de oro.

Me precio de prudente, de hábil, y tardé aun seis meses en retirar de un modo suave e insensible mi candidatura a la mano ensortijada de Bertina. En este tiempo pude cerciorarme de que el sistema del abanico lo aplicaba a todos los casos posibles. Tapar, tapar, que ojos que no ven corazón que no quiebra... ¡Y yo no quiero un corazón que se regula por la materialidad de los ojos!

—No estaba usted enamorado de Bertina

—objeté—. Si lo estuviese, prescindiría de esos
fiquis miquis; y aun sin estarlo, debió usted com-
prender que su actitud era eminentemente social.
Nadie hace otra cosa. No se mira lo que no pue-
de evitarse. La sociedad esgrime un abanico in-
menso...

LA MIRADA

Por asuntos de la gran Sociedad industrial de que yo formaba parte, hube de ir varias veces a M***, donde nadie me conocía y a nadie conocía yo. Durante mis breves residencias en la mejor fonda, pude, desde mi ventana, admirar la hermosura de una señora que vivía en la casa de enfrente. Desde mi observatorio se registraba del modo más indiscreto su tocador, y yo veía a la bella que, instalada ante una mesa cargada de frascos y perfumadores, contemplándose en el espejo, peinaba su regia mata de pelo color caoba, complaciéndose en halagarla con el cepillo, en ahuecarla y enfoscarla alrededor de su cara pálida y perfecta. Cuando acababa de morder las ondulaciones laterales el último peinecillo de estrás, sonreía satisfecha, alisando reiteradamente, con la mano larga y primorosa, el capilar edificio. Después se pasaba por la tez, suavemente, la borla de los polvos; se pulfa las cejas; se bruñía interminablemente las uñas con pasta de coral; se probaba sombreros, lazos, cinturones, piquetes de flores, encajes, que arrugaba alrededor del

cuello; en suma, se consagraba largas horas a la autolatría de su beldad. Y clavado a la ventana por el incitante espectáculo, encendida la sangre al profanar así la intimidad de una mujer seductora, nacía en mí otra curiosidad, el ansia de conocer su historia—en la cual, sin duda, habría episodios pasionales, goces, penas, recuerdos...

Me estremecí, por consecuencia, al oír una noche, en la mesa redonda, que pronunciaban su nombre, que la discutían... Me alteré, como el cazador al sentir rebullir en el matorral la pieza que aguarda.—Motivaba la conversación el haber dicho Monsieur Lamouche, el viajante francés en joyas, que pensaba pasar a casa de la «belle Madame...»—aquí el apellido que no entregaré a la publicidad—para ofrecer su «stock», esperando importante venta.

—¡Ni que lo piense usted!—objetó uno de los comensales, señorito venido de un puebio próximo a pasar el día alegremente en M***—. Conozco de sobra al marido de Tilde que es prima mía allá... no sé por dónde... y desde que le regaló a su mujer el aderezo de boda, se acabaron los despilfarros. ¡Sí, a buena parte! Más ta-caño que las hormigas...

—¿Será—observó chapurreando el viajante—que el esposo se entender mal con su dama, la cual es sí bonita y le trompará, «allons», todo naturalmente?

—¡Ojalá!—suspiró en chanza el señorito—. Si a Tilde la diese por ahí, soy capaz de apuntarme

en lista con el número uno, así me rompiese la crisma el dueño legal. ¡Al contrario! Tilde no ha dado jamás que decir ni esto... No niego que esté engreída con su hermosura; lo está y mucho; pero su única pasión es la compostura, el adorno. La disloca, más que hacer conquistas, que rabien las otras mujeres ante su elegancia. ¡Bah! Si en algo hubiese delinquido, aunque sólo fuese en una mirada, se sabría. En los pueblos relativamente pequeños, no quedan ocultas esas cosas... Y la que entrega la mirada, lo entrega todo... Les repito a ustedes, y cualquiera se lo repetirá, que Tilde no sólo es intachable, sino glacial e inexpugnable.

Los demás comensales confirmaron el aserto del señorito.

—Entonces—insistió el francés, que no perdía de vista su negocio—, si ella ama tanto la «toilette», yo traigo cosas deliciosas...

—¡Tiempo perdido! No se ablanda el cónyuge... ¡Es un sucio! ¡Tener una mujer así, y sujetarla a una mensualidad exigua para sus trapos! Merecía...

Al final de la plática, que aun se prolongó verbosamente, latfame el corazón, las arterias me zumbaban: una idea extraña acababa de ocurrírseme. El señorito y los restantes huéspedes se fueron al teatro, y sólo ya con Monsieur Lamouche, que gustaba de mi conversación porque hablábamos corrientemente en francés, le hice la proposición, y en vez de negarse en seco—lo

que yo temía—, la aceptó y aun la celebró regocijado, haciendo en el aire el ademán de pegarme en el vientre una palmadica.

—¡Oh! «¡Ma foil!» Muy bonito, muy español está eso... ¡Como en los romances, «saprísti!» Sólo le pido de no comprometerme, de tener prudencia...

Conviene saber que el viajante me conocía de antiguo; me respetaba como a persona metida en altos negocios, y estaba muy hecho a distinguir la gente seria de los tramposos, en su peligroso oficio de traficante en artículos superfluos, que todos desean poseer y todos repugnan pagar. Rehusó la fianza que quise entregarle, y puso en mis manos dos cajas de zapa negra, rellenas de sus preseas mejores. Y, con las cajas bajo el brazo y el alma en un hilo, subí la escalera de la casa de Tilde, a quien, por fin, iba a ver de cerca, a solas quizás, en la misma habitación, templo de su hermosura... Sólo esto me proponía; verla, respirar su hálito de ambar, y que acaso nuestras manos se rozasen un momento al manejar las joyas... Y me anunciaron, y, efectivamente, pasé al tocador, deslumbrado ya, mareado, febril...

Envolvía a Tilde una bata que yo conocía, de seda flexible, gris, plegada, con tanto encaje amarillento que apenas se veía la tela. ¡De cerca era más divina aún la deidad! En su lotería se pagaban aproximaciones... No sé qué ambiente luminoso y embriagador la rodeaba; no sé qué efluvios sutiles, delicadísimos, se desprendían de su cuer-

po joven, perfumado, libre y suelto como el de las estatuas helénicas dentro del amplia plegazón del ropaje... Turbado, y dominando mi turbación, abrí las cajas y presenté el surtido. Salieron brazaletes y orlas, cadenas y pinjantes, lanzaderas, sartas y «perros» endiamantados, que ella cogía, tocaba, probaba, se colgaba, se ceñía, con leves chillidos y exclamaciones de placer. Todo la gustaba; mirábase al espejo, hacía jugar las manos, ensortijadas, a la luz que entraba por la ventana —la ventana indiscreta, reveladora—. No me veía; yo era para ella el escaparate, lo menos que secundario—lo accesorio.

Al fin, entre diversas tentaciones, una más fuerte se clavó en su alma femenil.—Un collar, de brillantes y perlas peraltadas, un antojo ya antiguo, sin duda, y cuya falta, en su estuche-joyero, la había desconsolado mil veces, fijó sus ojos, súbitamente entristecidos, y su voz se volvió opaca y tímida, para preguntar:

—¿Cuánto?..

Lancé el precio—me había enterado bien—y vi apagarse sus pupilas oscuras, lucientes de deseos y codicia. ¡No tenía dinero para la ansiada joya! Entonces, un chispazo de mi voluntad ardió en mí. No razoné: murmuré, con silbo serpentino, al pie del árbol del Mal.

—Si la señora gusta del collar... hay mil maneras... Damos toda clase de facilidades... El pago no es urgente... Una cantidad al mes, por ejemplo...

Levantó, lentamente, la cabeza, y por primera vez me miró. Su olfato fino, su sagacidad de Eva habituada a la adoración, percibió en mi balbuceo «algo» más allá de las cláusulas que pronunciaba. El temblor del alma se filtraba al través de las vulgares ofertas comerciales, como rezuma el agua por el búcaro. Con los ojos respondí a los suyos, que interrogaban sin querer; los puñales buidos, crueles, de nuestro espíritu, se cruzaron en forma de ojeada, larga y significativa... «No ha delinquido ni con una mirada...» «La que entrega la mirada lo entrega todo.» Recordé esta frase del señorito, y al recordarla, me deslumbró más aún aquella luz diabólica que llegaba adentro, al fondo de mi sér de hombre apasionado, caprichoso, en la plenitud de la edad... Y seguro de que al mirar de Tilde no le añadirían sentido alguno las palabras de un diccionario entero, me incliné y la tendí al mismo tiempo brazos y collar, abrochándolo tiránicamente a su garganta, tembloroso al enredarme los dedos en la regia mata de pelo caoba, viva y eléctrica...

Me costó algo cara Tilde. A joya por entrevista... No obstante, jamás lloraré aquellos miles de francos, porque, al volver años después a M***, supe que la hermosa—siempre hermosa, pues parecía poseer un secreto y conservarse entre nieve—seguía pasando por mujer inexpugnable, que ni con la mirada...

DEBER

De los que, a la desesperada, habían desembarcado en los escollos, quedaba una hacina de troncos palpitantes, mutilados y sangrientos, que casi a la vez tumbó sobre el recanto de la playa el plomo enemigo. ¿Qué fin se proponían al desembarcar así? Ninguno—quizás no sobrevivir a los otros, cuyos cuerpos obstruían el paso, revueltos con las embarcaciones sacrificadas, echadas a pique—. No habiendo podido cerrar la bahía, tratábase de morir.

Y habían muerto con el gesto sencillo y gallardo de aquella gente durante aquella guerra; pero alguno respiraba aún. No hacía el menor movimiento; tenía destrozadas ambas piernas, y una bala en la clavícula. No sentía dolor, sino sólo los comienzos del frío y peso en las extremidades, la inercia, que pronto sería reemplazada por el devaneo de la fiebre. Permanecía con los ojos cerrados, el rostro blanquecino, semejante—a pesar de su uniforme europeo—a uno de esos muñecos de marfil que esculpen delicadamente

los nipones. En el abandono de su letargo calenturiento, reaparecía más claro el sello de la raza, lo oblicuo de los ojos, lo menudo, como rudimentario, de las facciones, la expresión mística, infantil, ingenua, de la faz, lo exiguo de la cabeza, la negrura lustrosa del lacio pelo. Nada menos belicoso que semejante fisonomía. Antes que guerrero moribundo, parecía rota marioneta, fútil y dulce juguete desechado por un niño. Y en su cerebro, las imágenes empezaban a atropellarse con lucidez febril, opresiva. Borrados todos los recuerdos del disfraz occidental, la pintoresca existencia asiática se desarrollaba con sus prestigios de color y luz, con su brillantez y su molicie suave, naturalmente artística.

El herido se encontraba en un jardín, terraza colgada sobre un río, cercada por tapia de escasa altura, hecha de azulejos de porcelana policroma. Macetas diminutas, con arbustos enanos, coronaban la tapia, y árboles recortados en figura de peces, esquifes o jarrones, rodeaban el kiosco, de porcelana también.

Dentro, en platos primorosos, se brindaban frutas, nísperos de oro, paviás de felpa rosa, naranjitas bruñidas, guanteadas por su flexible piel. Confituras ligeras, capullos e insectos en almíbar, completaban el refresco. Dos fibores sostenidos por un dragón o endriago fabuloso, se alzaban sobre peanas de madera laqueada en los ángulos del delicioso kiosco, todo enramado y enguarnaldado de campanillas abiertas, que sobre

las columnas de porcelana parecían adornos cerámicos, de una cerámica milagrosamente frágil.

Frente al kiosco, apoyada en la tapia, flanqueada de cerezos de flor, cuyas negras, desnudas y lisas ramas salpicaban estrellas carmesíes, una fontana, un hilo de agua recayendo en concha gigantesca, emperlaba el aire con su cántico de cristal fino. En el seno de nácar de la tridacne, dentro del agua blanca, movida, mónstruos de esmalte turquí y bermejo nadaban lentamente, y en el cáliz de las flores del cerezo, gotas de humedad refulgían al sol.—Y el herido sintió una sed rabiosa, infinita. ¡Aquel agua! ¡Aquel agua! Era la misma que había mojado sus labios, refrescando su lengua cuando niño; reconoció la fuente, el delgado chorro, el musical gorgoteo que producía al recaer en la valva, estremeciendo de gozo a los ciprinos... Se arrojó con salto nervioso hacia la fuente. En el instante mismo, los endriagos de los tibores, desperezándose, pegando un brinco felino y cruel, se interpusieron. Sus fauces pintadas echaban fuego, sus ojos redondos saltaban de las órbitas, sus garras corvas amenazaban a las pupilas del audaz. Y la canturía misteriosa del hilito cristalino parecía repetir: «Sagrada es la fuente.»

El herido, desalentado, se desplomó en un taburete de laca, bebiendo, a falta de cosa mejor, la frescura que subía del río. Iba a ponerse el Sol; el horizonte era violeta y púrpura; una Luna inflamada asomaba detrás de una colina de esta-

ño, escueta y geométrica en su dibujo. Así que el globo encendido se alzó palideciendo, del fondo sombrío de la perspectiva confusa, velada por tules negruzcos, empezaron a surgir puntos luminosos, chispitas imperceptibles, que aumentaron hasta formar hormiguero infinito de farolillos, linternas y farolas de papel.

La noche se esclareció con el resplandor de millones de luces, y las figuras raras, el abigarrado surgir de muecas, visajes y vuelos de alimañas fantásticas en las facas de las grandes farolas, alborozaron al herido, causándole un transporte de orgullosa locura. Porque había comprendido: la ciudad se incendiaba, delirante, celebrando la victoria, el magnífico triunfo de los ágiles y de los resignados a perecer, sobre una enorme masa pesada y dura, fría y resistente como una pirámide de basalto. Aquellos faroles eran lenguas de llama que le gritaban ¡vitor! y la innúmera muchedumbre que llenaba las calles, que se esparcía por las orillas del río y lo surcaba en barquitos chatos, en juncos estrechos, ascuas de lumbre sobre el agua aceitosa, alzaba un himno a su valor sublime, y al de los que yacían en el fondo del abra, entre los restos de los inmolados cañoneros, perdidos allí para que el enemigo no pasase.

En la otra orilla, los barcos de flores, las casas de té resplandecían más que ningún edificio. Las musmís de nombres de flor, de sonrisa trazada con un rasgo de cinabrio, de rizos simula-

dos con una voluta de tinta china, de cara pálida, lisa, graciosamente tristonja; las aseñoritadas meretrices de formas recogidas y puras, de púdico ropaje, se asomaban a las barandillas de sus balconadas, le llamaban, le cantaban versos elogiosos, llamándole guerrero divino, terror del Occidente, sucesor de los héroes que la crónica fiel rodea de leyendas, en caracteres de cobalto y oro.

El herido se erguía altivo, extasiado, y notaba al erguirse que un choque, un filinteo de armas acompañaba la acción. Mirábase, y se encontraba vestido de viejo combatiente, de samurayo tradicional. Su mano derecha esgrimía el clásico sable, de empuñadura curiosamente trabajada por desconocido artista; su izquierda columpiaba el abanico, donde una bandada de grullas alza el vuelo en celajes nacarados puntilleados de plata. Las laminísculas de su coraza jugaban sobre su pecho, y le enmascaraba el rostro una careta de expresión feroz y horrible. Ataviado así, echó a andar, descendió la escalinata, se acercó a la margen del río, rielante de colores. La muchedumbre le abría paso, las cortesanías le sonreían con enamorada humildad. Él caminaba hacia el palacio imperial, hacia los parques y los bosques de la sacra residencia inaccesible a los ojos humanos. No era posible que con aquel traje nadie le detuviese, y en efecto, lejos de detenerle, la gente le seguía, le arrastraba en su torrencial flujo, le llevaba en volandas, en hombros, en brazos, en alto, en improvisado palanquín, no sabía él mis-

mo cómo, pero ciertamente bogando por cima de un oceano de farolitos tembladores y oscilantes, entre cuyas olas, acribilladas de luz, se anegaba a veces, viniendo las miriadas de puntos luminosos a inundar su cabeza, a quemar con reiterado picor de brasa su cuerpo, a deslumbrar y cegar sus pupilas reseca de calentura...

Un dolor agudo le devolvió el conocimiento.

El sol caía a plomo sobre su frente. Le estaban incorporando, palpando, arrancándole de entre el montón de cadáveres. Unas barbas frondosas y rubias, un semblante ancho, sonrosado, serio, se inclinaban sobre él, y el aliento del hombre del Norte se mezclaba con el suyo.

—La camilla—oyó decir—. Con cuidado: hacerle el menos daño posible.

El herido, fríamente, miró a su salvador, escrutó sus ojos claros, húmedos de vida, sus sienas blancas bajo la gorra de campamento, y echando mano al cinturón, en un relámpago, sacó y disparó a boca de jarro el revólver. Cinco tiros contestaron al suyo, y uno de los que le remataron le apoyó el cañón en el hueco del oído. Pero el oficial ruso había caído boca arriba, fulminado.

NAVIDAD

La familia es de las que más abundan: clase media que no se resigna a pertenecer al pueblo. Con esta sencilla definición puede que bastase para formar exacta idea de las interioridades; sin embargo, bosquejaré la situación de sus individuos.

El jefe nominal es un hombre de bien, por necesidad trabajador. Todos los días concurre a su oficina, y allí fuma quince o veinte cigarrillos, charlando largamente de la próxima crisis, de la actitud de Lerroux, del crimen más reciente y de la piececilla en el teatro barato, al cual acompañó a sus hijas la semana anterior. Es un medio como otro cualquiera de sacar a relucir a las niñas, pues sospecha que entre los compañeros de oficina alguno las hace cocos, y sueña con el yerno—para que sus vástagos continúen la dinastía burguesa—, no vayan a tener las chiquillas la endiablada ocurrencia de casarse con un carpintero o un maestro de obras.

El jefe verdadero—es decir, la mamá—es una de esas cuyas siluetas trazaron con sal y donaire

Luis Taboada en artículos y Vital Aza en sainetes. El estado psíquico de semejantes *jefas*, al igual de los demás estados psíquicos, tiene sus causas, y es preciso que las encontremos en la irritación permanente que determina el verse obligado a sacar rizos donde no hay pelo, o sea a gobernar casa sin guita. La conocida pareja que tantas veces ha desfilado por el escenario haciéndonos reír; el marido tembloroso y calzonazos, la mujer que muerde y pega, no admite otra explicación que un hecho sencillo del orden económico: el varón que funda un hogar con recursos insuficientes; que abdica en la hembra para que ella haga milagros sin ser Dios..., y el desquite, el desahogo de la esposa, en diarios insultos, en todo género de malignidades, en una tiranía doméstica con refinamientos de tortura china.

Las niñas... Como si las estuviésemos viendo. Son tres. Una de ellas, Melita—diminutivo de Carmela—, es de perfectísimas facciones, y la familia espera siempre al novio millonario. Lo malo es—sigue creyendo la familia—que toda aquella belleza de Melita está eclipsada por la falta de trajes, sombreros, palcos, saraos y coches. De las otras dos, Bárbara y Pepa, la última es gibosa; no se espera casarla; se desearía a lo sumo, consultarla con eminencias... En cambio, Barbarita, derecha como un pino, fea graciosa de magníficos dientes y ojos de lumbre, tiene siempre «coqueros» y más partido que la bella Melita. Y las tres hermanas no viven un minuto en paz,

zahiriéndose continuamente por si tú eres pavisosa, si tú una cabeza de viento, si tú como naciste así no puedes ver a las que tenemos recto el espinazo. Sólo en un punto andan acordes las niñas: que papá es muy bueno, convenido..., pero que no sirve para nada. Y el fondo del alma de las doncellas es igual al de la dueña y jefe de familia: asfixia por falta de medios, el fermento de las estrecheces y apuros diarios, la privación de cuanto halaga a la juventud, la mortificación del amor propio, de la vanidad... y hasta del estómago; porque para comprar un sombrero hay que no comer cosa nutritiva, que vivir de patatas guisadas y desperdicios de carne...

Falta al catálogo de la familia el hijo..., y pardiez que falta lo mejor—como suele decirse cuando lo que se omite es lo peor de todo lo imaginable—. El niño de los señores de Camarena—este es el apellido—logra descollar entre los infinitos ejemplares de su clásico tipo que abundan por ahí. No le habrá más perdido, ni más holgazán, ni más simpático. Es de los que se hacen querer, no sólo por sus franquezas y alegrías con todo el mundo, sino por su labia y chiste. Y el muchacho—muchacho perpetuo, aunque va frisando en los veintisiete—ni ha terminado sus estudios, ni quiere dedicarse a cosa alguna, ni se sabe con qué dinero anda siempre de juerga, paga en el café, concurre a los teatros, se presenta bien trajeado, y en suma, se conduce como si sus padres tuviesen una bonita renta y la

necedad de derrocharla en mantener a un ocioso. El padre, desesperado, calla: le cohibe, en esto como en todo, el miedo doméstico. La madre, cuando el esposo ha sacado la conversación del proceder de Ramoncito, salta a los ojos del padre, y le quiere comer por sopa. Ramoncito no es como otros, que nacieron para pobres; Ramoncito, hoy, «se las arregla», y mañana se casará con una rica, de las muchas que por él beben los vientos; y su mujer no se verá en el caso de tener que ir con el cesto a la compra, como le ha sucedido a toda una doña Josefa Galíndez de Camarena esta misma mañana, por encontrarse sin servicio—en el día, quien no puede pagar sueldos de cinco duros, no halla criados—. ¡Ah! Si la cosa seguía así, ella se determinaría a ofrecerse de asistenta en alguna casa; pues de barrer y encender el fogón, siquiera que se lo pagasen. ¡Quién se lo había de decir cuando se casó!—y lo demás de la retahíla—. Agachando la cabeza, Camarena huye de la tormentosa alcoba conyugal, se refugia en la oficina o en el café, en el dominó, en los cigarrillos, los rumores de crisis y la actitud de Lerroux y de Melquiades Alvarez...

Al acercarse la Navidad, la familia de Camarena atraviesa una crisis... Las muchachas no tienen materialmente qué ponerse, ni traje, ni abrigo; el gabán del padre, inservible; la madre, por decencia, ha menester botas; están sin pagar cuatro meses del alquiler; del piano de Barbarita con el casero han ido atrasándose sin saber

cómo—le deben un trimestre—, y si el del almacén de pianos sólo puede recoger su carraca, el casero les pondrá en el arroyo. ¡A tal punto se llega, con hombres inútiles y sin disposición para nada! Se acordó juntar para la casa: ante todo, era lo primero. Se arañó de aquí y de allí, y se reunieron los cuarenta y cinco duros del trimestre. La madre los ocultó en un cajón de la cómoda, debajo de un paquetito de algodón de repasar. Echó la llave, y avisó al administrador para la cobranza... Cuando éste vino, al buscar la señora su pequeño tesoro, no estaba allí... El cajón, sin embargo, no había sido abierto. Criada no la tensan desde hacía un mes. Hubo consternación, drama íntimo, encerrona del papá y la mamá, conversación horrible en que cada palabra es una herida... Y Camarena, insultado una vez más, acusado de la sustracción—para que él no acusase a otro, al que «se las arreglaba tan bien»—, salió hacia la oficina, saturado de vergüenza, en uno de esos momentos que desquician el espíritu. Sucede así, que sin ruido, sin nada que parezca modificar la situación de las personas, se colma un día la medida del sufrimiento, y las convicciones giran sobre su eje y el corazón se curte en jugos venenosos,—el veneno mortal de la injusticia, del desamor, del menosprecio de la mujer al hombre honrado y que no sabe acuñar moneda con su conciencia...

Camarena lleva la boca más amarga que su vivir. En toda la noche no ha dormido. No se ha desayunado. La bilis le tiñe de amarillo el rostro. Llega a la oficina. Los compañeros están de broma: se preparan a festejar una alegre Nochebuena, si les cae al otro día el premio—vamos, aunque no sea el mayor, se contentarán—. La oficina, rumbosa, ha jugado dos décimos, en los cuales Camarena no quiso participación, por economía. —Ahora lo siente... ¿Quién sabe? Acaso... Y se instala ante su pupitre, medio idiotizado, ebrio de pena y tronzado de impotencia. ¿De qué sirven la hombría de bien, la rectitud? Felices los que «se arreglan...» Ellos poseerán el dinero, y además el cariño...

Sepultado en estos pensamientos, no repara que un caballero, grueso, apoplético, se acerca, se detiene. Sólo cuando formula una pregunta relacionada con un expediente en tramitación, alza el empleado la abatida cabeza, y contesta, sin enterarse. El caballero entonces saca la cartera, extrae de ella documentos, que examina, confronta y manipula, hasta exponer su interrogación. A su vez, Camarena registra cajones, da noticias... El caballero, expeditivo, a pesar de su figura de botarga, se va apresurado; tiene que coger el tren. Camarena va a recaer en sus vacilaciones tristes, cuando, al pie del escritorio, ve un papel... Lo recoge... Es un décimo de la lotería...

Lo primero es guardarlo en el bolsillo—por instinto, y con disimulo—. Mira alrededor. Nadie

se ha fijado. La mesa de Camarena está semi-oculta por un biombo, que la resguarda de las corrientes. En su alma no hay lucha ni resistencia. Si se hubiese tratado de un billete de Banco, es seguro que la habría. Pero un décimo... es el azar: probablemente no se roba nada al robar un décimo; y menos al recogerlo cuando lo dejan caer. Quien lo ha dejado caer no es una persona; es la suerte, la suerte loca, la suerte bribona, mujer liviana, que acaricia a capricho. Si el caballero volviese... No volverá... Tiene que tomar el tren...; y al pensar así, cierto estaba Camarena de que aun cuando volviese... Por si acaso, se retiró temprano de la oficina. Almorzó en su café, al fiado, y pidió cosas buenas, y sobre todo cigarrros finos. A su alrededor oía hablar del sorteo: todo el mundo palpitaba de esperanzas: Camarena sintió abatirse las suyas como pájaros heridos de perdigón. Entre tantos, ¡casualidad serfa!...

Como en sueños, volvió a su casa, soportó frases fustigadoras de la esposa, vió la palidez de las hijas; y en los ojos de la menor, de la pobre gibosa, lágrimas que caían sobre el plato vacío... Les habían notificado el desahucio.

A la mañana siguiente, Camarena oye vocear la lista grande. Salta de la cama, y medio vestido baja al portal. A la primer ojeada se lleva las manos a la garganta, al corazón después... No suel-

ta el papel; lo mira atónito... ¡Su número! ¡Su décimo, premiado! ¡El premio mayor en su décimo! Sí, allí estaba; ¡pero si estaba allí...! Y lo que experimenta el empleado no es alegría; se siente como estúpido: casi es dolor, casi es puñalada una dicha semejante...

Se repone. De escrúpulos, ni rastro. Todo aquello era obra de la suerte... y nada más. El billete de lotería es documento al portador... No irá, sin embargo, a cobrar en persona. ¿Quién sabe si el caballero grueso había avisado en la Administración? Y combina un fraude, una defensa, una estratagema...

Corre a casa de un usurero—tenía de estas relaciones—. El usurero se cerciora de que el número está, en efecto, premiado, y se presta a descontar el décimo inmediatamente. Se embolsa unos miles de pesetas, y entrega, sin que medie contrato escrito, los miles de duros. No hay responsabilidad para Camarena. Si surgen dificultades, que «se las arregle» el usurero. Le ha cegado la codicia; no ha sospechado el peligro, ni ha encontrado extraño que Camarena, pudiendo cobrar de otro modo, le lleve el vellón de lana a las uñas...

Al entrar en su casa con la fortuna en el bolsillo, Camarena ha adoptado una resolución. Desde aquel momento, él es quien manda. De aquel dinero se hará lo que él quiera. Él lo aumentará, lo hará fructificar. Siente ya ambiciones de rico. Melita se lucirá en un palco; Bárbara se ca-

sará a su gusto; Pepa irá a Alemania a una clínica, a ver si la curan la deformidad...

Quando se avista con su cónyuge, al noticiar el cambio de situación, formula el cambio de política, el programa de gobierno... ¡Ay del que intente substraerse a su autoridad!

Por primera vez, la señora de Camarena se somete; y, amorosa, echa los brazos al cuello al esposo y le moja la cara de lágrimas de ternura... En efecto, ya tiene derecho a ejercitar el poder quien trae a su hogar no la estrechez, sino el bienestar, el lujo...

En la suculenta cena de la noche, entre el bocado y la ensalada de coliflor, al destaparse una botella de espumoso, sonaron estas palabras extrañas, en boca de la amansada harpía, y respondiendo a planes e iniciativas de las muchachas:

—Niñas, ¿cómo se entiende? Se hará lo que vuestro papá disponga...

SOLUCIÓN

Más fijo era que el Sol: a las tres de la tarde en invierno, y a las cinco en verano, pasaba Frasquita Llerena hacia el Retiro, llevando sujeto por fuerte cordón de seda roja, cuyo extremo se anudaba a la argolla del lindo collarín de badana blanca y relucientes cascabeles argentinos, a su grifón *Mosquito*, pequeño como un juguete. El animalito era una preciosidad: sus sedas gris acero se acortinaban revueltas sobre su hociquín, negro y brillante; y sus ojos, enormes, parecían tras la persiana sedeña dos uvas maduras, dulces de comer. Cuando *Mosquito* se cansaba, Frasquita le cogía en brazos. Si por algo sentía Frasquita no tener coche, era por no poder arrellanar en un cojín de su berlina al grifón.

Solterona, y bien avenida con su libertad, Frasquita no se tomaba molestias sino por el bichejo. Ella le lavaba, le espulgaba, le jabonaba, le perfumaba con Colonia legítima de Farina; ella le servía su comida fantástica, crema de huevo, bolitas de arroz; ella le limpiaba la dentadura, con oralina y cepillo. De noche, en Diciembre, saltaba

de la cama, descalza, para ver dormir al cusculeto sobre almohadón de pluma, bajo una manta microscópica de raso enguatado. De día, lo sacaba en persona «a tomar aire puro». ¿Confiarlo a la criada? ¡No faltaría sino que lo perdiese o se lo dejase quitar!

Una esplendorosa tarde de Abril, domingo, subiendo por la acera atestada de la calle de Alcalá, Frasquita notó una sensación extraña, como si acabase de quedarse sola entre el gentío. Antes de tener tiempo de darse cuenta de lo que la sucedía, se cruzó con un conocido, señor machucho, don Santos Comares de la Puente, alto funcionario en el Ministerio de Hacienda. La saludó, sonrió, y, según la costumbre española, la paró un instante informándose de la salud. Cuando el buen señor se perdió entre la densa muchedumbre que aguardaba el «desfile» de la corrida de toros, Frasquita percibió otra vez la soledad; el cordón rojo flotaba, cortado; *Mosquito* había desaparecido.

Tenía Frasquita un carácter reconcentrado y enérgico, frecuente en las mujeres que han llegado a los cuarenta años sin la sombra y el calor de la familia. No gritó, no alborotó: a fuer de solterona, temía a las cuchufletas. Miró a su alrededor; ni andaba por allí el perro, ni nadie que tuviese trazas de habérselo llevado. Interrogó a los porteros de las casas; avisó y ofreció propina a los guardias; puso anuncios en los diarios; votó una misa a San Antonio, abogado de las cosas

perdidas. *Mosquito* no estaba perdido, sino robado..., y el Santo se inhibió; los ladrones no son de su incumbencia.

Al cabo de dos meses, no habiendo parecido el grifón, Frasquita enfermó de ictericia. Para espantar la tristeza la mandaron pasear mucho, entre calles, por sitios alegres y concurridos. Parada delante de un escaparate, en la Carrera, de pronto el claro vidrio reflejó una forma tan conocida como adorada: ¡el encantín! Se volvió, conteniendo un grito de salvaje alegría..., y, lo mismo que cuando había desaparecido el perro, vió ante sí la figura poco gallarda de don Santos Comares, saludando y preguntando machacona y cordialmente: «¿Qué tal esa salud?...» Sólo que, bajo el puño de la manga izquierda del empleado, entre el brazo y el cuerpo, asomaban la cabecita adorable, los ojos como uvas en sazón, y se oía el cómico ladrido, en falsete, de *Mosquito*, jubiloso al reconocer a su antigua ama.

—¡Hijo! ¡Tesoro! ¡Encanto de mi vida! ¡Cielín!

Se abalanzó ella para apoderarse del chuchó, pero ya don Santos, a la defensiva, daba dos pasos atrás, y protegía la presa con un «¡Señora!», indignado y escandalizado, que hizo volverse irónicos y risueños a los transeuntes.

—¡Me gusta! Ese perro es el mío, y ahora ya comprendo quién me lo cogió. Fué usted, usted mismo, aquella tarde, en la acera de la calle de Alcalá—declaró fuera de sí Frasquita, pronta a recurrir a vías de hecho.

—¡Señora!—repitió don Santos, retrocediendo otro poco y dispuesto a vender cara su vida—. ¿Me toma usted por ladrón de bichos? Este perrito me pertenece, lo he comprado, (y no barato), por mi dinero; lo tengo empadronado, y a nadie consentiré que me dispute su propiedad.

—¡Bien habrá usted leído en el collar mis iniciales y el nombre del animalito! Verá usted cómo atiende, cómo me mira. ¡Mosquitín! ¿No me conoces, hechizo, no?

—El perro, señora, cuando lo adquirí, venía desnudo de toda prenda; este collar se lo encargué a Melerio, y le puse *Togo*: soy admirador de los marinos japoneses. *Toguín, Toguín*; ya lo ha visto usted, menea la cola.

Frasquita, desesperada, sintió que dos lágrimas iban a saltar de sus lagrimales. La gente empezaba a formar corro; se oían dicarachos. El decoro se sobrepuso a la pasión. Temblona, habló en voz baja, roncamente:

—Bueno, Sr. Comares, bueno... Llévase usted... lo que no es suyo. Cuando le dé a usted vergüenza tal proceder, espero que restituirá. Créf que era usted un caballero. Allá usted, si tiene alma para aprovecharse de que me hayan robado indignamente... ¡Así estamos en España, porque se consienten estas picardías!

Y volviendo las espaldas, sin fender la mano a su contrincante, tomó hacia la calle de Sevilla, seguida por cien miradas de curiosidad y chunga malévola...

Su padecimiento se agravó. El médico que la asistía supo la causa moral que destruía aquel cuerpo y torturaba aquel espíritu, y al visitar para recetar aguas minerales al Sr. Comares, que era de sus clientes, le enteró de lo que pasaba. No era el alto empleado ningún hombre sin corazón. Solicitó ver a Frasquita, llevó consigo a *Mosquito* y lo colocó en el regazo de la solterona.

—Señora, yo estoy disgustado; advierto a usted que disgustadísimo... No me es posible ceder a usted otra vez el perro; pero se lo traeré siempre que tenga cinco minutos disponibles, para que usted lo acaricie y vea que está gordito y sano.

—¿Se burla usted de mí?—saltó furiosa ella—. En esa forma, no quiero que mi chuchín se ponga delante de mi vista. ¿Traérmelo y quitármelo? Ni que usted lo piense, señor mío; ¿qué se ha figurado?

—Cálmese usted, Frasquita... Considere usted... Todos somos de carne y hueso, todos tenemos nuestros afectos y nuestra sensibilidad. Desde que perdí a mi chico único, que daba tantas esperanzas, y de resultas a mi pobre mujer, y con una serie de penas que si se las contase a usted se enternecería..., no hay a mi alrededor nadie que me acompañe... Resulta que le he cogido cariño al animalito... Es un gitano... Tráteme usted todo lo mal que guste; no la devuelvo a *Togo*. No, señor; es ya una cuestión personalísima.

Frasquita callaba, ceñuda, meditando. De improviso se alzó de la *chaise longue*, se apoderó

del perro, abrió la ventana, y alzando en el aire al grifón, exclamó trágicamente:

—Intente usted robármelo otra vez, y va a la calle.

Don Santos se quedó hecho un marmolillo. Veía ya a su *Togo* estrellado sobre la acera, cerrados los enormes ojos, rota la cabezuela contra las losas, flojas las sedas, frías las patas... La mujer había vencido; la furia pasional arrollaba al tranquilo y nostálgico querer...

A la mañana siguiente, Frasquita recibió una atenta esquila de don Santos. El viudo la pedía permiso para frecuentar la casa; así vería alguna vez a *Togo* y le llevaría bombones de chocolate.

No era posible rehusar. La triunfadora acogió amablemente al derrotado. A causa de la oposición de sus genios, congeniaron; se habituaron a verse y a tolerarse sus manías de almas rancias y solitarias, sus herrumbres de cuerpos en decadencia. Al cabo de un año, el perrito fué de ambos con igual derecho, y paseó en la berlina de los consortes. Pero el esposo siempre le llamó *Togo*, y *Mosquito* la esposa.

HENO

Paulino Montes, muchacho de posición excelente—lo que se dice una conveniencia—, se enamoró de una artista. Al menos así la calificaban los periódicos al publicar su retrato. Artista lírica, de zarzuela, Candelaria—la Candela, como la llamaban generalmente—, poseía una voz de grillo acatarrado, pero su cuerpo tenía líneas seductoras. Ni gruesa ni flaca; de carnes dulcemente repartidas sobre armazón de menudos, bien formados y delicados huesos; de cabellera naturalmente rubia, y tan rica y sedosa, que era un regio manto; de cara inocente y picaresca, en mezcla original, sugestiva,—la Candela triunfaba siempre que el papel requiriese sólo belleza y donaire. Es preciso reconocer que Paulino no se engañó a sí mismo; al sentirse ciegamente prendado de la Candela, ni un instante atribuyó su inclinación a los méritos artísticos de la muchacha, a su canto ni a sus danzas. Comprendió que el señuelo era otro, y que si encuentra a Candela de manjón en la calle, o escolfada de mamá y hermanos en una tertulia, el efecto es exactamente el mismo.

Sin embargo, las tablas fueron cómplices, y aquellos brazos torneados y aquella admirable mata rubia, y aquellas canillas elegantes, no se ostentarían en otro lugar como allí, a las luces de Bengala y con el atavío verde claro de «Canal de Isabel II», en una revista hidráulica que embelésó a todo Madrid.

Paulino era hasta inteligente en música; no dudó de que el arte nada perdía cuando, arrastrado por estímulos superiores a su voluntad, propuso a Candela el matrimonio, tres meses después de gustar con ella conversación entre bastidores. Los informes adquiridos por el enamorado establecían que la artista era «una chica decente». En todas partes las hay, y acaso en la escena escasean menos de lo que supone la malicia.

Desde luego se estipuló que Candela—ya Candelaria, señora de Montes—renunciaba al arte, cumpliendo este sacrificio en aras del afecto conyugal. Nunca hubo sacrificio más gustoso. Candela aborrecía «la lata» de los ensayos, las rivalidades y chismes de las compañeras, la insolencia de los señoritos, las contingencias del pafteo, la escasez de dinero—tantas y tantas miserias de la vida del teatro. Por eso se alegraba de casarse. Iba a tener su casa, su hogar tranquilo y acolchado, y cuando quisiese, compraría un palco en la taquilla, y con él, el derecho a reírse de las que seguían saltando y desafinando para comer.

La luna de miel exaltó el amor de Paulino.

Hay casos de estos, y no son raros, pero delatan siempre una fuerza de pasionalidad que puede tomar peligroso rumbo. La base del entusiasmo de Paulino—pronto pudo advertirse—eran los celos. Y celos de los malos, es decir, de los peores: de los que no se fundan en nada concreto, y para mayor daño, no se circunscriben a lo presente, sino que se extravían en las ya borradas sendas del pasado, buscando vestigios que desaparecieron.

No dudaba Paulino de la honradez de su mujer antes del matrimonio, y menos podía sospechar de la actual, puesto que no se apartaban los esposos un minuto, y cada detalle de la inocente existencia de Candelaria era visible a los ojos más interesados en fiscalizarlo... Un espíritu equilibrado gozaría en paz de su dicha, y no se atormentaría a sí propio con ingeniosa crueldad. Pero esto tienen los celos, calvario del querer, donde se autocrucifica el sentenciado,—y jamás hubo verdugo ni sayón que así se esmerase en hincar hondo los clavos y en estirazar duro las sogas, como el celoso, esmerándose en refinar el tormento, y en alargarlo, y en complicarlo para que llegue a todos los nervios y a todas las fibras, y a las últimas celdillas donde el pensamiento se devana...

¿De qué tenía celos Paulino?—A las horas en que los párpados se cierran, pero el insomnio no suprime la vida cerebral y psíquica, veía Paulino a su mujer, no cual andaba ahora, con atavío

elegante y serio, sino como se presentaba antes en el escenario: con la malla señalando morbideces, las gasas plegadas orlando de espuma dos columnillas de vivo alabastro, las gorras y tocados fantásticos acentuando el incitativo melindre de la cara, las lentejuelas fascinando y espejeando en el torso culebreador. Alucinado el oído como la vista, Paulino escuchaba el murmurio de la muchedumbre, más grosero en las localidades altas, más cínico en las bajas, y fijándose espectador por espectador, sorprendía en las pupilas la chispa codiciosa, y en los labios péndulos de los vejetes la baba impura, y el guiño significativo trocado de butaca a butaca, y las palabrillas picantes susurradas a media voz... ¡Oh! ¡qué realce tan terrible adquirirían para el celoso, frases, actitudes, sonrisas, respiraciones! Un veneno sutil se infiltraba en sus venas, corriendo hasta su corazón gangrenado. Y pensaba, mordiendo su almohada, mientras Candelaria dormía plácidamente:—¿Cómo no se me ha ocurrido antes que esto de la honradez es un concepto vano? Honrada, sí... No se ha manchado con un hombre... Se ha manchado con un teatro entero, con un público renovado sin cesar. Conmigo, antes de casarnos. Porque yo también estaba allí, y la miraba como la miraban los otros. Soy un estúpido. Pues qué, lo sentido por mí al salir ella a escena, vistiendo el traje negro y rojo de «La diosa infernal» o luciendo las alas tornasol en «Los mariposones», ¿no lo habrán sentido otros indi-

viduos, a centenares? ¡Honrada! ¡No hay un trozo así de su piel que no esté profanado mil veces!

Y empezó a sollozar y a reír. Candelaria, solícita, atendía a su marido, presa de continuos ataques nerviosos. Administraba calmantes, se desvivía, sin sospechar la realidad. No tardó en conocerla, porque en un acceso, Paulino la insultó y hasta la hirió con el puño cerrado. El frenesí, en vez de aplacarse, aumentaba en razón directa de su idealismo; no fundándose en nada positivo y concreto, el mal no tenía cura.

—¿Qué haré yo para que vivas en paz?—preguntaba Candelaria sumisamente—. ¿Quieres que nos retiremos al campo; que me vista de jerga? ¿Quieres que me corte el pelo?—Y él, furioso, respondía:

—¡No seas necia! ¡Lo único que quiero es que lo que fué no haya sido!...

—¡Ni Dios!...—repelía ella dolorosamente, al tropezar con la muralla de lo imposible. Y escondió el revólver de Paulino, porque la contracción de la idea suicida empezaba a desfigurarle las facciones. La vida de los esposos fué entonces de esas vidas que se parecen al mar: empapadas en amargura continua y agitadas por repentinas rachas de tormenta destructora. Ni uno ni otro presumían qué desenlace pudiese tener el drama, largo, sin plan, sin desarrollo graduado y artístico—drama verdadero—. Todo lo temían y estaban prontos a la catástrofe. Y he aquí que el destino trajo la solución...

Candelaria tenía en la masa de la sangre la tisis. Dicen que no se hereda, pero ello es que hay familias donde, sucesivamente, muchos individuos se extinguen del mismo mal. En Candelaria, las privaciones, la mala alimentación durante la niñez, habían preparado el terreno: las ansiedades, las penas, desarrollaron ahora el germen. Paulino vió desmejorarse rápidamente a su mujer. De aquella plástica adorada y aborrecida, no fué quedando sino una borrosa semblanza. Y lo que dejaba de ser, extinguió en su alma el recuerdo de lo que había sido; los celos cayeron como flácidas víboras muertas, y se alzó la compasión, la piedad humana, el arrepentimiento entrañable...

—¡Candelaria—gimió al pie del lecho de la moribunda—, perdóname! ¡Vive, vive; no te haré sufrir más!

Ella, con una sonrisa de infinita tristeza, le contempló un momento; y alzando los encajes de su manga, enseñó el brazo flaco, consumido, y murmuró:

—¡Si éste fuese como antes... tú serías como antes también!...

Volvió la cara, y Paulino, poseído de un gran desprecio hacia lo material, siguió arrodillado, mientras en su espíritu culto, lleno de sentencias y de filosofías, se destacaba la palabra profunda y grave: «Toda carne es heno...»

SIN ESPERANZA

El jefe de la estación, en su lugar, aguarda el tren,—el duodécimo en aquel día despachado. ¡Qué movimiento el de la estación de Cigüeñal! Cosa de no parar un instante. Apenas sale un tren, ya es preciso pensar en la llegada de otro; y los intervalos de silencio y calma en que el andén enmudece y se ven los rieles desiertos, a estilo de severas arrugas sobre un rostro caduco, se diría que hacen resaltar, por el contraste, el bullicio infernal de las entradas y salidas.

El jefe aguarda. Dominando la fatiga, por una tensión mecánica de la voluntad; llamando en su ayuda las fuerzas de un organismo en otro tiempo robusto, hoy quebrantadísimo, minado en todos sentidos, como la tierra de los hormigueros, no piensa, no quiere pensar sino en su obligación. Terrible es la faena diaria del jefe de Cigüeñal. Para él no hay domingos, días festivos, Carnavales ni Navidades; para él no hay día ni noche; cada una tiene que levantarse tres veces: en in-

vierno, firitando; en verano, sudoroso, debilitado, aturdido; para él la vida es una serie de sobresaltos, y al campanileo del telégrafo responde el golpe de su corazón en perpetua inquietud, el latir de sus sienes, que acabarán por estallar bajo la presión férrea de la atención siempre fija.

Al conseguir aquel puesto, el jefe se había casado con una señorita pobre, a quien desde hacía tiempo amaba. Ninguna dulzura encontró en la luna de miel. Engulló la dicha; no la saboreó. No tuvo tiempo de darse cuenta de que era feliz. Ciertamente que no había soñado el buen hombre con embriagueces líricas en noches de luna, ni con éxtasis de misterio en jardines saturados de perfumes. Sus aspiraciones eran más modestas. Comer tranquilamente al lado de su esposa, llevarla del brazo a un paseo por los alrededores pedregosos y áridos de la estación, cerrar temprano la puerta en una velada de invierno y no despertarse hasta bien entrado el siguiente día, para beber, arropadito en el tálamo, un vaso de café caliente, azucarado, reanimador... Bastábale este idilio en prosa llana, humilde... Pero humilde y todo, no se lo deparaba la fortuna. Estaban allí celosos, exigentes, los dos númenes: el Deber y la Responsabilidad, prohibiendo toda expansión inútil; reclamando cada hora, cada minuto, cada segundo. Y el jefe de Cigüeñal no supo qué sería esa cosa tan dulce e inefable: la proscripción del reloj, el olvido del tiempo en la intimidad amorosa...

Ahora, como le ha nacido una niña... el jefe quisiera poder ser padre un día entero. Aspiración irrealizable también. Caricias rápidas, momentos fugaces de tener en brazos a la criatura: nunca un hartazgo de paternidad, con labios besucones y manos entretenidas en confeccionar juguetes de papel, barquitos y pájaras. La niña ha llegado al período de la dentición; ya balbucea palabras, ya sufre dolores... El padre ni lo oye ni lo ve. Los dos Molochs—Responsabilidad y Deber—le reclaman, le sujetan, le oprimen más y más. ¡Al andén, a la oficina! ¡A la oficina, al andén! ¡A dar la salida, a recibir! ¡A recibir, a dar la salida! ¡Atención al telégrafo! ¡Que falta un coche! ¡Que llega la expedición! ¡Que al menor descuido ocurrirá una catástrofe! Y cuando la niña se enferma gravemente y su madre tiene que llevársela a Auriabella, a consultarla con un médico de renombre,—allí se queda el padre, el corazón apretado, la garganta llena de sollozos a medio formar, el alma nublada por presentimientos negros, anheloso del triste goce de rumiar su pena; pero con el pensamiento confiscado, sujeto a la cadena de sus funciones, de la cual no es lícito ni tirar. ¡Extraña esclavitud! Otros dedican a la labor las fuerzas corporales, y mientras tanto su mente recorre los espacios, va libre adonde la lleva la voluntad. No así el jefe de estación. Aun en sueños, en los agitados y cortos sueños que llega a conciliar, le aprieta el cuello la argolla de esclavo, y tiene pesadillas

en que ve hacinarse y cabalgarse brutalmente los destrozados vagones, o subir las llamas devorando los depósitos de mercancías.

Lo que él quisiera contemplar es la cara sonrosada y picada de hoyuelos por la risa, las pupilas luminosas, negras, cándidas; los rizos alborotados, en que juguetea el sol, de su nené. ¿Cómo estará? ¿Qué estragos hará en esa faz adorable el padecimiento? ¿Y las hinchadas encías, calientes, dolorosas? ¿Y el vientrecito, duro y estirado como el parche de un tambor? ¿Volverá al lado de su padre la criatura? ¿Regresará sólo la madre, con los ojos enrojecidos y las mejillas azuladas, devastadas por el llanto de desconsuelo que arranca el dolor de los dolores? El jefe *siente* que esto es lo único que realmente le importa en la vida; y sin embargo no le es permitido *pensar* en ello. Su cabeza pertenece a la Compañía y a los viajeros. El drama íntimo de aquel hombre, que él se lo trague; a nadie interesa. Lo único que importa es que los trenes vayan y vayan como es debido, a su tiempo, que la vía esté libre, que la máquina-hombre funcione lo mismo que la de vapor.

No creáis que el jefe protesta contra esta necesidad. Al contrario; se ha penetrado de ella, cual el buen soldado, de la rigurosa disciplina. Su conciencia, siempre vigilante, le reprende cuando se deja llevar, con tierna distracción, hacia la cunita de la nené enferma y ausente. ¿Qué es eso? ¿Acaso tiene el jefe de Cigüeñal el derecho de ser

padre solcítico, inquieto, mimoso? No, no, él des-
empeña otra misión en el mundo. A su puesto.
¡Firmes! Sólo una cosa preocupa al jefe. ¿Con-
servará mucho tiempo la resistencia física? A
veces nota desvanecimientos; su cuerpo se incli-
na a los lados como el de un beodo; sus piernas
parecen hechas de algodón en rama; su memoria
no retiene lo más usual; su vista se debilita; su
corazón diríase que va a pararse; estallan de ja-
queca sus sienes. Apura el vaso de vino añejo y
se reanima. ¡Ánimo! ¡Una vez más! A esperar el
tren, el tren de Portugal, el duodécimo tren aquel
día despachado. Un tren de compromiso; porque
inmediatamente, en sentido opuesto, viene el
mercancías, y es preciso que éste no salga hasta
que llegue el otro.

De pie en el andén, el jefe presta oído. Un
repique del telégrafo le hace estremecer. ¿Será
comunicación de Auriabella, noticias de la cria-
tura? La madre acude con frecuencia a este medio
para enterar al padre. Por la mañana le ha dicho
lacónicamente: «No hay novedad. No mejora.»
De un salto el jefe se acerca al aparato, desvía al
telegrafista, descifra la comunicación y se incor-
pora, llevándose las manos a la cabeza, con ade-
mán de loco. Ha leído una frase sencilla. «Sin es-
peranza.» ¡La niña ha muerto! Sí, ha muerto, de
seguro; ese telegrama no es de la madre; es de
algún amigo oñcioso que prepara la fatal noti-
cia... ¡Sin esperanza! El jefe se agita, oscila, cae
como un maniquí de plomo en el viejo sillón de

gutapercha; su cabeza choca contra la mesa de la oficina. El telegrafista, solícito, alarmado, le llama, le mueve; cree que se trata de un accidente mortal, de algún derrame... No. El jefe se levanta lívido, con los ojos atónitos, y en voz desmayada murmura: «Allá voy... El tren está ahí.»

Era cierto. El tren había llegado. Por primera vez, desde hacía años, encontrábase el jefe ausente del andén en tal momento. ¡Qué grave falta! Pero ya acudía a remediarlo todo, a establecer el orden, a vigilar. Las piernas se resistían un poco; la maldita cabeza parecía tener dentro una humareda espesa y ardiente; los ojos veían lucecitas rojas... No importa. Allí estaba el jefe cumpliendo su función. ¡La salida! ¡En marcha! ¡Adelante el tren de Portugal!

Aun retemblaban los rieles; aun no se había disipado el humo de la locomotora, cuando el jefe, que se retiraba a su oficina tambaleándose, exhaló un gran grito, dos exclamaciones, y se quedó luego como hecho de piedra:

—¡El mercancías! ¡El mercancías!

Es imposible imaginar la desesperación de su acento. Aquel mercancías, el número *trece* del día se acercaba; estaba avisado. No podía salir el portugués hasta la llegada del otro, a no ser que el otro trajese retraso y diese espacio al cruce en la inmediata estación. Sólo el jefe podía saber esto. ¡Y el jefe sabía, había olvidado y recordaba entonces que el mercancías venía ya, en sentido contrario al tren acabado de salir!

No acertó ni a explicar lo que le pasaba, ni a transmitir la alarma horrible. Sus manos, mecánicamente, quisieron aflojar la corbata y el cuello, y no lo lograron. Cayó de cara contra la tierra. Esta vez sí que era congestión fulminante.

UN SISTEMA

Los que sostienen que no existe la felicidad, deben fijarse en don Olimpio, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Antiquis.

En primer lugar, nadie suponga que repito el lugar común de personificar la bienandanza en un canónigo. Nada de eso. Hoy los canónigos son funcionarios modestísimamente retribuidos, que para sostener el decoro de sus funciones necesitan echar muchas cuentas. Hay zapatos de lustre y manteos de reluz que escatimaron tocino al puchero. Pero en todo caben excepciones, y don Olimpio, que «tiene algo por su casa», o mejor dicho, por la de un pariente oportuno en morir habiéndose acordado antes (claro está) de don Olimpio en sus disposiciones testamentarias, puede comer ópimamente con lo propio, guardando la canongía para la regalada cena.

El primer elemento de dicha de don Olimpio no es, sin embargo, el dinero, sino la tontería... Entendámonos: don Olimpio goza de una de esas tonterías relativas que no vacilo en proclamar infinitamente más útiles y cómodas que las

brillantes inteligencias inadaptadas. La tontería de don Olimpio se asemeja a un paraguas de algodón. ¿Conocéis nada más deslucido que un paraguas de algodón? Pero en lucha con la intemperie, el paraguas de algodón presta doble servicio que el de seda rica. Don Olimpio, tonto de capirote en cuanto no le interesa directamente, es, en lo que puede convenirle, uno de los seres más sagaces que he conocido.

Confieso que, al pronto, no lo creía. Fué necesario que otro canónigo me lo demostrase, refiriéndome cómo había logrado don Olimpio su puesto en el coro de la Catedral de Antiquis, una de las ciudades más apacibles, sanas, baratas y de grata residencia en España toda.

Don Gervasio—el canónigo que me informó— es un viejo en cuyas facciones, chupadas y amarillentas, resplandece el entendimiento más claro. Su afán de leer le pone al corriente de cuanto ocurre y sus opiniones llevan siempre el sello de una penetración singular. Agresivo y combativo, había nacido don Gervasio para dedicarse a la política y descollar en ella; pero en la carrera eclesiástica le perjudicaba este modo de ser. Espíritu inquieto, carácter difícil de amoldar en las cosas pequeñas, las que a menudo determinan asperezas y rozamientos, don Gervasio está siempre en guerra con sus compañeros, con el Provisor, con el señor Obispo, con el Superior de los Calzados, con los sacristanes, y ha logrado enajenarse las simpatías, mientras don Olim-

pio las disfruta plenamente, pues ni se mete con nadie, ni profesa opinión alguna de ningún genero, ni lleva la contraria, hallándose dispuesto a reconocer que la misma nube figura o un camello o una cigüeña, según plazca a su interlocutor. El único sér humano que no puede aguantar a don Olimpio, es don Gervasio precisamente, no porque exista ningún agravio o rencilla, sino por una de esas antipatías de naturaleza, que radican en lo más hondo del instinto. Es una antipatía mezclada de asombro.

—Imagínese usted—habla don Gervasio—lo más bobo y lo más eficaz; imagínese el cálculo más astuto, de puro simple... y podrá usted inferir cómo agenció don Olimpio la prebenda que hoy disfruta tan sibaríticamente. Porque él se trata y se las arregla como un verdadero sabio, y éste es uno de los aspectos que hacen envidiable la sublime estulticia de ese gran fonto. No tiene un vicio, no cae en un exceso, no come sino lo que puede contribuir a hacerle buena sangre y prepararle larga vida: en fin, es comparable a un vegetal capaz de goces humanos muy moderados, y por consecuencia muy filosóficos... Pero vamos a lo de la canongía.

Ha de saberse que este don Olimpio era coadjutor en una parroquia de aldea, y que en los términos de esa parroquia y de varias circunvecinas veranea en su quinta (aparte de otras personas de cuenta y viso) el famoso don Juan Menares Corveda, que ha sido ministro seis veces: una de

Instrucción, dos o tres de Hacienda, y de Gracia y Justicia las restantes.

Don Olimpio, sin previa presentación, sin más antecedentes que la vecindad, se coló en la quinta. Hizo primero la visita de cumplido, y adoptó una actitud atónita, maravillándose de las frases que se cruzaban entre el personaje y su mujer, que regularmente serían observaciones sobre la madurez de las alcachofas o sobre el tiempo en que no daña el marisco. Volvió a los tres días y se entretuvo más, sacando conversaciones insulsas que nadie seguía; y luego concluyó las visitas, hasta que cotidianamente, a la hora en que el personaje, deseoso de tranquilidad, de gozar el fresco, se sentaba en la terraza a mirar la ría azul, y los montecillos rosados por el ocaso, aparecía la lacia figura de don Olimpio, enfundada en su sotana color de ala de mosca, dando una nota ridícula en medio de tanta belleza. Y apenas se trababa entre don Juan y su familia algún diálogo confidencial, terciaba en él don Olimpio, lanzando aforismos de esta fuerza:

—Tienen ustedes muchísima razón... En verano hace más calor que en invierno.

Todavía don Juan, su señora y sus sobrinas se hubiesen resignado a la presencia de don Olimpio, si éste imitase a esos falderillos que se enroscan en una esquina, y dejándoles dormir en paz, ni se rebullen; pero don Olimpio, que ignora el uso de los cepillos de dientes, opiatas, elixires y otros refinamientos, no vive si no se acerca mucho a

aquellos con quienes conversa; y la familia de don Juan empezó a protestar, a chillar que era indispensable zafarse de una vez de pelma semejante.

—Echarle indirectas para que no venga tanto—indicó tímidamente la menor de las sobrinas.

Se le echaron las indirectas, y fué igual que pasar suavemente las barbas de una pluma sobre la caparazón de un galápago. Don Olimpio no faltó un día a la terraza.

—Decidle que por las tardes salimos—discutió la sobrina mayor.

Se le dijo, efectivamente, y desde entonces vino por las mañanas, sin perjuicio de alguna noche, en que se presentaba trayendo regalos; cestos de huevos, un par de pollos, un lomo fresco de cerdo, una empanada de robaliza.

—Esto ya no se puede aguantar, Juanito—dijo al personaje su señora—. Revístete de energía y cántale claro a este buen señor, que sus visitas, tan simpáticas, ganarán mucho con el toque de la rareza.

—Mujer...—murmuró don Juan—. Me da fatiga. ¿Cómo se dice eso? Harto me tiene; pero una descortesía tan clara...

—¿Y no sabes lo mejor?—añadió la señora—. Quiere este curato en propiedad.

Don Juan dió un salto en la poltrona de mimbres.

—¡Este curato! ¡Nunca! ¡Entonces, aquí le tendríamos toda la vida! ¡Primero se lo doy a un presidiario!

Como las mujeres cazan siempre más largo que los hombres, la señora, después de reflexionar, exclamó:

—Una idea, una idea... ¿Sabes lo que podemos hacer, Juanito? ¿Sabes lo que podemos hacer?

—¿Soltarle el masfín que llegó ayer de Extremadura?

—Darle una canongía... una buena canongía... allá muy lejos. ¿Entiendes? Al otro extremo de España!

—Pero, criatura, si están esperando *eso*, desde hace siglos, Julio Pesquera, un sacerdote tan estudioso; don Reinaldo Guemes, un hombre virtuosísimo; y don, y don... (lista de candidatos meritorios).

—¿Qué nos importa? Esos no han de venir a aburrirnos... Mira que yo no puedo más. Si esto continúa, el año próximo, a veranear a Biarritz!...

Y don Juan que está encantado de su quinta, ante la amenaza, agachó la cabeza...

Ya sabe usted cómo es canónigo en Antiquis don Olimpio.

—Dios nos dé—agregó don Gervasio—una buena imbecilidad de regadío, abonada y lindando con tierras de poderosos.

AIRE ⁽¹⁾

—Tenemos otra loca, pero esa interesante —dijome el director del manicomio, después de la descorazonadora visita al departamento de mujeres—. Otra loca que forma el más perfecto contraste con las infelices que acabamos de ver, y que se agarran al gabán de los visitantes, con risa cínica... Y figúrese usted, que esta loca está enamorada..., pero enamorada hasta el delirio. No habla más que de su novio, el cual, por señas, desde que la pobrecilla ha sido recluída aquí, no vino a verla ni una vez sola... Si yo creo que esta muchacha, suprimido el amor, estaría completamente cuerda. Verdad que lo mismo les pasa a muchos mortales. La pasión es quizás una forma transitoria de la alienación mental, desde que nos hemos civilizado...

—No—contesté—. En la antigüedad precisamente es donde se encuentran los casos caracterizados de pasión: Fedra, Mirra, Hero y Leandro...

(1) De un suceso real.

—¡Ah! Es que ya entonces estaba civilizada la especie. Yo me refiero a épocas primitivas.

—Sabe Dios—objeté—lo que pasaba en esas épocas, de las cuales no nos han quedado testimonios ni documentos. Lo indudable es que el sufrir tanto por cuestión de amor, es uno de los fristes privilegios de la humanidad, signo de nobleza y castigo a la vez... ¿Se puede ver a esa muchacha?

—Vamos; pero antes pondré a usted en algunos antecedentes... Esta es una joven bien educada, hija de un empleado, que se quedó huérfana de padre y madre y tuvo que trabajar para comer. Se llama—deje usted que me acuerde—Cecilia, Cecilia Bohorques. Quiso dar lecciones de piano, pero no era lo que se dice una profesora, y por ese camino no consiguió nada. Pretendió acompañar señoritas, y le contestaron en todas partes que preferían francesas o inglesas, con las cuales se aprende... ¡sabe Dios qué! Entonces, la chica se decidió a coser por las casas, y en esta forma ya encontró medio de vivir: dicen que tiene habilidad y gracia para la cuestión de trapos... Se la disputaban y la traían en palmas sus clientes. De su conducta todo el mundo se deshacía en alabanzas. Entonces la salió un novio, el hijo del médico Ganda, muchacho guapo, algo perdido. Amoríos vehementes, una novela en acción. Según parece, el muchacho quería llevar la novela a su último capítulo, y ella se defendía, defensa que tiene mucho

mérito, porque, repito, y los hechos lo han demostrado, que se encontraba absolutamente bajo el imperio de la más férvida ilusión amorosa. Una de las señales que caracterizan el poderío de esta ilusión, es el efecto extraordinario, absolutamente fuera de toda relación con su causa, que produce una palabra o una frase del sér querido. Dijérase que es como palabra de Evangelio, que se graba indeleblemente en los senos mentales, y de la cual se deriva, a veces, todo el contenido de una existencia humana. ¡Extraño dominio psíquico el que otorga la pasión!

El novio de Cecilia—al final de las escenas en que él solicitaba lo que ella negaba dominando todo el torrente de su voluntad rendida—solía exclamar en tono despreciativo:

—¡Tú no eres nadie; eres más fría que el aire!

Con su asonantamiento y todo, la frasecilla acusadora se clavó como bala bien dirigida dentro del espíritu de la muchacha, y allí quedó, engendrando un convencimiento profundo. Ella era, seguramente, aire no más... Lo repetía a todas horas—y esta fué la primer señal que dió de su trastorno—. Como que no hizo otra cosa de raro, ni menos de inconveniente: con el mismo aspecto de pudor y de reserva que va usted a verla ahora, siguió presentándose en las casas de las señoras para quienes trabajaba, y de estas señoras ha partido la idea de traerla aquí, a fin de que yo intente su curación. Se interesan por ella muchísimo.

—¿Y usted espera que cure?...

—No—respondió el médico en tono decisivo y melancólico—. La experiencia me ha demostrado que estas locuras de agua mansa, sin arrebatos, sonrientes, dulces, apacibles en apariencia, son las que se agarran y no se van. No temo a las brutales locuras de la sangre, sino a las poéticas, las refinadas, las delicadas, las finas... Yo les he puesto, allá en mi nomenclatura interna, este nombre: *locuras del aire*...

—¡Como la de Ofelia!...—respondí.

—Como la de Ofelia, justamente... Aquel gran médico alienista que se llamó—o no se llamó—Guillermo Shakespeare, conocía maravillosamente el diagnóstico y el pronóstico...

Después de estas palabras de mal agüero, el médico me guió a la celda de la *loca del aire*. Estaba muy limpio el cuartito, y Cecilia, sentada en una silleta baja, miraba al través de la reja, con ansia infinita, el espacio azul del cielo y el espacio verde del jardín. Apenas volvió la cabeza al saludarla nosotros. Era la demente una muchacha delgadita y pálida; sus facciones añiadas, menudas, serían bonitas si las animasen la alegría y la salud; pero es lo cierto que hay muy pocas locas hermosas, y Cecilia no lo era sino por la expresión realmente divina de sus grandes ojos negros cercados de livor azul, y enrojecidos por el llanto cuando respondió a nuestras preguntas:

—¡Va a venir, va a venir a verme de un momento a otro! ¡Me quiere a perder, y yo... vamos,

no sé decir lo que le quiero! Lo malo es que, acaso, al tiempo de venir, ya no me encontrará... Porque yo, aquí donde ustedes me ven, no soy nada, no soy nadie... ¡Soy más fría que el aire! Como que soy eso, aire... No tengo cuerpo, señores... ¡Y como no tengo cuerpo, no he podido obedecerle con el cuerpo! ¿Se puede obedecer con lo que uno no tiene? ¿Verdad que no? Yo soy aire tan solamente. ¿No me creen? Si no fuese esa reja, verían cómo es verdad que soy aire... Y el día que quiera, a pesar de la reja, se convencerán de que aire soy. ¡Y nada más que aire! Él me lo dijo... y él dice siempre verdad. ¿Saben ustedes cuándo me lo dijo la primera vez? Una tarde que fuimos de paseo a orillas del río, a las Delicias... ¡Qué bien olfa el campo! Él me quería estrechar, y como soy aire, no pudo. ¡Y claro! ¡Se convenció!... ¡Soy aire, aire solamente!

Comentó estas declaraciones una carcajada súbita, infantil. Salimos de la celda previo ofrecimiento de avisar al novio, si le encontrábamos, de que su amiga le esperaba con impaciencia. Y fué una semana después, a lo sumo, cuando leí la noticia en los periódicos: llevaba este epígrafe: «Suceso novelesco...» ¡Novelesco! Vital, querrían decir: porque la vida es la grande y eterna noveladora,

Aprovechando quizá un descuido de los encargados de su custodia, presa de un vértigo y aferrada a la idea de que era *aire*, Cecilia trepó

hasta la azotea de uno de los pabellones, se puso de pie en el alero, y exhalando un grito de placer, (realizaba al fin su dicha) se arrojó al espacio.

Cayó sobre un montón de arena, desde una altura de veinte metros. Quedó inmóvil, amodorrada por la conmoción cerebral. Aun alentó y vivió angustiosamente dos días. El conocimiento no lo recobró.

Su última sensación fué la de beber el aire, de confundirse con él, y de absorber en él el filtro de la muerte, que cura el amor.

LOS CINCO SENTIDOS

El nieto y heredero de aquel poderoso multimillonario John Dorcksetter, salió diferentísimo de su abuelo y hasta de su padre. Había sido John un atleta, una especie de cíclope, que en vez de forjar hierro forjaba millones con su brazo de vultuosos biceps y su manaza de gruesas venas negruzcas y pulpejos callosos. Atento sólo a la faena incesante, no quiso John distraerse ni aun en pegar un mordisco de través a la colosal fortuna que amontonaba. Ningún goce, ningún lujo se permitió. Tostadas de pan moreno con salada manteca, cerveza amarga y fuerte, le mantenían. Sus muebles eran sólidos, feos y sencillos. Su esposa vestía de alpaca y revisaba las provisiones. El oro envolvía a John, pero John no necesitaba del oro, y lo ganaba únicamente por el viril placer de desarrollar la energía de ganarlo.

Marck, el hijo, sin desatender completamente los negocios, gastó un boato fastuoso y principesco. No se arruinó, porque eso no entraba en sus principios; se limitó a derrochar, como derrochan todos sus congéneres: yates, coches (no

existían automóviles aún), caballos, palacios, quintas, festines, viajes con séquito, adquisición de obras de arte más o menos auténticas, fundaciones benéficas e instructivas, más o menos útiles; entre ellas, la de la fuente continua de agua de la Florida, donde se perfumaban gratuitamente los moradores de Kentápolis, ciudad dominada por la opulencia de la dinastía Dorcksetter.

La mujer de Marck, muy hermosa, ayudó gentilmente al marido en la tarea de despabilar dinero: sus trajes, sus joyas, sus fiestas, fundían con soberano garbo aquellos lingotes de precioso metal forjados por el musculoso John, a golpe de martillo. Decíase que estaba la señora de Dorcksetter un poco *detraquée*, palabra que no sé si traducir por *chiflada*, o por *de la jícara*. A la verdad, no me satisface ninguna de las dos formas, porque el *detraquement* no es propiamente la chifladura. Estar *detraquée* no es sólo tener los sesos barajados, sino algo peor: albergar un germen de perversión en el alma, un gercencito, que se desarrolla vivaz e invasor a la primer ocasión favorable.

Edgar se llamó el hijo menor de Marck, y nació endeble; con todo eso, se podía considerar dichoso, pues el mayor, Charlie, era raquíptico y tenía en la cabeza una bolsa de agua: vivió poco, y todo el mimo y cariño se reconcentraron en el superviviente. Los disparates que se hicieron con motivo de aquella criatura, llenarían un libro. Nunca hubo soberano fabuloso ni príncipe here-

ditario más cuidado, más halagado, más defendido contra los roces y desacatos de la realidad. Plumas de colibrí mulleron su nido, y hojas, no de rosas, sino de raras orquídeas, fueron tapiz de sus piececillos cuando intentaba andar, como todas las criaturas. El temor de que pudiera caerse cohibió sus travesuras, y la excesiva idolatría de su madre le encerró en una especie de santuario, del cual no salió hasta que el azar le hizo doblemente huérfano; en un choque de trenes murieron juntos sus padres.

Al asomarse Edgar libremente al vasto mundo, recibió impresiones singulares, que al pronto no supo definir. Fueron más bien penosas, y a la vuelta de algún tiempo se graduaron y constituyeron positivo tormento para el joven plutócrata. Se le había rodeado de un ambiente tan artísticamente refinado y quintaesenciado, que no concebía respirar otro; y el aire exterior era bravo y duro, ya glacial, ya sofocante, y traía entre sus oleadas partículas de polvo, átomos de todas las pestilencias, y vaho de sudor exhalado en todos los trabajos recios y viles. Edgar desdeñó la ignominia de un aire tan impuro, y se recluyó otra vez en sus magnas residencias, en sus mansiones donde a placer se le ofrecían las beatitudes de una existencia inimitable, y donde nunca se alzaba el telón de encaje bordado de perlas, para descubrir el espectáculo de la miseria y el dolor. Para Edgar no existían, puesto que no llegaban a afectar sus sentidos, aquellos sentidos delica-

dísimos, exigentes, que reclamaban sólo la impresión placentera, la delicia y la miel del goce humano...

Para sus sentidos, atesoró Edgar los colores combinados en seductura armonía, los sonidos que se funden abrazándose y encadenándose, los sabores raros y exquisitos, los perfumes que hacen desvanecerse de ventura, y la euritmia de las formas artísticas en que la línea es un himno. Y todo lo tuvo, porque el oro proporciona a manos llenas sonidos, sabores, aromas, formas y matices divinos, de los que hermocean artificialmente el cuadro de la creación; y le envidiaron los que no podían comprar esas felicidades,—no porque Edgar las ostentase con alarde de mal gusto, sino porque justamente, al esconderlas con celoso cuidado, las hacía suponer infinitas, misteriosas y distantes de la tierra.

Un día, Edgar llamó apresuradamente a su doctor, el sapientísimo médico encargado de velar por salud tan preciosa, y se quejó de un mal extraño. Era éste tan pronto una especie de saturación y embotamiento de los sentidos, como una irritabilidad furiosa de los sentidos también; y los dos síntomas constituían uno solo: la imposibilidad de encontrar cosa que los satisficiera ni lisonjearse. Cuanto Edgar veía, oía, tocaba, olía y gustaba, le parecía feo, inarmónico, áspero o fofo, apestoso, desabrido, y en suma, repugnante y odiable en grado sumo. Al principio (confesaba Edgar) los colores y formas eran bellos, la

música selecta y sublime, las fragancias embriagadoras, la cocina y bodega inauditas, y cada cosa de por sí y todas juntas, admirables y únicas por su delicadeza y primor. Y ahora, todo debía de continuar siendo igualmente perfecto y maravilloso en su género, pero no obstante, Edgar percibía en sus sonidos, formas, sabores y olores tales deficiencias, tales desafinaciones, tales faltas, mermas y pelillos, que en vez de recrearse, sufría horriblemente, y venía a solicitar del doctor un remedio heroico, radical y eficaz— la supresión de los fatales sentidos; el cierre de las puertas por donde entraba en su espíritu la noción de lo incompleto, de lo mezquino y miserable del humano existir...

Otro médico se hubiera negado; pero ya sabéis que en estos países nuevos, jóvenes y caducos a la vez, pasan muy extrañas cosas, y a cada cual se le considera árbitro de sí mismo y dueño de su piel y de su persona, omnímodamente. Se presume, no obstante, que haría el doctor las debidas objeciones; y se sabe que al cabo accedió. Con una cera especial, adherentísima y penetrante, cerró los ojos de Edgardo. Una poción cuya receta procedía de los indios pieles-rojas, que la usan para insensibilizarse cuando les torturan, suprimió el tacto y abolió el olfato y el gusto del millonario mozo. Tapones hábilmente colocados interceptaron los ruidos y le produjeron completa sordera. Y así quedó Edgardo, a oscuras y en silencio absoluto.

No podía el doctor ni preguntar a su cliente si quería ser destaponado, vuelto a la vida sensual. ¿Cómo hacer que entendiese la pregunta?

Pero el joven millonario, paseándose, apoyado en el brazo del médico, por los jardines admirables de su quinta—en los cuales los árboles eran altos y regios, los estanques profundos, los cisnes bogadores y deslizadores, las cascadas rumorosas y argentinas, los templetos de alabastro rancio, traído de Grecia, y las flores singulares, pálidas como rostros o rojas como labios—, murmuraba:

—No me restablezca usted en el uso de los sentidos, doctor... Ahora es cuando, sola y libre mi fantasía, me finge la hermosura cabal y sin tacha, la sensibilidad inagotable, las formas celestes y la música digna de los serafines... En mi encuentro lo que no había podido darme el oro... Quiero quedarme así toda la vida. ¡Toda la vida!

Y, sentándose fatigado ya, añadió:

—Toda la vida... de mi capricho.

LA SOR

Al salir de la iglesia—antes de regresar a casa, almorzar y cambiarse de traje para emprender el camino de Lisboa, donde pasarían la primer quincena de luna de miel—, los novios se dirigieron, en coche, al Asilo-Escuela de párvulos. Querían despedirse de Sor Marcela, hermana de la novia... y de la Caridad.

Cuando Sor Marcela entró en el locutorio y se abrazó a su hermana, el contraste fué vivo y curioso. Contra el burel y el algodón de ropaje y delantal, el raso blanco de la nupcial *toilette*; contra la toca almidonada y tiesa, el delicado tul del velo y los nítidos azahares de la corona. Las figuras contrastaban no menos que los trajes. Clara, la novia, una mujerona basta, ya algo ajamonada a los veintiséis, de protuberantes curvas y cutis encendido; Marcela, la Sor, una criaturita delgada y menuda, un delicioso semblante infantil, que alumbraban ojos negros de ricas pestañas y dientes cristalinos en una boca inocente y fresca, como vaso lleno de agua pura. Exclamaciones de asombro y alegría sa-

lfan de los labios de Sor Marcela, que alababa y admiraba todo: el vestido de boda, las joyas, la corona de azahar, el devocionario de marfil, los zapatos de seda...

—¡Jesús mío, Dios! ¡Si pareces una imagen! ¡Ay, qué cosas tan hermosas traes encima! ¡Y tu esposo... qué guapo está! ¡La Virgen vaya con vosotros!

Trataba el novio de sonreír y de chancearse con la monjita, pero una emoción profunda y mal disimulada le quitaba el aplomo: sufría cruelmente. Enamorado de Marcela desde que la conoció, desde que puso los pies en casa de los señores de Ramos, creíase curado de la pasión. Habían corrido tres años o más desde entonces; el ingreso de Marcela en el Noviciado de las Hermanas, equivalía a la muerte; Clara se presentaba insinuante, coqueta, «buen partido», y Antonio se dejaba arrastrar a cortejarla, a pedirla y a casarse. Y ahora, volviendo a ver a Marcela, encontrándola tan niña, tan cándida, tan ideal, el corazón le advertía: «no la has olvidado, la quieres. Erraste al tomar otra esposa. Esta era la destinada para ti.»

Mientras las dos hermanas charlaban, sentadas en el duro sofá del locutorio, el recién casado evocaba recuerdos. El nunca le había dicho claro a Marcela, allá en el siglo, que se moría por ella, que la adoraba. Un respeto, un encogimiento extraño, la veneración que infunden la honestidad y la pureza excesivas, contenían su admiración

apasionada. Soñaba mucho, la trafa flores, la embromaba dulcemente... y esperaba la ocasión, la hora, el entreabrirse del capullo... Más vigilante y resuelto que él, Cristo se había adelantado. ¡La niña era monja!...

No se podía escalar el Noviciado, ni romper rejas, ni saltar tapias. La prosa de la vida, dominante hasta entre la poesía del misticismo y del amor, se interponía: Antonio se resignaba, o creía resignarse; si se tratase de un cariño humano, de una boda para Marcela, se hubiese sublevado, furioso; pero ¡monja! Ante eso, ¿qué hacer? Con secreta satisfacción pensaba: «Ya no se casará.» Y, estúpidamente, rutinariamente, se había casado él, sujeto quizás a la casa de los señores de Ramos por lo que en ella quedaba del ambiente y del perfume de Marcela... Sólo ahora, llegado el momento, cumplida la suerte, Antonio se daba cuenta de su verdadero estado moral. No quería a su mujer, ni podría quererla nunca, y su corazón se quedaba allí, entre las paredes del locutorio, al lado de la monjita encantadora, su único, su verdadero amor en la tierra.

Cabizbajo, lleno de tristeza y de abatimiento invencible, el novio permanecía silencioso, sin tomar parte en la plática de las dos hermanas. Marcela, que en la vida monástica había adquirido ya la costumbre de la curiosidad pueril, se deshacía en preguntas: ¿A dónde iban los recién casados? ¿Dónde se detendrían primero? ¿Llevaban

mucho equipaje? ¿Tenían propósito de visitar el santuario del *Bom Jesús*, una cosa tan bonita? Por fin Clara, en un girar de pupilas, observó la actitud de su esposo. Era inequívoca. Aquellos ojos ardientemente clavados en Marcela, aquella fisonomía entristecida y ansiosa, aquella palidez, no engañaban. Clara, asociando ideas, con su suspicacia de mujer, de celosa instintiva, recordó... Hay detalles que, insignificantes en apariencia, de repente, por su enlace con otras circunstancias mínimas, adquieren terrible realce... Este trabajo mental, de concordancia y conexión, se verificaba en el cerebro de la novia, que veía lúcidamente lo actual y lo pasado. Y mientras en su alma se producía el desgarramiento de la ilusión, sus labios profirieron, atropellada, sarcásticamente, estas palabras...

—Adiós, Marcela... Tenemos prisa, ¿verdad, Antonio? Hoy nos hace mal tercio cualquiera... Adiós...

Y como la Sor, cariñosamente, formulase una pregunta, la desposada respondió, con risa dura y amarga:—¿Volver por aquí? ¡Hija, muy tarde!... Nosotros somos del mundo y tú eres de Dios...

POR ESPAÑA

Al desembarcar en Cádiz, ya el novio venía malhumorado. Encontraba que la novia, en todo el tiempo que había durado la travesía, por otra parte muy feliz, no pensaba tanto en él como en España, tierra expresamente elegida por la antojadiza criatura para comerse el panalito de miel. Y la novia—que hartó sacrificio había realizado al prescindir de su libertad de mujer independiente, casándose con un hombre prosaico y opulento—andaba un poco distraída, y en el puente del buque, de noche, gustaba de aislarse, de contemplar a solas las estrellas sobre el cielo turquí del Mediodía, y rechazaba el brazo conyugal, afanoso de ceñirse a su talle.

No obstante, cuando sentaron el pie en el muelle, iban reconciliados, y además, hacían lo que se dice una arrogante pareja. La exseñorita Gladys Stilton, doctora en leyes, acuarelista de afición y gran jugadora de tenis, llevaba con gentil desembarazo su sombrero de fieltro gris que cimbraba una gaviota enorme, y se envolvía airosamente en la larga manta de viaje, de cua-

dros amarillos y marrón. A pesar de las fatigas de la iniciación amorosa, su cutis parecía de rosa muy fresca, como parecía de seda lisa fina su cabello, recogido en moño griego, saliente y firme. Si Mistress Gladys tenía las ideas largas, no podía decirse que tuviese el pelo corto. Sus ojos azul marino, cándidos, expresaban a veces una especie de infantil asombro; pero sus manos eran fuertes y huesudas cual las de un muchacho, y sus esbeltas y robustas formas denotaban el cultivo de la energía física, y la excelente asimilación de las amplias lonjas de buey asado. Bien podía Mister A. H. Sadler Bigpig, fabricante de conservas comprimidas por un sistema nuevo del cual había sacado patente, apoyarse a gusto, según la moda, en el brazo de su consorte, sin miedo a resbalar; y debe añadirse que tampoco maldito el báculo que necesitaba Mister Sadler, pues era un sangüíneo mocetón de dientes deslumbradores (algo tocados de oro por el mejor dentista de Chicago, criadero de dentistas prestigiosos), de cachetes colorados, mandíbula fuerte, cogote ancho y pelo blanquecino de puro rubio, cortado al cero y que dejaba ver el cráneo blanco y redondo.

Los primeros días de estancia en la «tácita de plata», aumentó el mal temple del conservero. Ni aquello era hotel, ni aquella era comida, ni aquello se podía llamar bañarse, ni había quien sufriese el olor a aceite frito y los continuos pregones de las vendedoras, los organillos callejeros

y las murgas. Sólo era tolerable el Jerez, pero no ciertamente el de la fonda, sino el *Tío Pepe*, expresamente encargado. Por el contrario, la novia demostraba extraordinaria satisfacción y estaba lo que se dice embobada con las costumbres gaditanas, sobre todo las populares. En un viaje a Méjico había aprendido la señorita Gladys a chappurrear el español, y ahora se soltaba intrépidamente, riendo a carcajadas a cada errata, y celebrando con gozo cada acierto y cada adelanto. Hablaba con todo bicho viviente; con el dueño del hotel, con los vecinos de mesa—que la piropeaban—, con los golfos de la calle, con los pordioseros, con los guardias de orden público. Sin excepción eran para ella simpáticos y poéticos. La norteamericana había olvidado su sangrienta ración de carne semicruda, y no comía más que buñuelos, naranjas, churros, bocas y boquerones. ¡Ah, las bocas! ¡Qué delicia! Y el marido protestaba:

—Gladys, sois estúpida... Gladys, váis a enfermar...

¡No enfermaba, no! Lo que hacía era espiritualizarse; perder su aire amarimachado; vestirse de un modo más femenino y prenderse en el pico del escote una de esas rosas encendidas, que en Andalucía parecen brotar donde pisa una mujer. No sin asombro del esposo, tenía antojos sentimentales.—«Requebradme a la española»—suplicaba, sin prescindir del vos británico; y el esposo no acertaba sino a cometer torpezas y a caer en

soserfas patosas que desesperaban a Gladys.— «¡Sois un pedazo de corcho!»—En cambio, ¡sí que la jaleaban en la calle! No siempre partían de señoritos los floreos; a veces procedían de gente del pueblo, majos patilludos, tíos de avinagrada geta y remendado calzón, gitanos astrosos, que la oleaban en la misma cara del marido, sin cuidarse de que le pareciese bien ni mal. Gladys defendía aquello, encontrándolo tan original, tan pintoresco, tan hidalgo! y de aquí, discusiones entre los novios, significativas, largos monos, vueltas de espaldas en el lecho conyugal, altercados, frases ásperas.—No tenéis sentido común...—Sois un hombre sin el menor gusto artístico...—Os falta discreción.—Y a vos os falta estética.—No me comprendéis.—Oh, vos sí que no sois capaz de comprender cosa alguna; no sé para qué os tomáis el trabajo de viajar.—He viajado por cumplir vuestros antojos, pero muy seguro de que, fuera de mi patria, no hay un país donde pudiésemos vivir como personas civilizadas.—Al contrario... Allí vivimos como cerdos, pendientes sólo de la material!

Ante la actitud de Gladys, Mister Sadler dió en ponerse melancólico y esplenético—aunque el esplín sea zarandaja más de ingleses que de americanos—. Pero hay pasiones que determinan iguales estados de alma en todas las razas, y Mister Sadler tenía celos. ¡No celos de un español! celos de España entera. En este maldito país todos los hombres parecen dispuestos a marear

a todas las mujeres, y se diría que la que no les importa, les importa, y a la que no han visto jamás, la conocen de toda la vida. ¡No se puede sufrir! La dignidad, al cabo, se resiente.

Arreció la tormenta cuando de Cádiz se trasladaron a Sevilla.

Sevilla trafa loca a Gladys ya desde antes de pisarla. ¡Sevilla, la amante del Sol, la ciudad cuyo nombre suena como repiquefeo argentino de sonajas de pandereta! La estancia en Sevilla la embriagó al modo que embriaga el añejo moscatel; borrachera sin bascas ni modorra, estado que consiste en no sentir el peso de la razón, en romper las grises telarañas de la cordura y elevarse al espacio para bañarse en la luz de la fantasía y del ensueño. Nunca hubiera creído Gladys, a no experimentarlo, que se pudiese sentir así; que lo que llaman realidad los espíritus groseros y burdamente positivos, valiese tan poco, fuese cosa tan necia y desabrida, tan sin donaire y hasta sin utilidad práctica, como le parecía entonces.

Una tarde—de esas de celaje de cobalto con franjas de rubí, que tiene la primavera en Sevilla—, regresaban los esposos a pie, de una excursión al barrio de Triana. El Guadalquivir, ancho y caudaloso, enviaba al aire límpido vahos de frescura, regalados vapores que se impregnaban del azahar de los jardines y del jazmín de las rejas. Olía a amor; la atmósfera elástica y serena convidaba a efusiones de melancolía voluptuosa. A lo lejos se oía puntear una guitarra, y una

copla andaluza expiraba gimiendo, en el silencio de la puesta del Sol. Gladys, abrumada por tanta poesía, miró de soslayo a su novio, a su marido, al único sér con quien la era lícito desahogar la plenitud de su corazón, a quien tenía el derecho de pedir que se *hiciese cargo* de sus nuevas necesidades, de anhelos, después de todo, bien explicables en una mujer joven que no había conocido hasta entonces el sentimiento, que se había educado virilmente, mejor dicho, cual se educa un muchacho, que no es mujer y todavía no es hombre.—La norteamericana notó—cosa desusada y hasta humillante para una doctora en leyes—que se le venían lágrimas a los ojos, y estrechando tímidamente el brazo de su compañero quiso balbucir algo de lo que la bullía en la mente y el alma.

Fué aquél ese momento en que un cariño de mujer a hombre se puede consolidar, remachándose el roto eslabón de su cadena de oro; en que un alma se entrega y no pide sino un poco de dulce engaño, la parte de ilusión necesaria para respirar, la complicidad de amor que exige hasta el matrimonio... Si el marido entendiese en tal ocasión, solemne y sagrada, a su esposa... ¿quién calculará la suma de ventura que entre azahares y claveles les brindaba el indulgente destino? Y el marido no comprendió. Creyó que Gladys reclamaba algo concreto... y concretó la respuesta. Gladys dió un grito de ninfa sorprendida por un sátiro, en la fronda de un bosque. Con su agilidad gallarda de jugadora de tennis,

se desasíó y corrió sin rumbo, hasta perderse de vista. Sadler, humillado, furioso, regresó a la fonda. Aquella noche no volvió Gladys. Sadler siempre ha creído que su mujer cometió algún enorme desafuero; nosotros—mejor informados—, sabemos que pasó horas de nostalgia bajo los árboles, en las Delicias, expuesta sin duda a desazones y percances, pero sola, respirando perfumes, amando a su manera, de un modo muy ideal, no a un hombre, sino a un país divino...

Al amanecer, en el comedor de la fonda, Gladys escribió a su marido una carta que decía al pie de la letra:

«Prosigo mi camino sin vos. He comprendido que no nos entendemos. También he comprendido que *soy española*. El dinero que me llevo es el que traje de mi casa. Feliz viaje.—*Gladys*.»

Sadler ha vuelto a sus conservas comprimidas, mohino, pero resuelto a no sufrir más extravagantes caprichos de mujeres. Cuando le hablan de España, se desata su lengua. ¡Nación de fanáticos, donde salen todavía procesiones con encapuzados inquisitoriales! ¡Donde los mendigos os acosan, y la barbarie trasuda! Y, al mismo tiempo que formula estas invectivas, el fabricante siente en su interior un reconcomio oscuro—quizás la pena de no haber sabido, durante unos minutos, ser tan bárbaro, tan novelesco como España—, para retener a su mujercita. ¿Dónde estará la insensata, dónde?

DÍPTICO

LA SORDICA

Las cuatro de la tarde ya, y aun no se ha levantado un soplo de brisa. El calor solar, que agrieta la tierra, derrite y liquida a los negruzcos segadores encorvados sobre el mar de oro de la mies sazónada. Uno sobre todo, *Selmo*, que por primera vez se dedica a tan ruda faena, siéntese desfallecer; el sudor se enfría en sus sienes, y un vértigo paraliza su corazón.

¡Ay, si no fuese la vergüenza! ¡Qué dirán los compañeros si tira la hoz y se echa al surco!

Ya se han reído de él a carcajadas porque se abalanzó al botijón vacío, que los demás habían apurado...

Maquinalmente, el brazo derecho de Anselmo baja y sube; reluce la hoz, aplomando mies, descubriendo la tierra negra y requemada, sobre la cual, al desaparecer el trigo que las amparaba, languidecen y se agostan aprisa las amapolas sangrientas y la manzanilla de acre perfume. La terca voluntad del segadorcillo mueve el brazo,

pero un sufrimiento cada vez mayor hace doloroso el esfuerzo,

Se asfixia; lo que respira es fuego, lluvia de brasas que le calcina la boca y le refuesta los pulmones. ¿A que se deja caer? ¿A que rompe a llorar?

Tímidamente, a hurtadas, como el que comete un delito, se dirige al segador más próximo:

—¿No traerán agua? ¿tú, di, no traerán?

—¡Suerte has tenido, borrego! ahí viene justo con ella *la Sordica*...

Anselmo alza la cabeza, y a lo lejos, sobre un horizonte de un amarillo anaranjado, cegador, ve recortarse la figura airosa de la mozuela, portadora del odre cuya sola vista le refrigera el alma.

De la fuente de los Almendrucos es el agua cristalina que *la Sordica* trae,—agua más helada cuanto más ardorosa es la temperatura, sorbete que la naturaleza preparó allá en sus misteriosos laboratorios, para consolar al trabajador en los crueles días caniculares.

¡Si Anselmo no se contiene, al encuentro de la zagala saltaría, a manera de corzo cuando vientea el manantial cercano!

Como si *la Sordica* adivinase dónde estaba el más sediento, el más ansioso de aquellos desheredados, recta venía hacia Anselmo, gallardamente enhiesta para sostener el odre mejor, y en la mano una cantarita de añadidura, una cantarita de barro salpicada de divinas gotas de humedad,

que a la luz del Sol relucían como sueltos brillantes...

Y llegándose al segador novicio—leyendo en su cara amortecida la nacesidad—, le tendió la cantarita, a la cual pegó Anselmo los labios con un suspiro violento, que parecía un sollozo...

Al anoecer, cuando los enormes carros iban camino de las eras, cargados de gavillas, *Selmo* y *la Sordica* volvían juntos, por la senda que rodea el lugar; y el mozo decía a la zagala, muy cerca del oído, sin duda a causa del defectillo que declara el apodo:

—Ná, mujer, en la chola se me ha metío, y en el querer muy aentro... Tú vas a ser mi novia... No me des un esaire, borrega, que me gustas más que el agua de tu cantarita...

TÍA CELESTA

No la visteis al cruzar la esquina, a la viejecita de pelo más blanco que los copos de la nieve detenidos en los aleros de los tejados, de tez rancia como el marfil, de dentadura cabal y firme todavía, sin postizo ni engañifa alguna? Las curtidias y arrugadas manos con que manejaba la badila revolviendo las castañas en el tostador, dicen a voces la vida de labor incesante; la venerable calma de la frente y la limpidez de los ojos, que debieron de ser hermosos a los veinte años, la tranquilidad de la conciencia... Sentada en la

bocacalle, al margen de la acera, procurando no estorbar con su humilde comercio a los transeuntes, en primavera vendía lilas, clavellinas y rosas «de olor»; pero apenas asomaba el frío, saliendo a relucir las primeras pañosas, establecía su puesto de castañas asadas, y allí la tenían los chiquillos golosos de la escuela y los estudiantes que van a la Universidad y al Instituto, despachando la mercancía con una afabilidad y un desinterés señorial.,.

Generosa y franca a fuer de española neta, jamás escatimó la ración al niño que tiritando alargaba su *perra chica*, ni al mozo que riendo suelta la peseta en el regazo; jamás regateó—y jamás pidió limosna—. Ahogos y miserias, crujiadas y hasta enfermedades, sospechamos que se las pasó la tía Celesta muy agazapada, en su sofabanco de la ronda; ¿pero extender ella aquella mano? Primero se moriría. Era preciso oirla, cuando se expresaba en confianza. «Trabajar, sí, señor; que esa es la ley del pobre... digo del pobre honrado. Con mi trabajo me he mantenido, y nadie ha tenido que avergonzarme, ni de moza ni de vieja... Y ya, ¿pa qué voy a pedir? To me sobra. ¡Con setenta y seis que cumplí el día de Santos...! Se me murió mi hija; crié un nieto que quedaba, y se me escapó; dicen que se embarca pa las Américas, porque era codiciosillo y quería hacer un fortunón... A mí, que la Virgen no me quite mi cocido y mi catre...»

Y cuando insistíamos para saber si no aspi-

raba a algo, murmuró confidencialmente la tía Celesta: «Me pide el cuerpo con este frío barbero, otro mantón abrigadito, que el puesto ya parece de telaraña... Y el caso es que me conviene que venga todavía más frío, más nieve, más escarcha... así venderé más castañas calientes, y pué que junte pa el mantón... Ya llevo tres reales en un décimo... Mientras, está una atereca... y por otra parte achicharrá...»

La mañana en que tía Celesta expresó tan modestas aspiraciones (¡qué mañana!, se helaban las palabras en la boca), fué la última que la vió ocupar su puesto y revolver las castañas sobre la hornilla. Desapareció... «Estará acatarrada...» Buen catarro debfa de ser, que pasaron las Navidades y llegaron los Carnavales sin que la castañera volviese a su sitio de costumbre. Y tampoco, cuando los últimos cierzos de la sierra soplaron ya fatigados sobre Madrid, se presentó cual otros años ofreciendo los precoces narcisos que anuncian la resurrección de Flora...

Seguramente la tía Celesta había logrado el mantón con que soñaba—un mantón color de tierra, que no se rompe, que no se gasta, y que abriga de una vez...

EL MUNDO

Las dos hermanas se encontraron en el estrecho pasillo; casi se tropezaron, y se dieron un beso, riendo de cariño, a pesar de lo tristes que estaban. La mayor, Dionisia, venía del cuarto de la madre enferma, trayendo una taza de caldo, vacía ya; la menor, Germana, de la cocina, de calentar por sus manos un parche cáustico. La penosa y quebrantadora faena de enfermeras, la vigilia y las inquietudes, habían empalidecido y ajado sus caras graciosas, donde esplendía antes, fresca y atractiva, la «belleza del diablo».

—¿Cómo queda ahora?—preguntó Dionisia,

—Me parece que peor... Con mucha fatiga, ¿sabes?

—¿Recado al médico?

—No quiere.

—¡Aunque no quiera!...

Suplicantes, momentos después bulbuceaban al oído de la paciente... Era necesario que viniese el doctor; con que recetase un calmante, aquel acceso pasaría...

Respiroteaba la señora como pez a quien sa-

can de su elemento y dejan temblar sobre la playa, en anhelo agónico. Desmadejada, azulosa la tez, sus labios morados se abrían desmesuradamente, queriendo beberse todo el aire del mundo. Las hijas, conteniendo el sollozo, la auxiliaban como podían: dábanle fricciones suaves, la incorporaban, abrían la ventana de par en par. El parche, olvidado, se enfría sobre la mesa de noche.—Al fin se aquietó un poco; la respiración era más fácil y franca. Pudo hablar.

—Ahorrad médico. Lo indispensable. Acordaos de que cada visita cuesta un duro...

Ante el gesto de desinterés e indiferencia de las muchachas, la señora añadió, no sin esfuerzo doloroso, terrible:

—Es que no sabéis de la misa la media... Creéis que únicamente hemos bajado de posición... Ayer me entregásteis carta del tío Manolo, que ha terminado la liquidación de nuestra fortuna... Estamos completamente arruinadas, y aun peor: estamos alcanzadas en seis mil y pico de duros. ¿Qué tal?... Llamad médico, llamad médico... ¡Si al fin yo duraré pocos días, y no hay médico en el mundo que pueda curarme! Con este golpe... lo he sentido, se me ha descompuesto algo dentro, en el corazón... ¡Pobres pequeñas mías! ¡Animo, no lloréis!...

Era tardío el encargo. Dionisia y Germana, abrazadas, se mojaban recíprocamente los rostros con el llanto ardiente y salado de las grandes amarguras... La primera en dominarse fué la me-

nor: arrastró fuera de la habitación a la mayor y la llevó hacia una salita, amueblada con cierto lujo, reliquia del bienestar antiguo.

—¿Qué va a ser de nosotras?—tartamudeó, hipando aún, Dionisia.

—Trabajaremos—decidió Germana prontamente—. Y desde hoy mismo. No en balde nos llamaban *Manitas de oro*. No creas que aguardaré a que mamá se muera, a que nos echen de esta casa y perdamos nuestra única esperanza de salvación.

—Y, por mucho que trabajemos, ¿crees tú que sacaremos para vivir?

—De seguro. Y para volver a tener coche.

—¿Y los intereses de la deuda de los seis mil? Porque hay que pagarlos, ¿entiendes?

—¡Vaya si hay que pagarlos!...—murmuró pensativa, lagrimsosa, Germana—. No vamos a dejar en vergüenza la memoria de mamá. Sólo que entonces... habrá que trabajar de otro modo.

—¿De qué modo?—interrogó recelosa Dionisia.

—Yo me entiendo.

—No vayas a hacer una de las tuyas...

Vistióse Germana con elegancia y coquetería: traje sastre de fino paño marrón, toca azul, donde anidaba un pajarito tornasolado; tomó un coche, y fué recorriendo las casas de las amigas de antaño, que se mostraban frías, o, por lo menos, alejadas, desde el momento en «que las de Ramos» se encontraron en mala situación económica... Donde la recibían, Germana entraba deci-

dida, sonriente bajo el velito de motas: un ramillo de violetas naturales, preso en la solapa, la anunciaba con la discreta brisa de su perfume; y soltaba el discurso, no en tono suplicante, sino como el que pide lo que se le debe.

—No estamos lo que se dice en grave apuro, eso no; sin embargo, hemos sufrido pérdidas... ¡Figúrate que vivíamos con tanto lujo!... Cuesta, cuesta el acostumbrarse a recortar gastos. Echamos de menos el coche, los abonos, los viajes... En vista de esto—añadía precipitadamente la niña al notar las nubes de desconfianza y precaución que iban cubriendo la faz de su interlocutora—, hemos resuelto ser en breve más ricas que nunca. Yo tengo disposición, buen gusto, algo de *chic*. He aceptado la representación de una modista muy elegante de Biarritz, la que nos vestía antes; este traje es de ella... Reproduciremos aquí sus modelos, con alguna rebaja, naturalmente... Haremos las *toilettes* y los sombreros; todo completo. Pago, eso sí, al contado; la modista nos lo exige... Hemos montado taller. Conque, querida, a ver si nos ayudas... ¿eh? No te pido otro favor... Es en ventaja tuya; vestirás bien con menos sacrificio, y lo que lledes será igual—como que es el modelo—a lo que otras traigan de casa de madama Lagaze... Te dejo las señas. Corre la voz... Ven a casa a ver los modelitos...

Los confeccionó ella misma, con trapos suyos, sobre maniqués de alambre de unas cuantas pulgadas de alto. Había el traje de sociedad,

el de calle, el abrigo, y hasta el alborotado, insolente, enorme sombrero. La fiebre de la inspiración hacía que Germana ni tuviese tiempo de notar que su madre empeoraba. Dionisia, desesperanzada y temblona, lloraba por los rincones. Germana, valerosa, esperaba las parroquianas seguras. Al espejuelo de la elegancia extranjera, la mujer acude; y acudió. Dos antiguas amigas se encargaron trajes sastre; tres o cuatro desconocidas, abrigos y sombreros; una dama de alto copete pidió el traje de sociedad muy aprisa, a plazo fijo, para comida y baile en la Embajada de Rusia...

—Oye, Dionisia—suplicó Germana, con voz rota por la emoción—. Coge, sin que mamá te vea, todo el dinero que tenga ella en su armario... Hay que adelantar la tela, los adornos...

—No me atrevo... ¡Coger, así, del armario! ¡Las economías de mamá!

—¿Prefieres pedir limosna?

La energía sugestionada, la resolución fascina. Dionisia se apoderó de la cantidad, y los trajes empezaron a surgir. Las hermanas no dormían, no comían ni vivían. La enferma hubo de notar algo extraño.

—¿Qué os pasa? ¡Qué raras estáis! ¿Por qué me deja Germana sola tanto tiempo? ¿A qué se dedica? ¡Ingrata! Que venga...

Una mañana, el ahogo de la señora fué más largo, o las fuerzas se hallaban más agotadas tal vez... Sobre el brazo de Dionisia cayó la

inerte cabeza de la madre, libre ya de penas y sufrimientos, bañada en eterno reposo. Las hijas, arrodillándose al pie de la cama, sollozaban sin consuelo. Se oyó sonar la campanilla, imperiosamente.

—¡Lllaman!..—gimió Dionisia.

—¡Es la parroquiana del traje de sociedad!.. ¡La había citado a esta hora! Viene a probar—hipó Germana levantándose.

—¿Vas a recibirla? —reprobó la hermana mayor.

—¡Ya lo creo!..

Y Germana, limpiándose las lágrimas, salió aprisa.

—¿Llora usted?—preguntábale entre compadecida y curiosa la cliente, mientras ahuecaba con el dedo un pliegue del cuerpo escotado, para señalar la arruga.

—Sí, señora. Acabo de saber que se me ha muerto una parienta... allá en Andalucía.

—¿Cercana?

—No mucho... Pero la queríamos... ¿Le gusta a la señora el escote bajo, o sin hombreras? Ahora se llevan poco...

—Más bajito... así... Que no me falte usted mañana, ¿eh? Espero el vestido por la tarde...

Al día siguiente—horas después del entierro—Germana cobraba la primer *toilette* de las que hicieron la reputación de las famosas hermanas Ramos. Se ganaba en el traje sobre unas trescientas pesetas.

—Si yo confieso mi verdadera situación—de-
cífame Germana al referirme su escondida trage-
dia—, o me vuelven la espalda o me dan unas
perras de limosna... Hay que pedir con soberbia
y para lujo; no para comer...

EL DISFRAZ

La profesora de piano pisó la antesala toda recelosa y encogida. Era su actitud habitual; pero aquel día la exageraba involuntariamente, porque se sentía en falta. Llegaba lo menos con veinte minutos de retraso, y hubiese querido esconderse tras el repostero, que ostentaba los blasones de los Marqueses de la Insula, cuando el criado, patilludo y guapetón, la dijo, con la severidad de los servidores de casa grande hacia los asalariados humildes:

—La señorita Enriqueta ya aguarda hace un ratito... La señora Marquesa también...

No pudiendo meterse bajo tierra, se precipitó... Sus tacones torcidos golpeaban la alfombra espesa, y al correr, se prendían en el desgarrón interior de la bajera, pasada de tanto uso. A pique estuvo de caerse, y un espejo del salón que atravesaba para dirigirse al apartado gabinete donde debía de impacientarse su alumna, la envió el reflejo de un semblante ya algo demacrado, y ahora más descompuesto por el terror de perder una plaza que, con el empleo del marido, era el mayor recurso de la familia.

¡Una lección de diez y ocho duros! Todos los agujeros se tapaban con ella. Al panadero, al de la tienda de la esquina, al administrador implacable que traía el recibo del piso, se les respondía invariablemente: «La semana que viene... Cuando cobremos la lección de la señorita de la Insula...» Y en la respuesta había cierto inocente orgullo, la satisfacción de enseñar a la hija única y mimada de unos señores tan encumbrados, que iban a Palacio como a su casa propia, y daban comidas y fiestas a las cuales concurría lo mejor de lo mejor, grandes, generales, ministros... Y doña Consolación, la maestra, contaba y no acababa de la gracia de Enriquetita, de la bondad de la señora Marquesa, que la hablaba con tanta sencillez, que la distinguía tanto...

Todo era verdad—lo de la sencillez, lo de la distinción...—pero la profesora no por eso se sentía menos achicada—hasta el extremo de emocionarse—cuando la madre de su alumna, siempre vestida de terciopelo, siempre adornada con fulgurantes joyas, la dirigía la palabra, la hablaba de música... Porque la Marquesa de la Insula, que no sabía ni cuáles eran las notas del pentagrama, disertaba a veces con verbosidad, repitiendo lo que oía decir a los entendidos en su platea. Y doña Consolación, sin enterarse de lo que explicaba aquella voz tan suave, a menudo imperiosa en su dulzura, contestaba indistintamente:

—Verdad... Así es... No cabe duda... Tiene razón la señora...

¡Si por culpa de la tardanza perdiese la lección! ¡Si, al verla entrar, la Marquesa hiciese un gesto de contrariedad, de desagrado! El corazón fatigado de la profesora armaba un ruido de fuelle que la aturdió... Se detuvo para tomar aliento. Y, en el mismo instante, oyó que la llamaban con acento cordial, afectuoso. Era su discípula.

—¡Doña Consola! ¡Doña Consola!—repetía la niña, en el tono del que tiene que dar una noticia alegre—. Venga usted... ¡Hay novedades!

«Doña Consola» corrió, no sin grave peligro de enganche y caída. La Marquesa, llena de cortesía, se había levantado, de lo cual protestó la maestra, exclamando:

—¡Por Dios!

La chiquilla batía palmas.

—¡Mamá, mamá, díselo pronto!...

—Dame tiempo...—contestó risueña la madre—. Doña Consolación, figúrese usted que deseamos... Vamos a ver: ¿no tiene usted muchas ganas de oír *Lohengrin*?

—Yo...

La profesora se puso amoratada, que es el modo de ruborizarse de los cardíacos.

—Yo... ¡*Lohengrin*! ¡Ya lo creo, señora!—prorrumpió de súbito, en involuntaria efusión de un alma que hubiese podido ser de artista si no fuese de madre de familia obligada a ganar el pan de tres chiquitines—. ¡Ya lo creo! Sólo una vez of una opera..., ¡y hace tantos años ya! ¡Y *Lohengrin*! Se dice que lo cantan divinamente...

—¡Oh! ¡Ese Capineral! ¡Y la Stolli! ¡Si es un bordado! Bueno; pues se trata de que esta noche tenemos dos asientos...

El amaratado fué morado oscuro. ¿Estaría soñando? ¿La convidaban al palco? ¿Al palco, con la Marquesa?

—Son dos butacas que le han enviado a nuestro jefe—prosiguió la dama—, y yo no sé por dónde lo ha sabido este diablillo de Enriqueta, que además ha averiguado que el jefe no quiere aprovechar esas localidades, ni para sí, ni para su hijo; ¡prefieren irse a Apolo!... Y ha sido su discípula de usted quien ha pensado en seguida...

—¡Mil gracias, Enriquetita!... ¡Mil gracias, señora!—balbuceó la maestra, ya recobrada de su primera emoción—. Agradezco tanta bondad, y disfrutaría mucho oyendo la ópera, que no conozco sino en papeles...; pero ni mi esposo ni yo tenemos ropa..., vamos..., como la que hay que tener para ir a las butacas del Real.

—¡No importa!—gritó Enriqueta, que no renunciaba a su benéfico antojo—. Mamá le da a usted un vestido bonito... ¿No lo dijiste?—añadió colgándose del cuello de su madre como un diablillo zalamero, habituado a mandar—. ¿No dijiste que aquel vestido que se te quedó antiguo, de seda verde? ¿Y el abrigo de paño, el de color café, que no lo usas? ¿Y ropa de papá, un frac ya antiguo, para el marido de doña Consola?

—Sí, todo eso es verdad—confirmó la Mar-

quesa—, y si doña Consolación no tiene inconveniente...

La profesora no sabía lo que la pasaba. Ignoraba si era pena, si era gozo, lo que oprimía su corazón enfermo y mal regulado. Pero Enriquetita, tenaz, aferrada al capricho bondadoso y a la diversión de la mascarada, insistía.

—¡Doña Consola! ¡Doña Consolita! Mire usted que lo pasará divinamente. Verá: mandamos un recado a su señor esposo, y le traen en un coche. Usted ya no se va. Les darán de cenar aquí. Toinette les viste...

—¿También va Toinette a vestir al marido de doña Consolación?—preguntó la Marquesa, contagiada del buen humor de la chiquilla.

—No; quise decir que Toinette la viste a usted, y a su marido le viste Lino, el ayuda de cámara de papá. ¡Ande usted, diga que sí!... Luego les tomamos otro coche, ¿no dijiste que se lo tomabas, mamá?, y se van ustedes al teatro.

La Marquesa hacía señales de aprobación, y, entretanto, la maestra meditaba... ¡Desnudarse delante de aquella Toinette, la doncella francesa, remilgada y burlona, que vería la ropa interior desaseada, los bajos destrozados, el corsé roto, de pobre dril gris! ¡Mostrar los estigmas de la miseria sufrida heroicamente, la flojedad de las carnes, que oían al sudor enfriado de tantas caminatas hechas a pie, por ahorrarse los diez céntimos del tranvía! ¡Enseñar su faldilla de barro, con el desgarrón, que no había tenido tiempo de

remendar! Una vergüenza, una humillación dolorosa la impulsaban a gritar: «No, no iré, no me vestirán de carnaval con la librea de lujo...» Pero los ojos preciosos, límpidos, de Enriqueta, expresaban tal buena voluntad, tal afectuoso empeño de proporcionar a su profesora, por una noche, los goces de los privilegiados, que doña Consolación tuvo miedo de negarse a aquella humorada o gentil travesura. «Pueden quedar descontentos... Puedo perder esta lección de ricos, los diez y ocho duros al mes, casi tanto como gana Pablo con su empleo...» Y, en voz alta, tartamudeó:

—Pues lo que quiera Enriquetita... Lo que quiera...

Dos horas después estaba vestida y peinada doña Consola. Sobre su ropa blanca, perfumada de *foin*, crujía la seda musgo del traje, antiguo para la elegante Marquesa, en realidad casi de última moda, primorosamente adornado con bordados verde pálido y rosas en ligera guirnalda; en la cabeza un lazo de lentejuela hacía resaltar el brillo del pelo castaño, rizado con arte. Las mangas de la almilla de algodón habían estorbado, porque la manga del traje terminaba en el codo; pero Toinette, con alfileres, lo arregló, y la maestra lucía guantes blancos, largos, que le hacían la mano chica. Enriqueta bailaba de contento. No hacía sino contemplar a su profesora y repetir:

—¡Si se ha vuelto tan guapa! ¡Si no parece la de los demás días!

Bajaban la escalera interior doña Consolación y su consorte, para meterse en el cochecillo, y apenas se atrevían a mirarse; tan raros se encontraban, él de rigurosa etiqueta, envarado; ella emperifollada, sintiéndose, en efecto, bonita y rejuvenecida dos lustros... Al arrancar el simón, el marido murmuró, bajo y como si se recatase:

—¿Sabes que me gustas así?

Y ella—pensando en que al otro día iba a recobrar sus semiandrajos, su traje negro, decente y raído, y que la vida continuaría con los ahogos económicos y físicos, las deudas y los ataques de sofocación al subir tramos de escaleras—, se echó en brazos de él y rompió en sollozos.

MAL DE OJO

Aun sin pecar de timorato, había motivo sobrado para escandalizarse con aquella conversación de última hora. Terminaba la magnífica fiesta del Club, a bordo del vapor fletado expresamente para presenciar desde él las regatas, donde corría el equipo de la Sociedad, y las señoras invitadas—lo mejor de la población—regresaban ya a tierra, al suave deslizarse de esquifes y botes sobre el agua oleosa y verde apenas picada por la salitrosa brisa que se alza al anochecer. Los caballeros—al menos una parte de ellos, la más animada y jaranera—se habían quedado solos ante no pocas botellas intactas de excelente Clicquot y bandejas colmadas de emparedados frescos, y aprovechaban la ocasión de alegrarse sin ordinario, con cierto tono de ricos calaveras—aunque distasen mucho de serlo todos.

Había entre ellos no pocos padres de familia, excelentes y caseros; bastantes modestos empleados, oficiales de la guarnición, y, por excepción, algunos célibes y muchachos de humor, hijos de familia mimados y alegres. Lo mismo éstos que aquéllos, refan a carcajadas, rompían

el gollete de las botellas—por no aguardar a que las descorchasen—, contra las barras de hierro del puente, y discutían exagerando las opiniones bajo el influjo del espumoso.

La Luna salía, roja e inflamada, y un misterio romántico, una voz extraña y sugestiva parecía ascender del oleaje denso, cuyo chapaletéo esparcía soplos salobres.

En el grupo más gárrulo y vocinglero, se hacía abierta profesión de incredulidad religiosa. Las cabezas calientes se expansionaban con alarde de franqueza. De los allí reunidos, ninguno admitía ciertas cosas... vamos... eso que las mujeres se empeñan en que se ha de admitir y que repugna a la razón. Una cosa es que no vaya uno por ahí buscando ruidos... y otra que en lo interno... Y sonreían, y alzaban los hombros. Nadie quería—entre los casados—guerra en casa. Ante todo, ¡la buena armonía! Y además, los hijos, el ejemplo... Sólo el incorregible don Zósimo Guijarro, concejal, personal enemigo de Dios nuestro Señor—amén de dueño de un bien surtido almacén de ferretería—no estaba conforme, y gritaba que era preciso hablar muy claro y muy alto, acabar con las pamemas y las pamplinas, aunque chillasen las señoras. ¡Ya callarían! Cada marido manda en su hogar, manda en jefe... y es un tfo calzonazos si se deja arrollar por el cura. ¡A él con esas!

—Pero usted es soltero, don Zósimo—arguyó el Presidente del Club, dándole en el hombro la

clásica palmada de la confianza española—. Usted no tiene que guardar respetos a nadie.

—Ni los guardaría.

—Eso se dice pronto, pero...

—Capaz soy de casarme dentro de un mes, para enseñarles a ustedes cómo se llevan los pantalones. ¡Baraja!—y una ristra de vocablos de los que no figuran en el Diccionario, a pesar de oirse a cada momento por doquiera, salió de la boca airada del almacenista. La cual, de pronto, quedó muda y abierta, mientras en la cara rojiza se pintaba una especie de terror, mezclado con extrañeza profunda. Se volvieron todos hacia donde miraba él, y entre la penumbra que empezaba a envolver el puente, distinguieron algo que también les paralizó. Y no era basilisco ni dragón espantable, ni viperina testa de Medusa, sino un ciudadano que a primera vista se confundiría con otro cualquiera; un vulgar burgués que subía la escalera del entrepuenie, y avanzaba con timidez, a paso receloso y zopo. Eran su andar y su actitud algo que recordaba involuntariamente al insecto sombrío que al morir la luz sale de su guarida, temiendo que un pie lo aplaste; había en él cautela y disimulo, conciencia de que no debía mostrarse y ansia de que se perdonase su importuna presencia.

—¿Le ha convidado usted?—preguntó al fin, por lo bajo, Mauro Pareja, uno de los más antiguos socios del Club, al Presidente, visiblemente contrariado.

—¿Yo?—¡Libreme Dios! Pero ya sabe usted lo que pasa en estas fiestas... Se cuele el que se le antoja...

—No se le ha visto antes... ¿Dónde estaría agazapado?

—¡Junto al carbón y como las cucarachas!—bramó don Zósimo; y, cerrando enérgicamente el puño derecho, dejó asomar el pulgar entre el índice y el dedo corazón—la higa típica, popular—. Muchos del grupo le imitaron; otros presentaron los cuernos, a la napolitana, con índice y meñique; y dos o tres muchachos jóvenes, afectando sonreír, pero fríos de emoción, murmuraron bajo—«¡lagarto!»—repetidas veces.

Momentos después—habiendo sucedido un silencio profundo a la alborotada charla, habiéndoseles quitado la sed a todos, y revuéltoles dentro del alma el poso de la embriaguez triste—, se deshizo el grupo y fué desfilando por la escalerilla, al costado del vapor, en demanda de los botes, que aguardaban. Allí se quedaron las botellas llenas, las copas rebosantes de espumilla fina, los pasteles de fundente chocolate, la dulce postdata de la merienda. ¡Qué remedio! Se hufa del que hace mal de ojo, del que trae consigo la negra sombra... Jamás se ha aproximado a nadie, que no sobrevenga la desgracia... Y se empujaban impacientes, como si se tratase de salvarse de naufragio o incendio, porque el de la mala pata podía tener la ocurrencia de meterse en la misma embarcación... El incauto que se rezaga-

se, no evitaría ir acompañado del mirar fatídico. En el apresuramiento de la desbandada, alguien queda atrás por fuerza, y tampoco es extraño que sucedan atropellos, que haya encontrones involuntarios, máxime si las cabezas no van serenas y frescas del todo. Fué don Zósimo el que más empujaba, quien, sin poder evitarlo, resbaló en los peldaños estrechos y mojados de la escalera, y se cayó pesadamente al agua, entre el remolino del oleaje alborotado por la maniobra de la embarcación chica al acercarse al vapor.

Salvado, auxiliado, desembriagado, sentado ya en el bote, con la ropa chorreante, el profesional del descreimiento y enemigo jurado de las supersticiones repetía bufando y escupiendo aun amarguras:

—¿Lo ven ustedes? ¡Si tenía que suceder! ¡Si donde entra ese demonio de hombre entra la fatalidad!

—Tanto como eso...—objetó el socarrón de Mauro Pareja.

—Tanto y no rebajo nada: sabe Dios la enfermedad que me cuesta el bañito... ¡Barajas, parece que se han olvidado ustedes de todo lo que sabemos perfectamente! Cuando ese tío acompaña a un estudiante a examinarse, salen las dos únicas papeletas, aquellas mismas, que el estudiante no se ha aprendido de memoria... y claro, le suspenden. Cuando asiste a una boda, al mes, divorcio. Si visita a un enfermo, que avisen a la funeraria. Si va a vivir con un pariente suyo, en

una casa feliz, le acompañan la muerte y la ruina. Si va en el tren, el tren descarrila. Si se acerca a usted en la calle, a los dos segundos se le viene a usted encima un automóvil. ¿Me lo van ustedes a negar? Hombre, ¡barajas, bien escaparon ustedes así que él apareció!

—Bueno, corriente...—confirmaron a coro los demás tripulantes—. Los hechos nadie los niega... Pero usted, don Zósimo, que es tan terne y no cree en nada y puso verde a nuestro Presidente porque no decía que todos los milagros son invenciones...

—¡No tiene que ver!—tiritó el ensopado concejal—. ¡Esto es otra cosa! ¡Estos son hechos!

—Hechos que pueden explicarse naturalmente...—advirtió el Presidente, con seriedad mezclada de escepticismo.

—Bueno, yo me entiendo—contestó don Zósimo—. Y déjenme llegar a mi casa, que más he menester cama y friegas de espíritu de vino, que discusiones. Lo que sabemos, lo sabemos.

* * *

Callaron todos. Era noche cerrada. Un terror a lo desconocido flotaba en el aire. El Presidente del Club, que acababa de combatir con la palabra las aprensiones de don Zósimo, tenía la mano derecha dentro del bolsillo de la americana, y sin ser visto hacía la higa.

EL ESPECTRO

Mi amigo Lucio Trelles es un excelente sujeto, sin graves problemas en la vida y que parece normal y equilibrado. Como nadie ignora, esto de ser equilibrado y normal tiene actualmente tanta importancia como la tuvo antaño el ser limpio de sangre y cristiano viejo. Hoy, para desacreditar a un hombre, se dice de él que es un desequilibrado, o por lo menos, un neurótico. En el siglo XVII se diría que se mudaba la camisa en sábado, lo cual ya era una superioridad respecto a los infinitos que no se la mudarían en ningún día de la semana.

Ahora bien: Lucio Trelles sostiene la teoría de que desequilibrado lo es todo el mundo; que a nadie le falta esa «legua de mal camino» psicológica; que no hay quien no padezca manías, supersticiones, chifladuras, extravagancias, sin más diferencia que la de decirlo o callarlo, llevar el desequilibrio a la vista o bien oculto. De donde venimos a sacar en limpio que el equilibrio perfecto, en que todos nuestros actos responden a los dictados de la razón, no existe; es un estado

ideal en que ningún hijo de Adán se ha encontrado nunca, en toda su vida. Lucio apoyaba esta opinión con razonamientos que, a decir verdad, no me convencían. Parecíame que Lucio confundía el desequilibrio con los estados pasionales, que pueden desequilibrar momentáneamente, pero no son desequilibrio, pues son tan inevitables en la vida psíquica como otros procesos en la fisiológica.

Ello es que a Lucio no le conocí nunca ni enamorado, ni encolerizado, ni apasionado, ni vicioso. Hasta me sorprendía la normalidad de su tranquila existencia, sazónada con distracciones de buen gusto y aun de arte, y dedicada a regir bien una fortuna pingüe, y a acompañar y proteger a su hermana, con la cual se portaba lo mismo que un padre. Y solía yo decirle, cuando nos encontrábamos en una agradable tertulia adonde los dos concurríamos:

—Todos seremos desequilibrados, pero el desequilibrio de usted no se ve por ninguna parte.

Él meneaba la cabeza, y la confianza parecía asomarse un segundo, como se asoma un insecto horrible a una grieta de la pared, retirándose apenas entrevé la claridad... Ya en el camino de las curiosidades, di en notar que algunas veces las pupilas de Lucio revelaban extravío. No era que bizcase; la expresión respondía a un espanto íntimo, sin relación con los objetos exteriores.

Lucio solía ir a la tertulia donde más nos

veíamos, con su hermana y en carruaje. Como le viese una noche salir a pie, me dijo que su hermana estaba un poco indispuesta, y él no había querido hacer enganchar. Entonces caminamos juntos. No hacía luna, y las calles del barrio estaban oscuras y solitarias.

Ibamos hablando animadamente, cuando de pronto sentí que el cuerpo de mi amigo gravitaba sobre mi hombro, desplomado. Apenas tuve tiempo para sostenerle e impedir que cayese al suelo. Al hacerlo, oí que murmuraba frases confusas, entre gemidos. Yo no sabía qué hacer. No veía nada que justificase el terror de Lucio. Sin duda sufría una alucinación.

No recobró el sentido hasta momentos después, y soltó una carcajada forzada y seca, para tranquilizarme. Anduvo unos instantes, vacilando, y de súbito, volviéndose hacia mí, susurró con terror indescriptible, un terror frío:

—¿Y el gato? ¿Y el gato?

—¿Qué gato es ese?—pregunté asombrado.

—El gato blanco, ¡el que pasó cuando yo caí!..

Recordé que había visto, en efecto, una forma blanca deslizarse rozando la pared. Pero ¿qué importancia tenía?..

—¡Ninguna para usted!—murmuró sordamente mi amigo—. Yo sentía el retemblido de su cuerpo, el rechinar de sus dientes, y su mano crispada me asió, incrustándome los dedos en la muñeca. De su garganta, contraída, las pala-

bras brotaron como un torrente, en la inconsciencia con que el semiahorcado se arranca el dogal.

—Claro, no puede usted entender... Para usted un gato blanco no es más que un gato blanco... Para mí... Es que yo... No, aquello no fué crimen, porque el crimen lo hace la intención; pero fué una desventura, tan grande, tan tremenda... No he vuelto a disfrutar un día de paz, un día en que no me despierte con el pelo erizado...

Mi disculpa es que yo tenía entonces veinte años...—añadió con un sollozo—. Desde la niñez, la vista o el contacto de un gato me producían repulsión nerviosa, pero no en grado tal que no pudiese dominarla si me lo propusiese. Lo malo es que en ese período de la juventud no quiere uno dominarse, no quiere sino hacer su capricho... Cree uno que puede dirigir la vida a su arbitrio, solazándose con ella, como con los juguetes. Esto ocurría hallándome yo en el campo, en compañía de mi madre y de mi tía Lucy, la que me ha dejado mi capital, pues mis padres no eran ricos.

—Cálmese usted—dije viéndole tan agitado y observando la poca ilación de lo que me refería.

—Sí, ya me voy calmando... Verá usted cómo es natural mi impresión.

¿Qué decíamos? Sí: que yo estaba en el campo con mi madre y con mi tía Lucy, solterona, que adoraba en su gato blanco, el favorito de la buena señora, siempre dormido en su regazo o

acurrucado al borde de su falda. ¡Puff! ¡Qué gustos más raros! Yo—cosas de los veinte años, afán de dominar la vida y arreglarla a nuestro antojo—se la tenía jurada al bicho. Resolví que, si alguna vez lo atrapaba solo, su merecido le daría. Al efecto, llevaba siempre conmigo un diminuto *bull-dog*, y ya no veía el momento de meter una bala en la panza gorda del monstruo, del odiado animalejo. Después, me proponía hacer desaparecer sus restos... y negocio concluido.

Fué una noche... Una noche como ésta; sin luna, de una obscuridad fibia, en que todo convidaba a vivir y amar... Salí de mi cuarto con ánimo de espaciarme en el jardín. Había en él un cenador de madreSelva..., ¡lo estoy viendo! Era todo tupido, y de costado tenía una especie de ventanita cuadrada, practicada recortando las enredaderas. Distraído, miré... En el marco del follaje se encuadraba un objeto blanco. Ni por un momento dudé que fuese el gato aborrecido.

Saqué el *bull-dog*; apunté... Hice fuego... Un grito me heló la sangre... Me arrojé al cenador... Mi madre estaba allí... Envolvía su cabeza una toquilla blanca...

—¿Muerta?—interrogué con ansia, empezando a comprender la historia.

—No... Herida levemente; rozadura, el pelo chamuscado...

—Entonces...

—¡Entonces!... Mi madre me cobró horror... Nunca volvió a quererme... Nunca creyó mis pro-

testas de que no intentaba asesinarla... Y murió poco después, de una enfermedad cardíaca, originada probablemente por la emoción... ¡Quedé bajo el peso del odio, de la eterna sospecha de mi madre!

—¿No la pudo usted convencer?

—Jamás...

Medité un segundo...

—¿Había algún motivo para que ella recelase que usted... en fin, que usted... podía ser capaz... de... eso?

Sin duda herí una fibra sensible, porque Lucio se demudó y vaciló, tambaleándose, próximo a caer de nuevo. Sus ojos, alocados, me miraron un instante. No contestó. Y al llegar a su casa me dijo secamente, bruscamente:

—Buenas noches...

Nunca más, en ocasión alguna, volvió a hablarme del caso, por el cual un gato blanco es para él un espectro.

EL MAUSOLEO

Esto de las ambiciones humanas tiene mucho que observar. Cada quisque pone la mira en algo que quizás al vecino le sería indiferente. Hay ambiciones generales, hay otras individuales, extrañas y de difícil justificación,—si no supiésemos que todas son igualmente vanas.

A pocos seguramente les desvelará lo que fué objeto de las constantes ansias de un hombre, por otra parte sencillo y ajeno a la mundanal vanagloria. Don Probo Gutiérrez López, empleado subalferno, sólo lamentaba carecer de bienes de fortuna, porque desde niño había fantaseado que sus despojos esperasen el juicio final encerrados en un mausoleo suntuoso, erigido en el cementerio de su ciudad natal, Repoblada.

Este cementerio, para el cual se han aprovechado terrenos baldíos que antes fueron estercoleras públicas, es uno de los ejemplares más desastrosos de lo antiestético y antipoético de las construcciones modernas, ya se consagren al reposo de la muerte, ya al tráfago de la vida. Una tapia blanca y maciza lo cerca, dando a su forma

fastidiosa regularidad. Una capilla de estilo gótico de alcorza rompe únicamente la monotonía del cuadrilongo, proyectando en una esquina la pobreza de su endeble aguja. Dentro, los nichos, adosados a las paredes, enfilan sus anaqueles mezquinos, que sugieren la idea de muertos asfixiados en la estrechez. Las lápidas ostentan rótulos candorosos, y al abrigo de vidrios ovaes, fotografías amarillentas, mechones de pelo lacio y ramos de siemprevivas. El arbolado nuevo, cipreses y sicómoros, no ha adquirido todavía el frondoso porte que tanto hermosea algunos camposantos modestos. Faltando el verdor, faltan pájaros, esas aves de canto vivaz y alegre que en tales lugares parece adquirir sugestiva melancolía. Y así, el cementerio de Repoblada es realmente de una tristeza depresiva, aburriente y seca, que irrita en vez de conmover.

Pues con todo esto, Probo Gutiérrez anhelaba ocupar en el cementerio más feo del mundo un lugar de preferencia. Es de advertir que don Probo, no sé si por costumbre, por penitencia o por entretenimiento, era obligado acompañante de los cortejos fúnebres. Ninguno cruzaba las calles de la ciudad, a son de fagot y entre salmodias, que no llevase detrás al buen don Probo, con su rafa levita y su sombrero anticuado. Y los socios del Recreo, donde don Probo jugaba al tresillo siempre que no se trataba de enterrar a alguien, le gastaban la broma de decirle que ni aun después de muerto quedaría franco de servicio, puesto que

habría de figurar honrosamente en su entierro propio.

En sus diarias visitas al camposanto, seguía don Probo con inexplicable interés la construcción de cenotafios y panteones, la colocación de lápidas y rejas. Comenzaba a estar de moda este género de lujo, y los edículos neo-griegos, románicos, góticos, al apiñarse, formaban el más incoherente revoltijo. Había columnas truncadas revestidas de hiedra; había cruces en que se enredaban campanillas; había pirámides coronadas por un busto; había, incluso, estatuas o más bien monigotes, y el dorado de las verjas nuevas desafinaba al sol como desafinaba la blancura sacarina del recién esculpido alabastro italiano. Y don Probo sentía con más vehemencia el ansia de yacer, él también, bajo un suntuoso monumento... Era la sed de inmortalidad que a veces acomete a los seres más predestinados al olvido, los cuales buscan la supervivencia en un afecto, en un corazón, y a falta de esto, en unas piedras amontonadas. Don Probo no tenía ni hondos cariños, ni íntimas amistades; solterón sin relieve social ni sentimental, tímido y torpe con las mujeres, indiferente a todos, cuando desapareciese de entre los vivos sería como brizna de paja un día de aire. Acaso esta consideración, siempre mortificadora para el amor propio, del aniquilamiento absoluto, explique el sueño monumental de don Probo. El olvido es forma del no ser, y él, don Probo, quería perpetuarse en granito y en

bronce, ya que no en hijo, en libro, en amor, en hecho alto e ilustre.

No le era fácil, por otra parte, inferir que su ilusión se realizase nunca. Atenido a mezquino sueldo, vivía estrechamente. No era lo bastante loco para esperar en la lotería. No se le conocía más familia que un hermano menor, una bala perdida, jugador y borracho, que rodaba no se sabe por dónde. Y el carácter enteramente ideal de su gran aspiración la elevaba, prestándola radiaciones y luces de belleza inaccesible.

Por la ley que dispone que siempre muramos de lo mismo que llenó nuestra vida, fué en una excursión al cementerio donde Gutiérrez López contrajo la enfermedad que no perdona.

Corría Diciembre; el frío acuchillaba, la pulmonía vino pegando; en la casa de huéspedes no se extremó el cuidado en la asistencia... y, por caso inaudito, pudo notarse que don Probo no seguía a pie un entierro, y que, contra su costumbre, desempeñaba en una ceremonia el principal papel.

El mismo origen de la pulmonía traidora impidió que don Probo llevase numeroso acompañamiento y que los pocos del séquito llegasen al camposanto. Los acompañados por él estaban en la imposibilidad de devolverle la atención, y los vivientes se retrajeron al saber que, camino del cementerio, se «ganaba la muerte». El día era horrible, lluvioso, glacial, tormentoso, con rachas huracanadas: el suelo, un mar de fango, y

los caballos del coche fúnebre, con los cascotes, chapoteaban y salpicaban agua cenagosa. Y allá fué, casi solitario, el constante acompañador.

El hermano perdulario había dicho por teléfono que se enterrase a don Probo con toda decencia; pero temerosos de un chasco desagradable, los compañeros de oficina no se atrevieron con la primera clase, y se dispuso la segunda, un ataúd sencillo, un nicho sin lápida de mármol —lo indispensable y estricto—. Al mismo tiempo que a don Probo, condujeron a su última morada a cierto usurero, detestado por la gente pobre, y a quien su viuda, más avara que él, dispuso un entierro exactamente igual al de don Probo, en el nicho contiguo. Para resistir la temperatura y la humedad, albañiles y sepultureros se previnieron con buena ración de caña; sorprendidos por el rápido anochecer invernal, confundieron los féretros, y en el nicho destinado al logrero, depositaron el cuerpo de Gutiérrez López.

Seis meses después, llegaba a la ciudad el hermano tronera, el garbanzo negro.—La antojadiza suerte le había sonreído, y se presentó con boato, desempedrando calles, en su automóvil, y anunciando la resolución de erigir en el cementerio de Repoblada un panteón de familia, a todo coste. Quizás era este deseo de honores póstumos una propensión característica de la casta. Ello es que el jugador soñaba lo mismo que el formal y metódico, y se traía los planos, el presupuesto, el arquitecto, hasta operarios de Italia.

Tratábase de un monumento original, destinado a chafar a los restantes, en que se mezclaban los jaspes de color, las serpentinas, los vidrios polí-cromos, hasta la cerámica, para una creación modernista sorprendente, donde se agotaba el tema de los letreros en asirio, la amapola somní-fera, los cipreses formando procesión de obelis-cos, los jirasoles, emblema de la inmortalidad, y los lotos emblema del sueño y del nirvana. Hubo quien censuró tal maravilla, y hasta la puso en solfa: hubo quien se extasió, y quien se escanda-lizó de que el mausoleo careciese de emblemas religiosos; y después de acalorada polémica en la prensa local, la autoridad competente ordenó que aquel jeroglífico remafase en una cruz.

Ya terminado, sin faltarle requisito, vino el fundador, e hizo trasladar a él solemnemente, el cuerpo... del usurero, que ocupaba el nicho des-tinado a don Probo; mientras los restos de éste —frustrado allende la tumba en su perenne an-helo—, continuaron disolviéndose olvidados, en humilde nicho.

LOS CIRINEOS

Aquella cuitada de Romana Meléndez, tan mona, en lo mejor de la edad, los veinticinco; unida por su familia, sin previa consulta del gusto, al vejete socio de su padre, a don Laureano Calleja, pasó dos años medio secuestrada, reclusa en su casa de Madrid, grande, cómoda, hasta lujosa, pero que trasudaba por las paredes murria y aburrimiento. El viejo marido, observando la perpetua melancolía de su esposa, a su vez se mostraba hosco y gruñón; los criados desempeñaban sus quehaceres de mal talante, recelosos; nunca llamaba a la puerta una visita, nunca se le ofrecía a Romana ningún honesto esparcimiento: a misa los domingos y fiestas de guardar, a «dar una vuelta» por Recoletos cuando hacía bueno, y el resto del tiempo sepultada en su butaca, peleándose con una eterna labor de gancho, una colcha, que no se acababa porque a la labrandería no le interesaba que se acabase, y en lugar de mover los dedos dejaba el hilo y las tiras sobre el regazo y se entregaba a una de esas meditaciones sin objeto, fatigosas como caminar sobre guijarros, entre polvo.

Tal género de vida y la pasión de ánimo que se originó de él, minaron la salud de Romana. Contrajo una de esas propensiones a languidecer que agotan y secan la vida en sus mismos manantiales y pueden dar origen a afecciones consuntivas. Tuvo una elevación diaria de temperatura, que en vano combatió con la quinina, y el médico, no sabiendo qué disponer, no teniendo remedios para aliviar, la envió a que pasase un mes respirando aire puro y saturado de emanaciones balsámicas en un sanatorio del Mediodía, de esos en que la sobrealimentación y la suavidad del clima suelen proporcionar alivio; pero el tedio y la contemplación de tantas miserias fisiológicas abrumaban con la pesadumbre de la fatalidad que nos rodea. Para Romana el tedio era un compañero antiguo, y la variación, ya por sí sola, distracción segura y aprovechable. Además, la casualidad la deparó la adquisición de una amiga, una señora que ocupaba la habitación contigua: llamábase Ignacia López y era esposa de un modestísimo empleado en Hacienda.

Ignacia no padecía mal ninguno; se encontraba en el sanatorio acompañando y cuidando a una hermanita suya, criatura muy interesante, física confirmada. Simpatizaron Ignacia y Romana desde el primer momento; en el pinar allegaron las mecedoras y entre efluvios de resina y tibias caricias de sol, charlaron con alegrías y vivezas de pájaros. Eran casi de la misma edad; fuera de eso, en nada se parecían. La actividad de Ignacia

contrastaba con la pasividad de Romana, siempre resignada y en brazos del destino, mientras su nueva amiga luchaba con él y aspiraba a vencerlo. Inteligente y jamás cansada, Ignacia, sin dejar de atender a la física, discurría diabluras, organizaba entre los pinos meriendas y paellas que galvanizaban hasta a los moribundos. Romana ponía el dinero, la empleadita el buen humor y la disposición. Pero la física empeoró y hubo que pensar en volverse al domicilio, que es al fin y al cabo donde mejor lo pasa un enfermo. La idea de quedarse sin su amiga achicó el corazón de Romana; en un santiamén hizo la maleta; reunidas se metieron en un departamento de segunda—no podía darse el lujo de primera Ignacia—y muy hermanadas llegaron a Madrid. Se despidieron en la estación, en la cual nadie las esperaba, con estrechos abrazos y letanías de promesas; Romana, al meterse en un coche, se sintió oprimida, como si le faltase de golpe aire blando y regenerador.

Desde entonces, su vida tuvo un objeto, una finalidad: escaparse a ver a la amiga, pasarse el tiempo en su casa, insensiblemente; aquel interés era vitalidad, era rayo de luz en el limbo. Hasta cuidar a la física le parecía género de diversión; y no digamos vestir y desnudar a los chiquitines—tres tenía Ignacia—porque eso sí que envolvía inmenso placer. ¡Tan guapos, tan zalameros, tan rubios, tan ricos! ¡Si daban ganas de comérselos por pan! A la insípida existencia propia, Romana substituyó la ajena; careciendo de afectos, recogió

con avidez los que no la pertenecían; no padeciendo disgustos ni cuidados, adoptó los de Ignacia; la escasez de metálico, las inquietudes por la enferma, por el sarampión de los chiquillos, por la urgencia de vestirse de invierno...—y se acostumbró a no entrar en casa de Ignacia sin un paquetito—ropa, artículos de consumo, medicamento caro, juguete... El momento de desenvolver el regalo proporcionaba a Romana gratísima emoción. Los chicos se agarraban a sus faldas, trepaban hasta su cuello, la asfixiaban a cariños.

—¡Hija, quién como tú!—exclamaba la empleadita.—¡Si estás mejor que quieres! ¡Encontrarte el primero de mes con mil pesetas que no sabes qué hacer de ellas! ¡Yo, que sólo me encuentro recibos atrasados de la tienda, del zapatero, del casero! ¡Tener un marido formal que se babará por tí!

—Pues mira, yo—contestaba Romana, acariciando al angelito menor—te trocaba la suerte. Si me das este muñeco, ¡quieto, diabólico! te entrego las mil pesetas en un billete. Y ya que te gusta el marido viejo... te lo traspasaba, cediéndome tú, por supuesto, al joven...

Fué dicha esta enormidad como se dicen las frases humorísticas más gordas cuando hay confianza y ternura; las dos amigas rieron a carcajadas y se besaron. Es de advertir que por entonces, ninguna de las dos conocía al marido de la otra. El de Ignacia estaba en Zamora, con licencia de dos meses, ultimando asuntos de una testamentaria.

ría; el de Romana, envuelto también en negocios, y por contera, hurafío y escamón, prevenido contra todo y todos, y en especial contra «los pobretes» y «los pegotes», no permitía ni oír nombrar a las recién adquiridas relaciones de su esposa. Mas sucedió que cierta mañana dominical, volviendo de las Calatravas el señor Calleja, en la acera de Alcalá le paró una señora... ¡Demontre! ¡Qué señora más despabilada! Aquello fué un acosón chancero, igual que si se hubiesen tratado tú por tú desde la cuna Ignacia y don Laureano. Hubo dichos graciosos, tiroteo de picantes frases.— A mí ya sé que no me puede usted ver ni en pintura...—repetía Ignacia riendo, enseñando los dientes blancos, las bien frotadas encías. Nadie gastaba bromas con el viejo; se le hablaba en tono grave, al diapasón de su cara seca y muerta como una hoja arrancada del árbol. La chistosa franqueza de Ignacia le hizo el efecto que hace al sobrio un vaso de vinillo puro.—¿Pues quién la privó a usted de venir a mi casa..., digo, a la de usted?—barbotaba confusamente.—Usted mismo, que es capaz de espantarme con un palo...—Nada de eso.—Pues si no me pega usted, cónstele que voy... a ver si me querrá usted tanto así, cuando vea que soy una buena persona, aunque me esté mal el decirlo...; y yo también me convenceré de que usted no es un tirano, sino un barbián simpático y amable...

A la hora de comer, D. Laureano rezongó entre los vapores de la sopa:

—No sé por qué has de andar corriendo la fama de que soy raro... ¿Te quito yo ningún gusto? Hoy mismo vendrá aquí esa amigota que te echaste en el Sanatorio...

Y vino «la amigota», y de un modo gradual fué repitiendo las visitas, diciendo a Romana: —«Hija, no te celes si atiengo más a tu esposo que a ti, si le llevo las manfas al buen señor... Nos conviene conquistarle... Que crea que me tiene prendada... Tú hazte la sueca...»—¡Ya lo creo que se haría la sueca, y loca de contento! Y el viejo se acostumbró a la presencia de Ignacia a la hora del café, a su pico fresco y vivaz, a sus entrometimientos de mal tono, pero chuscos y divertidos. ¡Había aquello de «Jesús, y qué hombre tan tacaño! ¿Por qué no hace usted así... o asado?... ¡Si yo fuese su mujer de usted!...» Y la respuesta: «Pues como fuese yo su marido... la encerraba, por aturdida, por llosa...» Transcurrido un mes, Calleja se corrió e invitó a «esa golfa» a cenar los domingos. Romana notó, con agradable admiración, que ese día su marido se mudaba, se acicalaba, se afeitaba cuidadosamente, recorriéndose los cuatro pelitos de la calva, y se ponía la levita, anticuada por desuso; y colmó su satisfacción el anuncio de que tenían palco en Lara, donde acabaron la noche divertidísimos, riendo como tontos con las ocurrencias y los gestos de Rodríguez...

Poco después llegó a Madrid el esposo de Ignacia, y fué presentado a Romana.—Como su-

cede siempre que se ha hablado mucho de una persona antes de conocerla, hubo cortedad, al pronto, en las relaciones. Miguel—así se llamaba el consorte—frisaría en los treinta; el rubio bigotillo, la boca roja, le daban aspecto más juvenil aún: su cara era adamada, su piel fina, pero sólido su tronco y sus piernas ágiles y nerviosas. A la segunda entrevista, confesó a Romana su única debilidad, su único vicio: la afición a la fotografía. A la sordina, el entretenimiento es caro; nadie sabe lo que se gasta, amén de los aparatos, en placas, películas, reactivos, cartones, mil accesorios. Eso sí: con Huertas y Franzen se las tenía él...

—Anda, enseña tus monos—exclamó Ignacia, como quien se aviene al capricho de un niño—. Hija, ya verás... Yo le digo que se establezca; al menos nos valdrá guita la manfa de las instantáneas...

Romana y Miguel se instalaron cerca de la ventana, con un velador delante, y el fotógrafo de afición fué trayendo álbumes, carteras, envoltorios de papel—su tesoro—. Los niños jugaban en la antesala; se oían sus voces, sus chillidos, su batalla con las cuatro sillas que les servían para improvisar un coche: allá, muy abajo, en la calle, poco transitada, rodaba algún simón, se alzaba algún pregón; el sol se ponía; un frío suave, ligero, cruzaba los vidrios, y las cabezas de Miguel y de Romana se aproximaban involuntariamente, al inclinarse para mejor ver las pruebas.

—Mañana haré una instantánea de usted—declaró el aficionado.

—¿Dónde?

—¡Bah! En cualquier parte... En la calle... Cuando vaya usted a misa, a tiendas... Los mejores clichés son esos que se obtienen así, cogiendo al modelo descuidado...

Ignacia, que entraba en aquel momento, intervino:

—En la calle, no. ¡Qué tontería! Cruza un perro, cruza un golfo... ¡echa a perder la placal! Es más bonito en el Retiro, con el fondo de los árboles sin hojas, que dices tú que hace tan fino... ¿No sabes? Como la que sacaste cuando éramos novios...

Se convino el sitio, la hora, todos los detalles. La mañana de aquel día Romana se levantó agitada, cual si esperase que algo extraordinario, algo desconocido, iba a aparecerse en su horizonte. Desde temprano se lavó, se peinó, se rizó, se acicaló, se puso su mejor traje, su sombrero más de moda. Luego, sin saber en qué invertir el tiempo que faltaba, dió por la casa mil vueltas; y de pronto, pensando que ya era tardísimo, descendió las escaleras precipitada y tomó un coche de punto. A la entrada del Retiro la esperaba, solo, el marido de su amiga. Esta no había podido venir por no sé qué pupa del menor de los pequeños...

Era la mañanita una de las que el calumniado clima de Madrid ofrece como regalo divino: ba-

ñada de luz, de una luz rubia, vibrante, reanimadora, una luz que parecía que nunca iba a acabarse, que nunca transigiría con la noche. Las calles enarenadas y los arriates del Retiro convidaban a ejercitarse en pasear; las estatuas blancas, sin pedestal, destacándose de su alfombra de césped, parecían sugerir cosas recónditamente dulces, un misterio gozoso de la vida. La rama zón rojiza del arbolado desnudo de hoja, formaba un fondo como de viejo guipur, y la masa sombría, intensamente verde, de las coníferas, realzaba aquellas delicadezas otoñales, contrastando con ellas de un modo brusco y vigoroso. De los macizos de arbustos ascendían perfumes de violetas tardías, y azules estrellitas de agerato miraban a Romana y Miguel, como miran las candidas pupilas de los niños. No había un alma en el parque; la gloria matinal, la hermosura de un día tan radioso, pertenecía únicamente a la pareja, la cual podía creer que el cielo celebraba fiesta en su honor. Se sentaron en un banco. No sabían qué decirse. Al fin, Miguel, bromeando, entabló la conversación lírica, la que naturalmente fluye en la soledad, cuando escucha una mujer. Habló de amores, de cosas pasadas; disertó sobre lo que forma el único atractivo real y poderoso de la existencia. Aquello no era ofender a Romana, pues no era cortejarla. Un palique dulce, entretejido de recuerdos, una página de subjetivismo, la lectura en alta voz de una novela vivida... Miguel había querido mucho a una

mujer; obstáculos invencibles le habían separado de ella, después de aventuras románticas, bonitas... y raras... Ya las referiría, ya... En una crisis de desaliento, para olvidar, fué cuando se casó con Ignacia. «A usted se lo puedo contar, a usted, su mejor amiga... pero guárdeme el secreto... Esto entre los dos...» Romana promesa discreción, reserva absoluta. ¡El primer secretillo de amor que la fiaban! Un cosquilleo delicioso activaba en sus venas el curso de la sangre...

Al preguntar por la tarde Ignacia ¿qué tal el Retiro? Romana respondió, titubeando un poco:

—Divinamente... ¡Qué mañana! ¡Parecía de primavera! Sólo faltabas tú...

—Pues, serrana... yo a cada paso más sujeta. Entre los muñecos de carne y la enfermita... Pero me encanta que os hayáis divertido la mar... Paseítos así te convienen, hija; tienes hoy una cara que te la han hecho de nuevo. Hay que mirar por la salud. Cuando quieras, Miguel te acompañará. Me lo cuidas, ¿eh? Porque él es de la piel de Barrabás, y si no hay quien le llame al orden...

Y como el empleado protestase sonriendo, Ignacia insistió:

—Nada, nada, que te ponga a Romita de guardia civil...

Establecido así el *modus vivendi*, fué la existencia fácil y suave como el curso de un arroyo, y crecieron en sus márgenes florecillas y plantas frescas, tersas, lozaneadoras, cuyo color regocija el espíritu. Romana, poco a poco, recobró la sa-

Ind, se puso inmejorable; una de esas curaciones que hacen decir a los doctores: «El efecto de la aeroterapia no se nota hasta el invierno». Lo extraño es que D. Laureano, sin tomar más aires que los que descienden armados de navaja barbera de las altitudes del Guadarrama, también se mostró remozado, al menos en el genio y condición; volvióse expansivo y casi galante; su dinero, oculto por la parsimonia, sudoroso de fatiga al multiplicarse en negocios sórdidos, empezó a ostentarse, a relucir, a correr con argentinos choques, sonoros y limpios como una explosión de risa. El viejo, ¡qué maravilla! se abonó a landó y palco, señaló cantidades para trapos y moños, despidió a la cocinera por guisar mal—Ignacia solía dejar en el plato la blanqueta de gallina—y declaró a voces:

—¡Para el tiempo que hemos de vivir! Pasémoslo bien, ¿verdad Romana?

Romana lo aprobaba todo. Por las tardes, largas ya, los dos matrimonios paseaban en coche descubierto; y si la esposa de Calleja tenía algún capricho especial y necesitaba cuartos, decía a su amiga:

—Mujer, Nacita, tú que entiendes mejor el carácter de Laureano, ¿eh?

Hacia mediados de Abril expiró la física, cuya vida se prolongaba a fuerza de cuidados y de alimentos exquisitos. Ignacia se mudó a un piso mejor, que no le recordase tristezas, y llevó un luto elegante; primero crespón inglés, luego ríos

de azabache y oleadas de encaje negro. Romita no manifestó extrañeza ante la prosperidad de su amiga; pero ésta la hizo confidencias en tono chancero...

—¿No te enteraste? Pues en la lotería de Febrero me ha caído un premio regular... ¡Qué suertaza! Sí, serranita, unos cuantos miles de pesetas... Y yo pensé: ¿por qué no he de disfrutar algo? Bastantes privaciones he aguantado... El dinero es redondo...

—Has hecho perfectamente—contestó Romana, acariciando a la empleadita.

Sin embargo, hacia el mes de Julio, cuando empezaba a agitarse la cuestión de veraneo y a discutirse las ventajas de San Sebastián comparadas a las de Santander, Romana, a solas con su marido, sacando los pies del plato, indicó que debía preferirse una playa modesta.

—Si han de acompañarnos Ignacia y Miguel...—advirtió—. Ellos no son ricos... El gasto de dos matrimonios, uno de ellos con niños...

—¿Qué importa?—exclamó enfurruñado don Laureano—. Les ayudaremos..., al fin nosotros no tenemos hijos... ni esperanzas...

Romana se turbó, bajó, los ojos y murmuró, sobando el lindo broche de strass de su cinturón grana:

—¿Quién sabe?

El viejo, inmóvil de sorpresa, la miraba de hito en hito. Al fin, halagado, envanecido, tendió las manos, atrajo hacia sí a su mujer, y la abrazó

despacio, de un modo lento y profundo mientras ella se ponía toda del color de su cinturón. Y ambos, al darse aquel abrazo, se sintieron dichosos, libres un instante del peso de la cruz.



PARIA

—Yo nunca me entenderé bien con la gente, y acabaré por meterme monja, si no fuese que también hay gente en los conventos—declaró Piedad, guardándose una carta y contestando a una interrogación que la dirigía su amiga Margarita—. ¿Conque me caso con un *tapeur*?—añadió—. Puede que no fuese ningún disparate... Lo malo es que a mí me gusta comer todos los días; es un vicio que he contraído... Te aseguro que cuando me decida a casarme, será bajo esa expresa condición: que se comerá los siete de la semana...

—Tú eres muy excéntrica—advirtió Margarita, que tiene por costumbre escandalizarse a cada momento, con un remilgo de gata pulcra, enemiga de estrépitos y trastornos—. Ni una miss solterona te gana en excentricidad.

—¡Valiente excentricidad la mía!—protestó la muchacha, frotándose activamente con el pulidor las uñas de la mano izquierda—. Estaban en el tocador las dos amigas, y Piedad se vestía para el teatro.—Mi excentricidad se reduce a hacer cosas naturalísimas, que han llegado a no pare-

cerlo, a fuerza de estar falseado el criterio en todo y por todo.

—¡Mujer! No me digas que es natural lo que se te pasa por la cabeza. Si no estás en paz ni con los guardacantones. Debes de tener azogue dentro. Parece que buscas quimera por el gusto de buscarla. ¡Mira que lo que hiciste en el duelo de Artías del Valle! ¡Aquellas carcajadas altas y sonoras!

—Pero criatura... no me pude contener. Me da algo si no me río... Figúrate a Petrita Artías, con aquella cara fúnebre, y rebotándole la alegría por dentro, de verse rica y libre... Y aquel cuadro de sainete de Lara... La gente vestida de negro, la sala a media luz, un suspiro que sale de un rincón, todos hablando en sordina, Petrita de pañuelo sobre un ojo... Tentaciones me dieron de gritar: «Abran las ventanas, venga claret, vengan emparedados... Si somos las mismas de los otros miércoles...» No, y falta lo delicioso... Pepín Barquera, muy compungido, a dos pasos de la viuda... Por poco le chillo: «Consuélala, ceñaaoscuras, que costumbre tienes...»

—¡Qué atrocidad! Acabarán por huir de ti...

—Sí que sería atrocidad consolar a Petrita, tan *fanée* y con la tripa que va echando!—declaró Piedad, afectando no entender el sentido de la exclamación de su amiga.

—Mujer—suplicó Margarita—ten juicio, si puedes, cinco minutos, y explícame por qué andan diciendo que estás enamorada del *tapeur*.

—Me figuro—respondió Piedad, emprendiendo la tarea de abrillantar las uñas diminutas de la otra mano—que será, en segundo lugar, por lo que voy a referirte...

—¿En segundo lugar?

—En primero, por ser estúpido todo el mundo, y más estúpido cuando se reúne a fallar de lo que no entiende.

—Pero, en fin, cuando el río suena...

—Es que no tiene otra cosa mejor que hacer... Pues verás tú, Margaritita, y te autorizo para que lo cuentes, si te da la gana, y si no deja que hablen: a mí me es enteramente igual... Yo te doy, en parte, la razón: soy un poco maniática. No me divierto con lo que otros se divierten, ni encuentro aburrido sino lo que a mí me aburre. Además, opino que muchísimas cosas no deberían ser como son, si no de otro modo.

—En ese particular no puedo estar conforme—y Margarita sonrió—. Todo me parece a mí perfectamente arreglado, al menos lo mejor posible.

—Dichosa tú... Yo voy a un baile; uno de estos bailecitos pequeños y de confianza, como los de casa de Almansa, por ejemplo. Tú entras y te fijas en las reinas de la fiesta. ¡Qué guapa está Menganita! ¡Perenganita estrena un *fourreau* de gasa de oro! ¡Zutanita trae su collar falso, sus perlas de cera legítima! Yo, casi ni las miro. Me las sé de memoria. Tampoco a los hombres les concedo gran atención. Ya presumo lo que han de espetarme. Mil simplezas, y sobre todo el ine-

vitabile «qué calor», que trae aparejada la respuesta ingeniosísima: «¡ya, ya!»

En cambio... me interesan esas personas de quienes en las fiestas no se hace caso ninguno. Las institutrices y damas de compañía que a veces tienen que ir con las muchachas o con los niños, en los bailes infantiles, y a quienes no se decide nadie a dar la mano, aunque ellas hacen sus conatos de adelantarla tímidamente; las parientas pobres, insignificantes, embutidas en un traje mil veces remendado y que fué desecho de su rica parienta; les feas de solemnidad, a las cuales nadie lleva al *buffet* ni da un rato de pali-que; las cursis francamente cursis, que parece que tienen la peste y van mendigando un saludo y una palabra... y, sobre todo, los músicos. ¡Te has fijado en los músicos, tú?

Yo estoy pendiente de ellos.—Mis miradas no se apartan del desdichado profesor, tan formal y humilde, con su frac color de ala de mosca, cuyas rozaduras disimuló la tinta; oculto por el piano que cubren los pliegues de un pañolón de Manila charro, y por las macetas de flores que se colocan adrede para que el pianista ni vea ni sea visto... Allí está ese paria, convertido en máquina de teclear para que los demás se diviertan y bailen; arrinconado para que no tengamos el espectáculo de su faena, y enchiquerado porque no es lícito a su juventud dirigir miradas a las muchachas bonitas... Ahí está, aguardando a que un gomoso le chille: «¡vals, rigodón!». Y

yo rondo alrededor del piano, y acabo por apoyarme en él y por meditar algo raro.—¿Y si le hablase?—Dicho y hecho... Pongo la voz muy dulce, sonrío...

—¡Qué humorada!—exclamó Margarita.

—El se vuelve, me mira con sorpresa...

—Y... ¿qué tal? ¿guapo? ¿tipo romántico?

—Puedes cerciorarte—respondió Piedad sacando del bolsillo la carta que acababan de entregarla y que había leído despacio—. Te presento la fotografía...

Margarita la examinó, observando si tenía dedicatoria. Una maliciosa sonrisa vagaba en sus labios.

—A la verdad, parece poco seductor, hija... A no ser que lleve la música dentro.

Piedad recogió la tarjeta y sonriente a su vez, continuó:

—Era feillo, canijo, amarillento... y con trazas de enfermo, mejor dicho, de tuberculoso... Pero tenía cara de sentir y comprender su posición y una actitud de dignidad triste y resignada... Te confieso que el corazón me dió una vuelta. Hay momentos en que la compasión se sube a la cabeza y se halla uno capaz de cualquier desafío... Y cuando más metida en conversación estaba yo con el artista (llamémosle así), se acerca Petrita, la muy insolente, y me dice con sorna: «Veo que el maestro ha hecho conquista hoy...» Se me encrespó el genio, se me erizó el alma y solté esto que vas a oír: «Por cierto que es ver-

dad, y ¡cuánto más vale el maestro que Pepín Barquera y otros macacos por el estilo, aunque anden persiguiéndoles las señoras!» Y era verdad: cinco minutos antes les había visto en una puerta, él tratando de escabullirse y ella no queriéndole soltar. En seguida la dejo con la palabra en la boca, y digo al pianista: «¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme al comedor?» ¡Habías de ver aquella cara! Una expresión semejante... solo en los santos extáticos. Y al mismo tiempo, vergüenza; sí, vergüenza. Tuve que llevármelo casi a la fuerza; no se atrevía; ¡caso temiese de mí una burla! La gente nos miraba; se cuchicheaba; no faltó quien a mi paso dijese agudezas. Y la Almansa salió después con que yo le había estropeado el baile... ¡Vaya un baile para que nadie lo estropee! ¡Un *buffet* miserable y por orquesta un *tapeur*! En fin, yo no me ocupé de lo que pensasen; me senté al lado del profesor; le serví de todo... de todo lo que había, que no era mucho; le cuidé; le pregunté su vida; supe que mantenía a su madre con su trabajo; le auguré que sería un Rubinstein... andando el tiempo; le prometí organizar conciertos en que él tomase parte y yo aplaudiese; vamos, me colé...

—¡Cuándo no es Pascua!—declaró la amiga grave y desaprobadora—. Y él... ¿no te hizo el amor después, a todo trapo?

—El, después, se tuvo que ir a su tierra, Alicante, porque ya te dije que estaba físico. ¡Hace unos quince días que... se ha muerto!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque su madre me lo escribe hoy... Dice que se despide de mí por encargo de su hijo y que además me envía ese retrato...

—Mira—murmuró Margarita cavilosa—; eso no deja de ser así... como una cosa en verso...

Piedad calló. Había terminado de bruñirse las uñas, y alzó los hombros, mientras ordenaba a la doncella:

—Traiga usted el vestido *vieux rose*... ¡Ah! Y la estola de armiño... No calientan ese Teatro Real y se tiritita...

SIGUIÉNDOLE

No acostumbraba D. Magín Dávalos practicar ninguna buena obra; y, hablando en plata, hacía lo menos treinta años que ni se le ocurría que las pudiese practicar. Solterón empedernido, pendiente del cultivo intensivo de su bienestar propio, encogíase de hombros cuando alguien se molestaba o sacrificaba por algo; y, en tono desdenosamente benévolo, murmuraba:

—¡Qué tonta es la humanidad!

En su interior, rodeábase de todas las comodidades que la civilización facilita a los pudientes, aunque no sean archimillonarios. Dávalos no lo era; pero su caudal le bastaba y sobraba para darse vida de rey,—rey solitario, sin familia y sin corte; rey holgazán y epicúreo, dedicado a discurrir todas las mañanas un nuevo goce egoísta y selecto, un copo más de algodón en rama que aislase su cuerpo de los roces de la lucha y de la vida.

El cuidado nimio de la salud formaba parte de sus habituales preocupaciones, y aun puede

decirse que, al avanzar la edad, iba sobreponiéndose a las restantes. Precauciones múltiples contra corrientes de aire, saltos de temperatura y ambientes viciados; estudios sobre alimentos nocivos o útiles; un régimen defensivo, prescrito por el médico de fama,—daban a la existencia de D. Magín un objeto: la autoconservación.—Nada de lo que sucedía en el planeta le importaba dos cominos; lo único serio era la contingencia del catarro o de la pulmonía, la aparición medrosa de una de esas infecciones que el cierzo helado de Noviembre trae en sus alas de escarcha. Y mientras se prevenía de burletes en ventanas y puertas, de ricos tapabocas de seda blanca—Dávalos no renunciaba todavía a parecer agradable—, de pastillas para la tos y de sesiones de masaje para conservar la elasticidad de los miembros, he aquí que el leñador invisible que ataca al árbol por el pie hasta que lo tumba, descargó un golpecito sordo, mejor asestado, que produjo entalla; y el médico—consultado ante cada síntoma y cada fenómeno, de los más viles y vulgares de la fisiología y la patología—previno a su cliente:

—He observado esto, aquello, lo de más allá... No me gusta tal y cual manifestación. Hay que estar en guardia contra..., etc., etc. No tenga aprensión, no hay motivo *por ahora*; trátase sólo de un toque de atención...

¡Un toque de atención! Don Magín, cuando el doctor hubo salido, se miró al espejo y se en-

contró deshecho, ruinoso, desfigurado. ¿Era el miedo, o era *ya* el estrago de los consabidos esto, aquello, lo de más allá? ¿Por qué no darle su verdadero nombre? Era... ¡Horror! Era lo que siempre acecha, lo que siempre va pisando los talones al mozo como al viejo... La diferencia es que el mozo no lo ve, y aunque lo viese, acaso no lo temería... En le vejez es cuando no se quiere morir...

—Yo no he sido nunca cobarde—se argüía don Magín—. ¿A qué viene, entonces, tanto cavi-lar. Será peor; me causará más daño la cavi-lación que el achaque...

—Para distraerse, salió, hizo vida social; buscó —instintivamente—relaciones, calor de trato, fic-ciones de amistad, el aturdimiento de los cuidados e intereses ajenos, que divierten de los propios. En vez de pasearse solo en su magnífico landó eléctrico, solicitó a los conocidos, en algunos círculos que frecuentaba, para que le acompaña-sen... Prestóse a ello el Marqués de Marlota, vi-vidor semiarruinado, hombre muy corriente, de sugestiva conversación, a quien le convenía to-mar el aire gratis en coche ajeno. Asociados los dos egoísmos, se convirtieron en simpatía. Dá-valos no hubiese paseado a gusto sin llevar a su lado al Marqués, el cual adquirió sobre el ricacho gran ascendiente.

Regresaban una tarde, casi anochecido, de su vuelta por las rondas, cuando les sonó en los oídos el tilín de una campanilla. Un grupo de gente

avanzaba a compás: mujeres de mantón, hombres de blusa. Se percibía el golpeo acompasado de las suelas del calzado basto sobre la tierra endurecida por la helada.

—¡El Viático!—exclamó el Marqués, que era carlista, calavera con rasgos devotos—. No hay remedio sino bajarse.

—Paren—mandó Dávalos, que no se atrevió a disentir de aquella autorizada opinión.

A los dos minutos, el sacerdote ocupaba el asiento del fondo del carruaje, y el dueño y su amigo, a pie, iban detrás. Don Magín sentía algo extraño; al pronto, una incomodidad física, el leve cansancio del ejercicio; luego, una especie de interés, una emoción que no tenía causa racional. Acaso atavismos que despertaban; acaso el presentimiento de lo que va a sobrevenir cuando rompemos la costumbre, y, como por vidrio quebrado en aposento saturado de carbónico, entra aire nuevo en nuestra existencia.

¡Había, sin embargo, tanto de previsto en el episodio! Escaleras mugrientas y desvencijadas, casa mal oliente, boardilla estrecha... la monótona decoración de la miseria, igual a sí misma.

Lo inesperado fué que, al acercarse el séquito a la puerta de la vivienda adonde llevaban el Señor, una arrogante mujer—la vecina caritativa que aparece infaliblemente en estos casos—saliese exclamando, con lágrimas en la voz varonil:

—Ya no hace falta el Señor, ni na... Esto s'arremató. Acaba de quedarse...

Todos se detuvieron. Un silencio de respeto, un murmullo de piedad...

—¿Y la niña?—preguntaron muchas voces.

—¿La niña?... ¿Qué sé yo, hijos? Si yo no tuviese ya en casa aquellas seis bocazas abiertas... En fin, ahora, conmigo se viene la creatura: no va a quedarse ahí, al lao de la muerta...

Y, entrando en la alcoba, sacó de la mano a la chiquilla. Venía refregándose los puños por los ojos, inflamados de llorar. Tendría unos diez años; el pelo sombrío, greñoso, abundante, rebelde; la cara de un color moreno agitanado; las pupilas de un negror nocturno, que ahora encristalaba el llanto, temblante en las pestañas. Quizá fuese bonita después de fregada; de seguro era gentil, espigadilla, conmovedora, al repetir, zolli-pando:

—¡Ay, mi mal!... ¡Que-me-dejen-con-mi-mal!...

—Amigo Dávalos—indicó el Marqués, que en medio de sus apuros se preciaba de rumboso y revolvía ya un *pápiro* de cinco entre los dedos—, se impone la contribución. Usted puede más que yo: afloje sus ciento...

Don Magín no respondía. Miraba a la niña fijamente, alucinado por una idea. Allá, dentro de su conciencia, sentía formularse un reproche hondo:

—¿Por qué no tienes una así? ¿Por qué no has procurado tenerla... tenerla, vamos, lo que se dice, con certeza de amor? ¿Por qué estás solo, cuando una infeliz, acaso una mendiga, pudo sentir en la agonía la despedida de unos labios?

Magín, con tanta cuquería has sido un necio... Te espera muerte solitaria...»

El cura, entretanto, se acercaba y le daba las gracias, alabando la cristiana acción de no dejar a pie a Jesucristo.

—Vuélvase en el coche, señor cura—suplicó Dávalos—. Después me lo envía usted aquí...

—Las pesetas—insistió por lo bajo el Marqués—. Me parece que a esta flamenca bondadosa podemos confiárselas...

Dávalos respiró fuerte. Aun titubeaba.—Se alejaba el Señor lentamente, con la precaución que imponía al sacerdote la vetustez de la escalera, carcomida y sebosa de puro sucia. Un hormiguelo en las venas... una especie de ola que subió del pulmón a la garganta...

—Señora, ¿no le parece a usted que soy yo quien debe llevarse a la niña? Conmigo nada la faltará. Será como si tuviese una hija, ¿no es eso? Vente, pequeña... Ahora volverá el coche... Te subirás a él conmigo...

El Marqués sonreía. Le gustaban a él los arranques gallardos, románticos; los había tenido a centenares cuando derrochaba su hacienda; y todavía...

—¡Bien, bien, Dávalos! ¡Muy bonito! Nos llevamos a la chica... La recogemos...

Y en secreto susurrante, advirtió alborozado:

—¡Ahora el billete tiene que ser de mil! Ya ve usted: entierro, medicinas... y algo para la flamenca, que lo merece... Y usted va a tener una hija. ¡Ahí es nada!

El solterón callaba. No sabía si avergonzarse o preciarse del arranque repentino. No se lo explicaba satisfactoriamente.

¿Habrá algún sortilegio en *seguirle*?

SIN PASION

El defensor, el joven abogado Jacinto Fuentes, se encontraba desorientado. Si el mismo defendido le desbarataba los recursos empleados siempre con tanto provecho... se acabó: no había manera de sacarle absuelto, y tal vez entre aplausos de la muchedumbre.

—¿Qué trabajo le cuesta a usted decir la verdad?—preguntaba insistente al asesino, que, con la cabeza baja, el demacrado rostro muy ceñudo, estaba sentado sobre el camastro de su tétrica celda en la Cárcel Modelo—. Confiese que se encontraba... vamos, enamorado de la mujer, de la Remigia...

—No, señor. ¡Ni por soñación!—exclamó sinceramente el criminal—. Pero... ¿qué iba yo a andar namorao de la probe de Remigia, que parece una aceituna aliñá, tan denegría como está de carnes, con lo que el marido, mi víctima, le arreaba a todas horas? Lo digo como si me fuese a morir: en ese caso de arrimarme, primero me arrimo a un brazao de leña seca que a la Remigia. Por éstas, que no se me ha pasao nunca semejante cosa ni por el pensamiento.

El abogadito, de recortada y perfumada barba, que había realizado tantas conquistas en sus años relativamente pocos,—se quedó confuso al notar que aquel hombre, vigoroso y mozo también, no mentía.—Acostumbraba Fuentes explicárselo todo o casi todo por la atracción que ejerce sobre el hombre la mujer, y viceversa, y sus derroches de elocuencia los tenía preparados para el caso natural de que el oficial de zapatero Juan Vela, *Costilla* de apodo, hubiese matado a Eugenio Rivas, alias el *Negruzo*, por amores de la señá Remigia, mujer de este último, y dueña de un baratillo muy humilde en la calle de Toledo.

Sólo con la clave amorosa podía el defensor reconstruir el drama lógicamente. Vela era huesped de los esposos Rivas. Nada más infalible que la inclinación o el *llo* entre el huesped y el ama. El marido, bruto y vicioso, desloma a golpes a su mujer, acaso por celos. En la casa hay un hombre que lo presencia y que está prendado de la mártir. La pasión le exalta; el espectáculo le es intolerable, y un día, ante tratamientos más horribles, al ver que el marido enarbola una silla para descargársela a la mujer en la cabeza, se interpone, ve rojo, empalma la faca, y la sepulta una, dos, tres veces en el cuerpo del verdugo. ¿Quién no hubiese hecho lo mismo? ¿Quién, ante el martirio de una mujer que se ama, no se arrojaría a matar ciego, anulada la voluntad, suprimido el albedrío, impulsado irresistiblemente por la violencia de la pasión que todo lo arrolla?

¿Quién responde de sí mismo en tales ocasiones, ante tales conflictos del alma? Por estos caminos contaba dirigir su brillante peroración forense el abogado, seguro—a poco que apretase por varios lados, especialmente en algunos periódicos donde disponía de amigos—, de un triunfo más, sobre los ya obtenidos en su carrera refulgente, que le llevaba hacia un bufete lucrativo. Y he aquí que toda la combinación se venía a tierra, y a la poesía del crimen pasional, ardiente, típico, substituía la prosa de un vulgar asesinato.

—Entendámonos—murmuró haciendo con la mano derecha la señal de esperar—. Usted no tenía nada con la Remigia: la Remigia... no le seducía a usted. Bueno. Y entonces, amigo Juan, ¿cómo me explica usted el hecho de autos? ¿Por qué mató usted al *Negruzo*? ¿Había mediado entre ustedes alguna cuestión?

—No, señor. Cuestión, ninguna. Al contrario; en el taller nos llevábamos perfectamente. Aquella mañana, la del día en que pasó el «disgusto», estuvimos echando unas copas en la taberna del *Pelele*, y me las pagó por cierto él.

—¿Estaban ustedes, o uno de ustedes, embriagados cuando ocurrió el hecho?

—Tampoco, tampoco. Yo nunca lo he tenido por costumbre, y *Negruzo*, que la cogía a menudo, entonces no la cogió, porque total fueron dos copillas, y de mañana, y la cosa pasó al retirarnos.

—Siendo así, ¿cómo se comprende?...

—Fué de esas cosas... vamos, de esas cosas que hace un hombre... sin saber muchas veces ni por qué las hace. Verá usted... Yo tomé posada en ca el *Negruzo* porque él se empeñó, diciéndome que estaría muy bien y muy bien. Tocante al hospedaje, no tengo na que decir: su buen cocido, su buena cena, la cama aseá, y todo según corresponde. Pero a mí me llevaba el demonio viendo el trato que le daba aquel tfo a su mujer delante de mí. Que la matase allá en su alcoba, malo será, pero nadie tié que meterse; para eso era su señora. En mi cara... era cosa de avergonzarme. Estar un hombre presenciando que a una mujer la hacen tajás y dejarlo,... vamos, que se le requema a uno la sangre. Yo en jamás les levanté la mano ni a mi madre ni a mis hermanas cuando vivía con ellas. Es mala vergüenza para un hombre el sacudir a las hembras, y más si son como la Remigia, que se cae de puro honrá. Así se lo dije al *Negruzo* muchísimas veces, y si hubiese quedao con vida él no lo negaría, que por amonestao no quedó. ¿Sabe usted, don Jacinto, lo que me contestaba el fresco? Que la Remigia era tan fea, que le chocaba que la saliesen defensores. «¿Para qué se quieren las feas y las flacas esmirriás en el mundo?» era lo que decía. Y yo le replicaba: «Pues mira, cuando atices leña a la Remigia procura que no esté yo elante, porque un día me atufó y hago una barbaridá», y se refa, se refa a carcajadas: «Anda, que le ha salío un galán a la Remigia.» Y usted dirá—prosiguió el ase-

sino—que siendo la Remigia tan buena, no se entiende por qué la pegaba su hombre... Pues ahí está lo que me sacó de mis casillas. Ver que no había motivo, ¿pero, qué motivo?, ni como el que dice tanto así de la sombra de pretexto. Que si la sopa de fideos era un engrudo... que si los garbanzos estaban duros... que si los chicos lloraban... que si faltaba un botón a la blusa... Todo mentira las más veces... y un descuido lo tiene cualquiera, me se figura. En fin, que el día de la cosa... de la desgracia... porque en medio de todo desgracia fué... pues el *Negruzo* entró en su casa de mal talante, y sin reparar que estaba yo allí, y también el mayor de los niños, una criatura de ocho años, la tomó con la Remigia, y por primera providencia la pegó dos puñetazos en el pecho. Y como ella se echó a llorar, la dió una patá en una pierna que la tiró al suelo, y ya que la vió en el suelo alzó una silla para darla Dios sabe dónde... Y entonces, un servidor... na... el demonio... Me lo hubiese comido, vamos; le di tantas, sin saber lo que estaba haciendo, que me contaron después que hasta le *secioné* una oreja y tres dedos de la mano... No, por avisado no fué; que se lo advertí veces. ¡Y no hubo más!... ¡Ah! Sí. El chico pequeño, cuando yo me harté de dar, vino a mirar a su padre, que ya no se movía, y me dijo muy calladito: «¡Bien hecho!»

El abogado, silencioso y ceñudo, reflexionaba.

—Se hará lo posible... Pero como no se trata

de un crimen pasional, no me atrevo a que usted esté muy esperanzado... ¿Por qué no dice usted, cuando llegue el caso, que andaba usted prendado de la Remigia?

—Porque sólo con verla, señor, no lo creerán... Y tampoco es muy regular eso de caluniar a una mujer decente.

—Pues lo que es éste de presidio no se escapa—pensó el defensor malhumorado, y resolviendo ya, en su interior no *apretar* en aquel asunto borroso y deslucido.

EL RIVAL

La única mujer que me ha trastornado inspirándome algo espiritual, algo dominador—dijo Tresmes evocando uno de sus recuerdos de galanteador incorregible—, ni era bonita, ni elegante, ni descendía del Cid... Por no ser nada, tengo para mí que ni aun era *virtuosa*, en el sentido usual de la palabra. Para mí, virtuosa fué, o dígame inexpugnable; y acaso sea esa la verdadera razón de mi sinrazón,—porque créanlo ustedes, estuve loco.

Ante todo referiré cómo la conocí. Es el caso que otra mujer, Marcela Fuentehonda... ¿No os acordáis? ¡Fué tan público aquello! Sí, Celita, mi prima, a la sazón mi *doña Perpetua* (ya íbamos cansándonos de constancia, preciso es decirlo en elogio de los dos), un día en que nos aburríamos más de la cuenta y temblábamos ante la perspectiva de pasarnos la tarde entera poniendo bostezos de a cuarta entre un *paloma* y un *mía*, me propuso lo que acepté inmediatamente: ir a consultar a una adivina, sonámbula, o qué sé yo qué, recién llegada de París. Dicho y

hecho; nos embutimos en un simón—a esas cosas no se suele ir en coche propio—, llegamos a la calle de la Cruz Verde, nombre fatídico que recuerda la Inquisición, subimos una escalera destartalada, y entramos en una salita con muebles antiguos, de empaldecido damasco carmesí...

—¿Y cómo es que una hechicera parisiense se había metido en tal fugurio?—preguntamos al vizconde.

—¡Ah! Ella vivía en un hotel, pero para mayor misterio consultaba en aquella casa, que desde tiempo inmemorial habitan las brujas de Madrid. Sí, es una morada—lo averigüé entonces—, donde nunca falta quien eche las cartas y practique los ritos quirománticos.

Soltamos la carcajada, sin que Tresmes uniese su risa a la nuestra, de un superficial escepticismo.

—Esperamos—continuó—cosa de media hora, y la espera irritó la curiosidad. Sin embargo, tomamos la cosa como travesura. Cuando nos hicieron pasar al gabinete nos dábamos al codo. Aunque era día claro, las seis de la tarde en Abril, las ventanas estaban cerradas herméticamente, y la habitación, revestida de paños negros, la alumbraban cirios en candeleros de plata. Ante una mesita con tapete de raso negro vi sentada a la bruja. ¿Me permiten ustedes que la llame así? ¡Como que jamás he sabido su verdadero nombre!

—Vaya por la bruja,—respondimos burlones y condescendientes.

—La bruja, pues, era una mujer joven, pálida, muy pálida, casi demacrada, cuyos ojos, de un color de avellana amarillento, hervían en chispas de luz como la venturina al sol. Sus labios eran demasiado rojos; su pelo, lacio, negro, abundante, debía de pesarla. Vestía una bata grana y llevaba al cuello un collar de amuletos egipcios...

—¡Estaría hecha una birria!—exclamamos algunos, que habíamos determinado poner en solfa el cuento de Tresmes.

—Eso opinó Celita cuando salimos a la calle —repuso él—; pero ¿qué sabemos lo que es *risible*, lo que es *ridículo*? El convencionalismo social dicta leyes, la pasión no las conoce... Desde que puse los pies en el gabinete negro de la bruja me sentí, ¿cómo explicarlo? *fuera* de o *sobre* lo convencional. Mi prima Celita, intachablemente vestida, me produjo el efecto de una muñeca. Los ojos chispeantes de la bruja me habían sorbido el corazón.

Sin levantarse, sin ofrecernos asiento, nos preguntó cuál era el objeto de nuestra visita.

—Que nos diga usted la buenaventura—gritó Celita aturdidamente—. Mi hermano y yo (al decir *hermano* me miraba con malicia involuntaria) queremos conocer el porvenir.

—Dénme ustedes a un tiempo la mano—contestó la bruja—; y reuniendo mi diestra abrasada y temblorosa con la de Celita, pronunció lentamente, sin mirarnos, con los ojos puestos en el techo: «Hermanos, no. Enamorados, tampoco.

Parientes... y ligados por un lazo que ya se afloja...»

Nos remiramos con miedo. No cabía más amarga y completa lucidez. La bruja soltó mi mano conservando asida la de Marcela; la extendió abriéndola la palma y me hizo señas de que alumbrase con un cirio.

—¿Debo decir la verdad?—preguntó gravemente.

—Venga la verdad—tartamudeó Celita impresionada.

—Pues la línea de la vida, en usted, hace una rápida inflexión, ¡tan rápida...!

—¿Es... presagio... de muerte?

—Pudiera serlo... No lo afirmo así, en absoluto... Sólo... convendría que tuviese usted cuidado...

Celita quiso reír, pero su risa era forzada y su cara estaba lívida.

—¿Y yo?—pregunté para distraerla, tendiendo a mi vez la mano. La bruja la tomó y sentí como una fuerte corriente eléctrica que atravesaba mi cuerpo.

—Usted... ¿A ver? Tenga la bondad de alumbrar, señora... ¡Oh! ¡Larga, muy larga existencia! Ni los excesos ni los placeres han conseguido atacar la vitalidad. A no ser por muerte violenta... La sangre que veo—continuó con una especie de extravío—es ajena. ¡Esta mano sabe dirigir la bala!

Tresmes calló un instante, preocupado; todos

le imitamos, recordando su famoso desafío con Lamira, a quien había clavado una en mitad del corazón.

—En fin—prosiguió después de un rato de silencio—, salimos de allí, y aunque Celita declaraba haberse divertido muchísimo, en realidad íbamos los dos preocupados; ella, temblando ante la idea de la muerte; yo, sin poder olvidar el rostro descolorido y los ojos de venturina. Al otro día, a la misma hora, me fuí solo a la calle de la Cruz Verde. Recibido por la bruja, no sé qué la dije; la confesé el atractivo que en mí ejercía, la fuerza psíquica que tenía sobre mí. Helada y serena, me señaló una silla, y emprendimos larga conversación, entre el olor de iglesia de los encendidos cirios y el tétrico silencio de una habitación tan semejante a una cámara mortuoria.

Algo emanaba de aquella mujer que yo no había hallado en ninguna. Conocedor y experto en el género—creo que ustedes saben que no es jactancia—; coleccionista de impresiones femeniles; aficionado al amor como otros al objeto de arte, encontraba allí *lo nuevo*—y nada escasea en amor como la novedad—. Si he de definir mis sentimientos por medio de una contradicción, diré que al lado de la bruja experimentaba lo que llamaré *frío ardiente*. Todo en ella era glacial: su piel marmórea, lisa, semejante a un témpano; su rostro impassible de sibila; su habla solemne; el mirar de sus ojos de ágata, transparentes como un vino puro. No necesito decir que rompí con

Celita; fué un trueno silencioso, sencillamente, no volví a poner los pies en su casa. Pasaba las tardes en el gabinete negro, tratando de leer en el alma enigmática de mi bruja, ¡en su alma, lo único de que yo sentía inextinguible sed! Averigüé que no era francesa, sino dinamarquesa; que no tenía familia, parientes ni allegados; que desde los quince años rodaba por el mundo, y que estaba casada,—aunque no vivía con su marido.

—Mi esposo—dijome un día con orgullo—es un príncipe de la más ilustre progenie; sus dominios son tan vastos, que jamás podrá medirlos; su poder no reconoce límites; ningún soberano compite con él. Como sabe que tantas mujeres le adoramos, nos hace poco caso, y nos es infiel sin cesar. Conmigo sólo pasó un día—el de nuestras bodas...—y desde ese día le idolatro. ¡Nadie borrará su recuerdo, nadie!

Al pronto, me causó suma extrañeza la conseja del príncipe archimillonario y poderosísimo que deja a su mujer ganarse la vida diciendo la buenaventura, y declaro que creí que la bruja mentía por vanidad; pero después una idea hirió mi imaginación, y se me ocurrió que el tal príncipe... sólo podía ser... Ea, si se ríen ustedes, me callo. Ese *personaje*, no está de moda, y sin embargo, ¡caramba, confiésenlo! en él *nos movemos, vivimos y somos* todos los pecadores y epicúreos de la coronada villa y de cuantas villas existen. La ocurrencia de que el esposo de la bruja, era ni más ni menos que... el mismo *Dia-*

blo, sí, rfanse cuanto quieran... me empeñó más en su insensato amor, sin esperanza alguna. ¡Rival de Lucifer! Eso no se ve todos los días. Al tocar la mano de la bruja, el hielo de su piel me encendía el alma. Llegué a creer lo que cuentan de la posesión diabólica...

—¿Y cómo acabó esa rara manía, vizconde? —insistimos.

—¡Ah! De un modo extraño también. Ya me dirán si me equivoco... Oigan ustedes. Andaba yo más embebecido que nunca en mi pasión del otro mundo, cuando, casualmente, al leer un periódico me encuentro con la noticia de que Celita había muerto... Una imprudencia a la salida de un baile; un enfriamiento... No sé qué enfermedad repentina... En fin, que aquel día la enterraban. Profundamente emocionado al ver realizada la profecía de la sibila, resolví acudir al funeral; ¡no podía hacer menos! Al entrar en una iglesia por primera vez después de muchos años, creí divisar a la bruja en la puerta, abriendo sus brazos blancos y sin calor para estorbarme el paso. Instintivamente—¡hábitos de la niñez!—me persigné, murmurando restos de una oración casi borrada de mi memoria. Entonces desapareció la figura de mujer, y pensé ver el ataúd de Celita cubierto de paños negros, y oí con terror ¿a qué negarlo? los rezos de difuntos... Me prosterné de rodillas, hecho un doctrino. ¡Pobre Celita! Hubiese jurado que su voz, llorosa y débil, pronunciaba mi nombre... Se me humedecieron los

ojos... y fué como si me arrancasen del pecho una raíz muy larga de planta venenosa; ¡se me borró enteramente la imagen de la bruja! Ni volví a pasar por la calle de la Cruz Verde. ¡Cuando pienso que, ocho días antes, me había revolcado a sus pies, rogándola que se divorciase de mi rival y aceptase mi mano...!

Y Tresmes, sacudiendo la ceniza del cigarro, añadió:

—Ante el amor, más aún que ante la muerte, debemos reconocer que *no somos nadie...* Polvo y ceniza.

LOS RIZOS

Cuando pasa la reducida cajita blanca con filetes azules o color de rosa, que en hombros va camino del cementerio, no volvemos la cabeza siquiera. El tráfago del vivir es tal, que no hay tiempo de mirar cómo desfila la muerte, segando capullos con el mismo brío certero con que siega los árboles añosos.

Aquella caja, sin embargo—rosados eran los filetes—, me obligó a recordar un incidente ya olvidado... La señora que me acompañaba me refrescó la memoria.

—¿Sabe usted de quién es el entierro? Pues de la chiquilla bonita que le llamó a usted la atención..., ¡y mucho!, en la visita a las escuelas municipales, cuando fuimos a designar las niñas para la Colonia escolar del año...

—Hace ya lo menos dos o tres que sucedió eso... Sí, me acuerdo ahora perfectamente: una criatura morena, de facciones de cera, perfiladitas, con unos ojos oscuros, grandes, que le comían la cara, y unos rizos negros también, flotantes por los hombros; una melena maravillosa... ¿Y es esa?

—Esa misma...

Evoqué la escena, el rebaño de criaturitas en pie ante sus pupitres, respetuosamente derechas e inmóviles a la voz de la profesora; una serie de cabecitas mal peinadas, de pelo bravío, corto y revuelto; de semblantes colorados y cachetudos, o macilentos, señalados por el linfatismo con el estigma que anuncia tan graves desórdenes fisiológicos para el porvenir; un calabazal gracioso a veces—¡la niñez es tan fácilmente graciosa!—pero, en conjunto, entristecedor, como lo son las muchedumbres infantiles de asilos y hospicios, como suele ser la prole numerosa de los necesitados... Las privaciones—que se revelan para el hombre de ciencia en el peso, en la estatura, en la estructura ósea del chiquillo—las descubre el novelista en lo reviejo de la tez, en la impureza de los ojos, en la naciente deformidad de los miembros... El niño está más cerca que el adulto de la vida vegetativa; bien cuidado, parece una flor regada y lozana; mal cuidado, es la planta que se ahila por falta de agua y de aire. Entre el plantel, destacóse la niña de los rizos, y ante el tono algo céreo de su menuda faz encantadora, a un tiempo resolvimos: «Esta necesita playa y campo».

—Habrà que cortarle el pelo—observó alguien de nosotros, en el tono con que se reconoce una necesidad dolorosa, porque el pelo nos había deslumbrado desde el primer momento, como deslumbra la pluma magnífica, tornasolada, de

un ave tropical. Sabíamos de sobra que la rapadura es el rito inicial de caridad y de higiene en las Colonias: de caridad, porque es preciso tenerla para realizar y hasta para ordenar y dirigir esa operación, que descubre tantas veces en las cabbelleras infantiles, la fauna asquerosa de la miseria; de higiene, porque al niño que le medran los cabellos se le desmedra el cuerpo, es sabido... Ni aun para los hijos de los ricos, familiarizados con el peine y los petróleos de tocador, es bueno cultivar esos bucles de paje del siglo XV.

Sin embargo, desde que pronunciamos las fatales palabras «Habrá que cortarle el pelo...», comprendimos que no sería fácil... La niña, fijándonos desde lo hondo con el par de moras maduras de sus ojazos, parecía decirnos silenciosa y expresivamente: «No me quitar is mis rizos, no tal...» El lacito colorado que una coqueterfa de madre engreída de la belleza de una criatura había prendido cerca de la sien izquierda, era como banderín de la vanidad de aquellos siete u ocho años ya femeniles. Y los ojos sombríos nos miraban maldici ndonos, y las facciones hechas a torno se contraían con moh n de repugnancia...

Al día siguiente lo supimos ya de un modo positivo, por referencias diversas: la niña de los rizos no vendría a la Colonia. Su familia compartía la opinión de que la salud no compensa el desmoche de unos tirabuzones tan ricos y tan ondeantes. Mejor dicho (conviene ser exactos),

aquel menaje de obreros, habituado a la vida sórdida y angustiada, en que si no falta el pan del todo, no lo hay nunca de sobra; reñido con el jabón y el aseo, en la promiscuidad y estrechez del domicilio, creía firmemente que eso de rapar a los chicos es una manía de burgueses metidos a filántropos, que distraen el aburrimiento inventando molestias a cambio de problemáticos beneficios. ¡Llevarse a la chica un mes a una playa! ¡Gran puñado son tres moscas! Y en cambio, quitarla aquellos rizos, orgullo de la madre, envidia de la demás chiquillería y comadrería del barrio! El único lujo del hogar, lo que hacía sonreír babosamente al padre cuando conducía a su hija al *gallinero* del teatro por horas, o al *cine*, y en el ambiente viciado, deletéreo, cargado de olor humano, resonaban las frases de admiración: «¡Mira ese pelo!... ¡Mira esa pequeña! ¡Si parece un cromó!»

Tuvimos que sustituir a la niña de la melena por otra que se dejó pelar sin oposición—aunque no sin pena, pues es increíble el cariño que tienen a su áspera zalea hasta los chicos más feos y pobres—. Las criaturas fueron lavadas y fregadas; averiguaron que a unos huesos que tenemos en la boca hay que frotarlos diariamente con cepillo; se vistieron de limpio, comieron a mantel blanco, con flores silvestres en el centro y servilleta nieve; correfearon en la playa, ganaron en peso y estatura; se pusieron alegres y morenas, el moreno sano del pan íntegro..., y volvieron al pueblo

contentas, envanecidas del veraneo aquel, con hábitos de «señoritas», que en sus casas eran reprobados...

La de los rizos seguía causando la misma impresión, mientras jugaba en el arroyo, vestida de percal rosa sucio y con el moñito rojo entre las alborotadas y finas ondas del soberbio pelo. Sin embargo, transcurrido bastante tiempo después del día en que la conocimos, las frases de la gente que la admiraba se habían modificado un poco. «¡Qué pelo!», era siempre lo primero; y después: «¡Está consumidita!... ¡Qué color tan malo!...» La gente del pueblo, nadie lo ignora, no se anda en contemplaciones para decir lo que piensa en la cara de todo el mundo... Hubo quien soltó crudamente:

—¡Qué lástima! Esta no llega a grande...

¿Cayeron en la cuenta los padres, consultaron médico? Ello es que, al cabo, la madre murmuró tristemente la misma frase por nosotros pronunciada:

—Habrà que cortarle el pelo...

El desconsolado llanto de la niña—próxima a convertirse en mujercita—impidió que se verificase la poda... El doctor que la vió—postrada ya en mal jergón, que compartía con dos hermanos menores—movió la cabeza, y decidió que era inútil darla el disgusto. De todas maneras había de ser igual... Y los rizos no cayeron bajo la fría mordedura de la tijera, y envuelta en su regia aureola de sombra, la colocaron en la exigua caja

blanca con filetes rosados, que los compañeros del padre—marmolistas, gente muy familiarizada con el cementerio y sus esplendores—conducían a hombros cuando acertamos a verla...

En el fondo de mi alma de artista—¿a qué negarlo?—latía una especie de respeto ante aquella muerte ocasionada por el culto ciego, inconsciente, idolátrico, de la Belleza... Yo hubiese mandado a tiempo trasquilar a la desdichada Absalona, víctima de su hermosa cabellera; sí, en nombre de la Ciencia y del bien, yo hubiese dispuesto sin ningún escrúpulo ese crimen... Pero, como tengo dos almas—¡dos lo menos!—me gusta que en el ara de la eterna Hermosura se sacrifiquen sin piedad niños y adultos. El olor de tales sacrificios es grato a la impasible Diosa...

IMPLACABLE KRONOS

¡Qué juventud y qué edad madura tan laboriosas y aperreadas las de don Zoilo Terrón! Sin una hora de descanso y recreo, sin un minuto que perteneciese al gusto y al solaz, vivió don Zoilo, no como la ostra—al fin la ostra no trabaja—, sino como la polilla, que roe y roe y no sale de su rincón, no deja su viga telarañosa, no desplega nunca sus alas buscando lo que las mariposas: luz, calor solar y entreabiertas flores.

Resuelto a ganarse un caudal, porque don Zoilo veía en el dinero la clave de la vida y el eje del mundo, sudó, se afanó y atesoró con incansable codicia, hasta llegar a la suma deseada. Cebado en la asidua labor, no supo don Zoilo lo que era pasear, ni se miró al espejo, ni cuidó de su salud, ni se enteró de que ya iban encorvándose sus espaldas y pesando sobre su cuerpo, recios como plomo, los años. Sólo cuando se encontró poderoso, dueño de la riqueza pingüe que de antemano se propusiera obtener, entró a cuentas consigo mismo y advirtió que no había disfrutado miaja, ni catado los goces lícitos y sabrosos de

la existencia. «He sido una bestia de carga» pensó lleno de remordimiento y de melancolía. «Esto no puede quedar así. A ver si una vez, por lo menos, soy un racional. Es preciso que yo me case, que tenga familia y pruebe sus alegrías y sus expansiones, y además que mi mujer me guste mucho... tanto como me gusta Casildita Ramírez, la viuda que vive en el segundo piso.»

Al hacer estas reflexiones conoció don Zoilo que precisamente la Casildita susodicha era la que le venía pintiparada, porque su lozana beldad y su sandunga encantadora le sugerían un remolino de ideas bucólicas y juveniles. Al ver de cerca a Casildita, a quien solía encontrarse por la escalera, don Zoilo sentía que toda su malograda mocedad le subía a la cabeza y de allí bajaba al corazón en olas de sangre. Y como el dinero infunde gran aplomo y arrogancia, don Zoilo no titubeó, y sin demora subió a casa de la linda viuda, celebrando con ella una entrevista, y descubriéndola llanamente su cristiano y honrado pensamiento.

Estaba Casildita, cuando recibió la fulminante declaración del opulento don Zoilo, más mona aún que de costumbre, porque la sorpresa y la malicia hacían chispear sus grandes ojos morunos, y avivaban la risa en sus labios y cavaban los traviesos hoyuelos en sus mejillas pálidas y frescas como las hojas de la magnolia. Jugando con un diminuto perrillo de lanas que parecía una bola de cardado y crespo algodón, oyó Casilda

las extremosas palabras del vecino, y así que éste acabó de formular su súplica, la viuda, halagando al gracioso animalejo por quien se trocaría de muy buena gana don Zoilo, respondió categóricamente:

—A la verdad, lo que usted me propone, para penitencia es atroz, y para ganar la gloria puede que no baste. No me atrevo, vamos, no me atrevo. Si tuviese usted diez añitos menos, diez añitos... ¡Pero si está usted más gris que las ratas y más desdentado que un serrucho viejo! Se reirían de nosotros cuando fuésemos juntos por la calle, créalo usted, ¡la gente es tan mala! Sólo por eso no le complazco a usted, que por lo demás, es usted persona muy apreciable y muy digna.

Salió don Zoilo del cuarto de la viudita desazonadísimo, y al mismo tiempo convencido de que nunca le había gustado tanto, que se moría por ella, y que todas aquellas cosas que había leído que les pasaban a los enamorados furiosos las sentía él en grado heroico y superfino. «¿De qué sirve el dinero—iba rumiando—si no sirve para tener, cuando a uno se le antoja y lo necesita, el pelo negro como la noche y unos dientes que deslumbren de blancos?» Y de pronto, como al que va a ahogarse se le ocurre asirse de un clavo muy delgadillo, ocurriósele a don Zoilo que con *guano* se compran también dientes y pelo.

A escape, el mejor dentista de Madrid—por supuesto, norteamericano—se encargó de amueblar espléndidamente el tenebroso antro de la bo-

ca de don Zoilo con una doble fila de mondados piñones, iguales, relucientes y parejos. Llegó después la vez al peluquero—francés, quién lo duda—, y valiéndose de una serie de botecillos de cristal y hasta media docena de cepillos y brochas, hizo pasar la cabellera de don Zoilo del gris amarillento al castaño oscuro, y del castaño oscuro a un negro de carbón, profundo, casi puedo decir que insolente. La misma prolija operación, realizada con la barba, arrancó a don Zoilo una exclamación de pueril regocijo, porque el mágico licor de los empecatados botes le había aliviado del peso de veinte años lo menos, dejándole el rostro encerrado en un marco que afrentaba a la endrina y al ala del cuervo también.

A completar la restauración vino el ortopédico con una faja-corsé, firme represión de abdomen y derechura del espinazo, y el sastre y el ayuda de cámara coronaron la obra ataviando, perfilando, atusando y componiendo a don Zoilo, dejándole hecho un petimetre, según los últimos decretos de la moda. Remozado así, perfumado, con un capullo en el ojal y radiante de esperanza, don Zoilo subió otra vez las escaleras, y sin que le anunciase nadie, cayó como una bomba en el coquetón gabinete de Casildita. Era tal su arrebató, tan grande la turbación que el instante aquel le producía, que sólo acertó a murmurar, en entrecortadas frases, una nueva declaración más apasionada, más vehemente que la anterior, y a repetir la proposición de casamiento, entre protestas

de exaltada ternura. Casildita le oía y contemplaba con evidente asombro, y callaba aguardando a que acabase su relación el galán. Así que éste hizo un compás de espera, tal vez por necesidad de respirar, la viuda, abarquillando las orejas rizosas y suaves del perrito, y con un sonreír que era el abrirse de una rosa en una mañana de Mayo, pronunció con ingenua picardía:

—El caso es que no puedo complacerle en lo que me pide, y bien lo deploro.

—¿Por qué?—articuló don Zoilo con anhelo infinito.

—Porque hará cosa de quince días estuvo aquí con la misma pretensión su señor papá, empeñado en pedir mi mano... y después de dar calabazas a una persona más respetable que usted, no es cosa de decirle a usted que *sí*.

PRIMAVERAL - MODERNA

Obligado a trasladarme a una capital de provincia, al Noroeste de España—de esta España que los extranjeros se imaginan siempre achicharrada por un sol de justicia—, hice mis maletas, sin olvidar la ropa de abrigo, aunque lo que refiero sucedía en el mes de Mayo, y al subir al tren me instalé en el departamento de *no fumadores*, esperando poder fumar en él a todo mi talante, sin que me incomodase el humo de los cigarros ajenos,—pues ese departamento suele ir completamente vacío.

En efecto; hasta el amanecer, hora en que nos cruzamos con el expreso de Francia, nadie vino a turbar mi soledad. Dormía yo profundamente, envuelto en mi manta, cuando se realizó el cruce. No sé si a los demás les sucede lo que a mí; si también notan, dormidos y todo, la sensación extraña y oscura de no estar ya solos; de la presencia de *alguien*. Yo percibí esa sensación durante mi sueño, y poco a poco me desperté. A la luz blanquecina del amanecer vi en el asiento fronterizo a un viajero. Era un mozo de unos

diecinueve a veinte años, de cara fina e imberbe. Su oscura gorrilla de camino, parecida a la prolongada toca con que representan a Luis XI, acentuaba la expresión indiferente y cansada de su fisonomía y la languidez febril de sus ojos, rodeados de ojeras profundas. Sus manos enflaquecidas se cruzaban sobre el belludo *plaid*, que le abrigaba las rodillas y le tapaba los pies; caído sobre el *plaid*, había un volumen de amarilla cubierta.

Mi imaginación, activa, tejedora, sobreexcitada además por el movimiento del tren, se dedicó al punto a girar en torno del viajero enfermo. Discurrí manera de entrar en conversación con él, y la encontré en el socorrido tema del cigarro,

—Sin duda le incomoda a usted el humo, cuando se ha venido a este departamento—pregunté, haciendo ademán de embolsar la petaca después de haberla sacado como por inadvertencia.

—No, señor—contestó el mozo con voz opaca y mate, cual si realizase un esfuerzo penoso—. Puede usted fumar. Yo también fumaría, si no me lo hubiesen prohibido.

—¿Está usted... indispuerto?—pregunté demostrando interés; y la respuesta afirmativa me dió hecha la plática que deseaba entablar. Nadie se resiste a hablar de sus padecimientos, sean reales o imaginarios. Mi compañero, dengosamente al principio, animándose gradualmente después, me enteró de cuanto quería: era vene-

zolano, hijo de español; venía de París, adonde le había enviado su familia para que se instruyese y formase,—y atacado de un mal indefinible, tal vez neurosis complicada con anemia profunda, se dirigía, por consejo de los médicos, a pasar el verano en el Noroeste de España, en casa de un hermano de su padre, rico propietario, dueño de una quinta en el Valle de la Rosa.

Al oír este nombre, tan dulce y sugestivo, batí palmas: el Valle de la Rosa estaba cerca de la ciudad a que me encaminaba yo.

—¿Conoce ese sitio?—preguntóme con el peculiar acento de su país mi compañero de viaje, que se enderezó, echando a un lado la manta.

—¡Si lo conozco!—respondí—. He vivido más de tres años en Urbígena, adonde voy ahora otra vez, y el Valle de la Rosa, en que veraneábamos, lo tengo tan presente como si lo estuviésemos viendo, —como lo veremos a mediodía desde esa ventanilla. ¡Qué valle! No cabe soñar nada más divino. Vamos a pasar una serie de montañas abruptas, y hasta áridas y peladas, por lo menos en esta estación, pues en Junio se cubren de terciopelo verde; pero el Valle, que recoge todo el sol y toda el agua de las arroyadas del invierno, ¡es un vergel, un paraíso! Le sorprenderá a usted el cuadro que presenta, y sorprende a cuantos le ven por primera vez. En este tiempo del año, los árboles están igual que si hubiese nevado copiosamente, de tanta flor como los reviste; los albaricoqueros y los pavíos

son plumajes rosa pálido; las fresas rojean y huelen a gloria; los senderos están llenos de violetas tardías, y las camelias, que allí son árboles corpulentos, tienen al pie una alfombra de hojas encarnadas de una cuarta de espesor. Verá usted qué verde tan delicado el de los praditos, qué de agua cristalina en las fuentes; y por los setos, cuánta rosa silvestre: han dado nombre al Valle. Y no es sólo la flora: hay la poesía de la humanidad también.—¡Las aldeanitas! ¡El día que se cuelgan los aretes de filigrana y se atan el *dengue* con las cintas de seda! No sé si ellas son realmente tan guapas, o es que las hermo-sea la Naturaleza, que lo embellece todo.

El mozo guardaba silencio, con el ceño fruncido y una chispa de descontento en las negras pupilas; y de pronto, mirándome friamente, murmuró:

—¡La Naturaleza! Para mí no hay cosa más antipática.

La extrañeza me impidió hasta protestar. Me quedé turulato,—como solemos cuando oímos una herejía muy gorda, algo que echa por tierra afirmaciones que creemos indiscutibles y evidentes. El enfermo, sonriendo con sarcasmo, continuó:

—Ya ve usted si he nacido en un continente de naturaleza espléndida... Supongo que por lo mismo la detesto doble. Todo lo natural me parece estúpido, bueno sólo para la gente rutinaria y mansa...: para los especieros, como decimos

en París. ¡El agua! ¡los bosques! ¡los prados! ¡las florecitas del campo! ¡Beéee!—e imitó el balido de la oveja—. ¿Qué sentido puede encontrarse en nada de eso? ¿Dónde existe función más mecánica, menos intelectual que la de la Naturaleza? Lluve, brota la vegetación; hace sol, se agosta; llega el otoño, las hojas caen; viene la primavera, vuelta a salir... Es puramente animal; ruin fisiología. No sé por qué la manía de conservar la vida ha de hacernos transigir con las cosas más opuestas a nuestros gustos y nuestras convicciones... Yo preferiría morir en París, en el bulevar, con su asfalto, que vivir en ese Valle de la Rosa, que por su descripción de usted debe ser el arquetipo de la vulgaridad, el oasis de un paisajista cursi. Diré a usted más: no existe tal Naturaleza. La hacemos nosotros; la creamos, y sólo cuando la creamos vale algo y tiene sentido. ¡La Naturaleza! Es la enemiga del arte y de la ficción, lo único hermoso; la ficción encantadora... Al llegar al Valle, escupiré sobre la primer Rosa que me salga al paso... sea vegetal o sea de carne...

Al decir estas amenidades, matices de carmín tiñeron las mejillas demacradas del joven enfermo, y sus labios, que apenas sombreaba una dedita de bozo oscuro, se contrajeron irónicamente.

—La belleza—prosiguió, notando que yo me escandalizaba, y encantado de ello—, la belleza no es lo natural, sino al contrario, lo artificial,

obra del hombre, creación de su inteligencia emancipada del ciego instinto. No me dé usted el racimo, sino el licor; no la tez virginal y lavada en agua pura, sino la que ha curtido e impregnado el amor y adobado la perfumería; no el bloque de mármol, sino la estatua de Carpeaux; no la rosa rústica de los setos, sino la orquídea monstruosa criada en estufa; no el animal viviente, sino la sierpe de esmalte y pedrería o el pájaro que canta por mecanismo. La obra del hombre civilizado va en sentido contrario a la Naturaleza. La Naturaleza se acuesta temprano y nosotros tarde, haciendo de la noche día; la Naturaleza es sencilla, y nosotros somos complicados; la Naturaleza no aspira sino a perpetuar la especie, y nosotros... ¡qué diablo! ¡si la pudiésemos suprimir!

Estas y otras teorías análogas desarrolló exaltadamente mi interlocutor, mientras nos acercábamos al Valle, que por fin avistamos cuando el Sol ascendía a su zenit. Viva fragancia de maderselvas, en ráfagas de esencia arrancadas por el airecillo juguetón, penetraba en el departamento; y en un prado de un verdegay ideal, una gran vaca roja, acostada, parecía inmóvil esfinge de cobre. Allá abajo se posaban, como grupos de palomas forcaces, las casitas, y cerca de nosotros una fuente, sombreada por sauces pálidos, se desataba murmuradora, dándome envidia de beber un trago en el hueco de la mano, a la manera primitiva. Confieso que olvidé enteramente a mi

compañero de viaje para recrearme en aquellos pormenores, y sólo recordé al notar que el tren se detenía en la estación y escuchar que el artificialista me decía:

—Feliz viaje, adiós; he tenido gusto en conocerle. ¡A su servicio!

Saludé y tendí la mano, declarando mi nombre y profesión: Félix Llaguno, magistrado...

—Aristeo Abigail Fierro, poeta,—respondió no sin algo de sequedad altanera el enfermo, volviéndose para recoger su pulcro maletín de cuero inglés y su sombrerera, que entregó al criado que le esperaba con un birlocho.

Y como yo hiciese un involuntario movimiento al oír lo de *poeta*, añadió:

—Poeta decadente.

CASI ARTISTA

Después de una semana de zarandeo, del Gobierno civil a las oficinas municipales, y de las tabernas al taller donde él trabajaba—es un modo de decir—preguntando a todos y a *todas*, con los ojos como puños y el pañuelo echado a la cara para esconder el sofoco de la vergüenza, Dolores, la *Cartera*—apodábanla así por haber sido cartero su padre—se retiró a su tugurio con el alma más triste que el día; y éste era de los turbios, revueltos y anegruzados de Marineda, en que la bóveda del cielo parece descender hacia la tierra para aplastarla—con la indiferencia suprema del hermoso dosel por lo que ocurre y duele más abajo...

Sentóse en una silleta paticoja y lloró amargamente. No cabía duda que aquel pillo había embarcado para América. Dinero no tenía, pero ya se sabe que ahora facilitan tales cosas garantizando desde allá el billete. En Buenos Aires no van a saber que el carpintero a quien llaman para ejercer su oficio es un borracho y deja en su tierra obligaciones. La ley dicen que prohíbe que se embarquen los casados sin permiso de sus muje-

res... ¡Sí, fíate en la ley! Ella a prohibir y los tunos a embarcar... y los señorones y las autoridades a hacerles la capa... ¡y arriba!

Bebedor y holgazán, mujeriego, timbista y perdido como era su Frutos, alias *Verderón*, siempre acompañaba y traía a casa una corteza de pan... Corteza escasa, reseca, insegura, pero corteza al fin. Por esto—y no por amorosos melindres que la miseria suprime pronto—lloraba Dolores la desaparición, y mientras corría su llanto, discurría qué hacer para llenar las dos boquitas ansiosas de los niños.

Acordóse de que allá en tiempos fué pizpireta aprendiz en un taller que surtía de ropa blanca a un almacén de la calle Mayor. Casada, había olvidado la aguja, y ahora, ante la necesidad, volvía a pensar en su dedal de acero gastado por el uso y sus tijeras sutiles pendientes de la cintura. A boca de noche, abochornada—¡como si fuera ella quien hubiese hecho el mal!—se deslizó en el almacén, y en voz baja pidió labor «para su casa», pues no podía abandonar a las criaturas... La retribución, irrisoria—no hay nada peor pagado que «lo blanco»...

Dolores no la discutió. Era la corteza—muy dura, muy menguada, eventual—que volvía a su hogar pobre...

Corrió el tiempo.—Habitaba hoy la *Cartera* un piso modesto, limpio, con vista al mar; su chico concurría a un colegio; la pequeña ayudaba a su madre, entre las oficialas del obrador.

Porque Dolores tenía obrador y oficialas; hacía por cuenta propia equipos, canastillas, y poseía su clientela de señoras, que iban personalmente a encargar, probar y charlar su rato. «¡Buena mujer! ¡y muy puntual! ¡y habilísima!», repetían al bajar las escaleras, despidiéndose todavía, con una sonrisa, de la costurera, que salía al descansillo a murmurar por última vez: «Se hará, señora... No tenga cuidado... Como guste...» Así se había ganado la parroquia, por medio de humildades dulces, de discretas confianzas de esas penas domésticas con que toda hembra simpatiza, y poniendo cuidado exquisito en entregar la labor deslumbrante de blancura, primorosa de cosido y rematado, espumosa de *valenciennes*, hecha un merengue a fuerza de esmero. Con la reputación de tantas virtudes obreras vino el crédito, el desahogo; con el desahogo, el trabajo suave y halagador, y el cariño intenso del artífice a la obra perfecta, en la cual se recrea y goza antes de enviarla a su destino. En la *Cartera* había desaparecido la esposa del carpintero vicioso, chapucero y zafio, en chancletas y desgrefñada, y nacido una pulcra trabajadora, semiartista, encantada, aun desinteresadamente, con los lazos de seda crespos y coquetones, los entredoses y calados de filigrana, las ondulaciones flexibles de la batista y las gracias del corte, que señala y realza las líneas del cuerpo femenino. Algo de la delicadeza de su trabajo se había comunicado a todo su vivir, a su manera de cuidar a los niños,



al claro aseo de sus habitaciones, a la frugalidad de su mesa. Aunque todavía fresca y apetecible, la *Cartera* guardaba su honra con cuidado religioso—no por miramientos al pillo, de quien no se sabía palabra, sino porque esas cosas estropean la vida y dan mal nombre—y era preciso que a su casa viniesen sin recelo sus parroquianas, las señoras principales...

Extendida estaba sobre las mesas del obrador una canastilla de hijo de millonario—la más cara y completa que le habían encargado a la costurera, un poema de incrustaciones, realces y pliegues—cuando se entró habitación adelante, entre las risas fisgonas de las oficialas, un hombre de trazas equívocas. Venía fumando un pitillo, y, al preguntar por «Dolores» y oír que no se podía hablar con ella—lo cual era un modo de despedirle—soltó a la vez un terno y la colilla ardiendo; el terno sólo produjo alarma en las chiquillas; la colilla chamuscó el encaje Richelieu de una sábana de cuna.

—¡Soy su marido!—gritó el intruso—y a cualquier hora *me se figura* que la podré ver...

No había réplica. Corrieron a avisar a la maestra; se presentó temblona, y se retiraron a un cuarto, allá dentro. No se sabe lo que conversarían; acaso el *Verderón* confesase que se hallaba ya convencido de que también en el Nuevo Continente tienen la absurda exigencia de que se trabaje, si se ha de ganar la plata... Lo cierto es que se hizo un convenio: el *Verderón* comería a cuenta

de su mujer, y hasta bebería y fumaría, comprometiéndose a respetar la labor de ella, su negocio, su industria ya fundada, su arte elegante. Y Frutos prometió.

Mas no era el holgazán del escaso número de los que cumplen lo pactado, y su orgullo de varón y dueño tampoco se avenía a aquella dependencia, a aquel papel accesorio... ¡Vamos, que él tenía derecho a entrar y salir en *su casa* cuando y como se le antojase! ¡Bueno fuera que por cuatro pingos de cuatro señoronas que venían allí se le privase de pasarse horas en el taller requebrando a las oficialas! Y así lo hizo, a pesar del enojo y las protestas de Dolores.

—¿Tienes celos, eh, salada?—preguntábale él, sarcástico.

—¡Celos!—repetía ella—. Si te gustan las oficialas llévatelas a todas... pero fuera de aquí, ¿entiendes?... A un sitio en que tus diversiones no me manchen la labor. ¡Eso no! Eso no te lo aguanto, y te lo aviso... ¡No me toca a mis encargos un puerco como tú!

Con la malicia de los borrachos, así que Frutos comprendió que ahí le dolía a su mujer, empezó a meterse con la ropa blanca. Escupía en el suelo, tiraba los cigarros sin mirar, manoseaba las prendas, se ponía las enaguas bromeando, se probaba los camisones. Naturalmente, cualquier desmán de las oficialas lo disculpaban achacándoselo al marido de la señora maestra. Venían ya quejas de clientes, recados agrios—

el descrédito que principia...—Un día «se perdieron» unos ricos almohadones... Dolores averiguó que estaban empeñados por Frutos para beber.

* * *

Una tarde de exposición de equipo de novia, anunciada hasta en periódicos, el carpintero volvió a su casa chispo y maligno. La madre de la novia, la novia y parte de la familia examinaban el ajuar. Entró el *Verderón*, y su boca hedionda, de alcohólico, comenzó a disparar pullas picanteras, a glosar, en el vocabulario de la taberna, los pantalones y los corsés, las prendas íntimas, florecidas de azahar... Cuando las señoras hubieron escapado, despavoridas e indignadas, exigiendo el envío inmediato de su ropa y jurando no volver más a tal casa y contárselo a las amigas,—Dolores, pálida, tranquila, se plantó ante el esposo.

—Vuelve a hacer lo que hiciste hoy... y sales de aquí y no entras nunca.

—¿Tú a mí?—rugió el borracho—¿Tú a mí? Ahora mismo voy a patear esas payaserías que haces... ¿Ves? Las pateo porque me da la gana.

Y agarrando a puñados las blancuras vaporosas de tela diáfana, orladas de encajes preciosos, las echó al suelo, danzando encima con sus zapatos sucios... Dolores se arrojó a él... La pacífica, la mansa, la sufrida de tantos años, se había vuelto leona. Defendía su labor, defendía, no ya la corteza para comer, sino el ideal de

hermosura cifrado en la obra. Sus manos arañaron, sus pies magullaron, la vara de metrar puntilla fué arma terrible... Apaleado, subyugado, huyó *Verderón* a la antesala y abrió la puerta para evadirse. Todavía allí Dolores le perseguía, y el borracho, tropezando, rodó la escalera. La cabeza fué a rebotar contra los últimos peldaños, de piedra granítica, quedando tendido inerte en el fondo del portal... Su mujer, atónita, no comprendía... ¿Era ella quien había sacudido así? ¿Era ella la que todavía apretaba la vara hecha astillas?... El chillido de una oficiala que subía la aterró... El hombre no se movía, y por su sien corría un hilo de sangre.

LA CLAVE

Calixto Silva se enteró—al regresar de un viaje que había durado cuatro meses—, de que su tío y tutor, aquel excelente D. Juan Nepomuceno, a quien debía educación, carrera, la conservación y aumento de su patrimonio y el más solcito cuidado de su salud, iba a casarse... ¿y con quién?, con la propia Tolina Cortés... la casquivana que de modo tan terco había tratado de atraerle a él, Calixto, mediante coqueterías, artimañas y diabluras, cuyo efecto fué contraproducente, pero cuyo recuerdo, ante la noticia, le causaba una impresión de temor y repugnancia.

Su tío no le consultaba, y no parecía dispuesto a escuchar observación ninguna respecto al asunto de la boda. Calixto tuvo, pues, que resignarse; su única protesta fué expresar el deseo de marcharse a vivir solo: pero en eso no estaba D. Juan conforme.

—¡No faltaba otro dolor de muelas! Tú no eres mi sobrino, que eres mi hijo; si llegan a nacerme, no los querré más que a ti. La niña—así llamaba D. Juan a su futura—se hará cuenta de que soy

un viudo que tiene un chico. Se acabó... Mientras no te cases tú también, todo sigue como antes.

Asistió Calixto a la ceremonia nupcial, estre-meciéndose interiormente de rabia al mirar la tersa guirnalda de azahares que, bajo la nube de tul del velo, coronaba la frente audaz de la diabólica criatura. ¿Cómo se las habría compuesto la serpezuela para anillarse al corazón del honrado viejo? ¿Qué arterías, qué travesuras, qué sortilegios usaría? ¡Sin duda aquellos mismos que Calixto evocaba mientras el órgano emitía su vibrante raudal de sonidos plenos y graves, y en el altar, una grácil figura, envuelta en blancas sedas que la prolongaban místicamente, articulaba un *sf* apagado, un *sf* blanco también!...

El irritante enigma que preocupaba a Calixto le obligó a pensar incesantemente en la esposa de su tío, a tenerla presente día y noche. Resolvió vigilarla, mirar por la honra de D. Juan, y no consentir que nadie le burlase impunemente. Semejante propósito, noble y firme, era justificación de su permanencia en la casa. Ojo y oído: que Tolina anduviese con pies de plomo, o si no...

Tolina, sin género de duda, desplegaba la hipocresía más maquiavélica; nada cabía reprender en su conducta. Concurría a algunas diversiones sin mostrar afán por ellas; se adornaba y componía sin exceso; igual y alegre de carácter, con su marido era realmente la niña, más hija que esposa; le cuidaba, le complacía zalameramente, le respetaba en público, le mimaba de

puertas adentro, y—Calixto hubo de confesárselo a sí propio—, D. Juan disfrutaba de una felicidad verdadera. Chocho con la dulce y sabrosa mujercita, repetta incesantemente, disolviendo en babas las frases:

—¿Ves, Calixto, qué mona es? Búscate una así. No debe nadie morirse, sin primero disfrutar estos goces.

Calixto, ceñudo, se tragaba sus cavilaciones y sospechas malignas.

¡Vamos, no podía ser! Tarde o temprano, Tolina enseñaría la oreja. Si ahora se portaba bien sería por algo... ¡Bah!... Y continuaba observándola con malévola atención. Tolina, afectuosa, algo quejosa, con queja muda, procuraba ni chocar ni insinuarse demasiado con el sobrino, a quien llamaba hijo D. Juan, y el sobrino a quien era indiferente Tolina como mujer, no cesaba de preocuparse de su psicología como esposa. ¿Por qué guardaba tan estricta y dignamente el decoro de su marido? ¿Por qué no daba motivo alguno, ni aun de sospecha? Y en vez de felicitarse—¡somos tan poco lógicos!—, Calixto se reconcomía. Es humano: todo el que augura mal, sufre mortificación cuando no acierta,

La causa del buen comportamiento de Tolina... Súbito resplandor alumbró a Calixto para adivinarla. ¡Si estaba más claro! ¡No haberlo comprendido! Lo que la joven buscaba y aseguraba con tal arte era la fortuna del viejo, su cuantiosa herencia... Un cálculo ambicioso res-

guardaba su virtud y la ventura del confiado cónyuge. Antolinita Cortés pertenecía a la falange de las calculadoras, la sabia falange que espera y prepara la lámpara de la noche siguiente...

Al descubrir esta clave, Calixto se dió por doblemente satisfecho. Su pesimismo se contentaba con reconocer en Tolina instintos de mezquindad y avidez; su generosidad le movía a alegrarse de renunciar a una sucesión que nunca había codiciado. Y, adelantándose a lo que pudiese sobrevenir, un día en que la conversación cayó oportunamente, dijo a D. Juan:

—Tío, nadie está seguro de vivir mañana... Yo he testado desde que soy mayor de edad. ¿Por qué no toma usted disposiciones, y deja a la tía Antolina sus bienes? Lo merece, y es justo.

—Lo merece, y es justo—repitió el anciano remedando al sobrino—, y yo le dejaría los reinos de España... pero has de saber que no quiere, que no se le antoja, y que, al hablarle yo de eso, fué tal su enfado y el daño que la hizo, que hasta se puso enferma. Es el único disgusto que tuvimos. Me ha exigido que mi heredero seas tú... ¿Qué significa ese asombro? ¿Habías supuesto que Tolina me aceptó por interés? ¿Ella? ¿Ella?

Y el anciano irradiaba placer por su cara simpática, rojiza entre la gris aureola de la barba y los cabellos.

—Bueno, pero no consentiré tal disparate y tal injusticia—declaró Calixto—. Lo que usted me legue, para ella será.

—No la persuadirás. No quiere. ¡Es más buena que los ángeles!

Desde esta conversación, cambió Calixto de modo de ser. Huía de Tolina, en vez de vigilarla. La sospecha de ahora era más punzante, más honda, más perturbadora que la antigua. Una fristeza, una inquietud sin límites invadieron el espíritu de Calixto. Perdió el apetito y el sueño. Una tarde, habiendo echado de menos su cartera, donde guardaba un fajo de billetes, bajó al jardín del hotel a hora impensada, casi anochecido, por si la encontraba allí, y registró, agachándose, los macizos de plantas, hasta un grupo de arbustos que ocultaban un banco de piedra. Se detuvo. Una mujer, sentada en el banco, besaba un objeto rojo.

—¿Qué haces aquí?—murmuró él sobrecojido, sin darse cuenta de lo que decía.

—¿Y tú?—respondió ella serenamente.

—Yo... Yo... Buscaba mi cartera...

—Aquí la tienes; la encontré momentos hace.

Tolina le tendió sonriente la cartera de cuero de Rusia. Calixto no la tomó. Notaba que palidecía, y la voz se le atascaba en la garganta.

—¿Qué te sucede?—La dama, aproximándose, acercaba la cartera a las manos inertes que no la recogían.—Vamos—añadió melancólicamente y con malicia—, coge tu dinero... Ya sabes que yo no me lo he de guardar.

La contestación de Calixto fué—sin levantarse del suelo—echar los brazos a aquel cuerpo

que temblaba de pasión y de triunfo... Tolina, inclinándose, balbuceaba:

—¡Al fin! Trabajo ha costado... ¡Ciego, ciego!

Un paso plomizo hizo crujir la arena... Calixto se incorporó... D. Juan se acercaba.

—Buscábamos esta cartera—explicó Tolina, radiante, blandiéndola en alto—. Figúrate que Calixto la tocaba con las manos, y no la veía. ¡Y cuidado si saltaba a la vista! Pero siempre sucede así: las cosas más evidentes son las que nos empeñamos en no ver... Toma, sobrino—prosiguió, deslizando ella misma, con graciosa familiaridad, el objeto en el bolsillo del joven—. No la vuelvas a perder, que vale un pico...

A la mañana siguiente, Calixto se marchó, dejando una carta de despedida, breve, aunque cariñosa. Necesitaba viajar largo tiempo, completar sus conocimientos, recorrer el mundo. Tolina, al enterarse de la carta que D. Juan leyó furioso—¡diablo de chiquillo!, ¡qué salida de pie de banco es ésta!—, no pronunció palabra.

Poco después se alteró gravemente su salud, y D. Juan la pasea por balnearios y antesalas de celebridades médicas, sin que se sepa todavía a punto fijo qué mal padece. Los nervios, de fijo... Los nervios, otro enigma sin clave...

FEMINISTA

Fué en el Balneario de Aguasacras donde hice conocimiento con aquel matrimonio: el marido, de chinchoso y displicente carácter, arrastrando el incurable padecimiento que dos años después le llevó al sepulcro; la mujer, bonitilla, con cara de resignación alegre, cuidándole solícita, siempre atenta a esos caprichos de los enfermos, que son la venganza que toman de los sanos.

Conservaba, no obstante, el valetudinario la energía suficiente para discutir, con irritación sorda y pesimismo acerbo, sobre todo lo humano y lo divino, desarrollando teorías de cerrada intransigencia. Su modo de pensar era entre inquisitorial y jacobino, mezcla más frecuente de lo que se pudiera suponer, aquí donde los extremos no sólo se han tocado, sino que han solido fusionarse en extraña amalgama. Han sido generalmente prendas raras entre nosotros la flexibilidad y delicadeza de espíritu, engendradoras de la amable tolerancia, y nuestro recio y chirriante disputar en cafés, círculos, reuniones, plazuelas y tabernas lo

demonstraría, si otros signos del orden histórico no bastasen.

El enfermo a que me refiero no dejaba cosa a vida. Rara era la persona a quien no juzgaba durísimamente. Los tiempos eran fatídicos, y la relajación de las costumbres horripilaba. En los hogares reinaba la anarquía, porque perdido el principio de autoridad, la mujer ya no sabe ser esposa, ni el hombre ejercer sus prerrogativas de marido y padre. Las ideas modernas disolvían, y la aristocracia, por su parte, contribuía al escándalo. Hasta que se zurciesen muchos calcetines no había salvación. La blandenguería de los varones explicaba el descoco y garrulería de las hembras, las cuales tenían puesto en olvido que ellas nacieron para cumplir deberes, amamantar a sus hijos y espumar el puchero.—Habiendo yo notado que al hallarme presente arreciaba en sus predicaciones el buen señor, adopté el sistema de darle la razón para que no se exaltase demasiado.

No sé qué me llamaba más la atención, si la intemperancia de la eterna acometividad verbal del marido, o la sonrisilla silenciosa y enigmática de la consorte. Ya he dicho que era ésta de rostro agraciado, pequeña de estatura, delgada, de negrísimo ojos, y su cuerpo revelaba esa contextura acerada y menuda que promete longevidad y hace las viejecitas secas y sanas como pasas azucarosas. Generalmente su presencia, una ojeada suya, cortaban en firme las diatribas

y cafilinarias del marido. No era necesario que murmurase:—No te sofoques, Nicolás, ya sabes lo que ha dicho el médico...—Generalmente, antes de llegar a este extremo, el enfermo se levantaba, y, renqueando, apoyado en el brazo de su mitad, se retiraba o daba un paseito bajo los plátanos de soberbia vegetación.

Había olvidado completamente al matrimonio—como se olvidan estas figuras de cinematógrafo, simpáticas o repulsivas, que desfilan durante una quincena balnearia—cuando leí en una cuarta plana de periódico la papeleta—«El Excelentísimo Sr. D. Nicolás Abreu y Lallana, Jefe superior de Administración... Su desconsolada viuda la Excma. Sra. D.^a Clotilde Pedregales...» La casualidad me hizo encontrar en la calle, dos días después, al médico Director de Aguasacras, hombre muy observador y discreto, que venía a Madrid a asuntos de su profesión, y recordamos, entre otros desaparecidos, al mal engestado señor de las opiniones rajantes.

—¡Ah, el Sr. Abreu! ¡El de los pantalones!—confestó riendo el doctor.

—¿El de los pantalones?—interrogué con curiosidad.

—Pero, ¿no lo sabe usted? Me extraña, porque en los balnearios no hay nada secreto, y esto no sólo se supo, sino que se comentó sabrosamente... ¡Vaya! Verdad que usted se marchó unos días antes que los Abreu, y la gente dió en reirse al final, cuando todos se enteraron... ¿Dirá usted

que cómo se pueden averiguar cosas que suceden a puerta cerrada? Es para asombrarse: se creería que hay duendes...

En este caso especial, lo que ocurrió en el balneario mismo debieron de fisgarlo las camareras, que no son malas espías, o los vecinos al través del tabique, o... En fin, brujerías de la realidad. Los antecedentes parece que se conocieron, porque allá de recién casado, Abreu, que debía de ser el más solemne majadero, anduvo jactándose de ello como de una agudeza y un rasgo de carácter, que convendría que imitasen todos los varones, para cimentar sólidamente los fueros del cabeza de familia.

Y fíjese usted: los dos episodios se completan.—Es el caso que Abreu, como todos los que a los cuarenta años se vuelven severos moralistas, tuvo una juventud divertida y agitada. Alifafes y dolamas le llamaron al orden, y entonces acordó casarse, como el que acuerda mudarse a un piso más sano. Encontró a aquella muchacha, Clotildita, que era mona, bien educada, y sin posición ninguna, y los padres se la dieron gustosos, porque Abreu, provisto de buenas aldabas, siempre tuvo colocaciones excelentes. Se casaron—y, la mañana siguiente a la boda, al despertar la novia, en el asombro del cambio de su destino, oyó que el novio, entre imperioso y sonriente, mandaba:

—Clotilde mía... levántate.

Hízolo así la muchacha, sin darse cuenta del

por qué; y al punto el esposo, con mayor imperio, ordenó:

—¡Ahora... ponte mis pantalones!

Atónita, sin creer lo que oía, la niña optó por sonreír a su vez, imaginando que se trataba de una broma de luna de miel... broma algo chocante, algo inconveniente... pero ¿quién sabe? ¿Sería moda entre novios?...

—¿Has oído?—repitió él—¡Ponte mis pantalones! ¡Ahora mismo, hija mía!

Confusa, avergonzada, y ya con más ganas de llorar que de reír, Clotilde obedeció lo mejor que pudo. ¡Obedecer es ley!

—Siéntate ahora ahí—dijo nuevamente el marido, solemne y grave de pronto, señalando a una butaca—. Y, así que la empantalonada niña se dejó caer en ella, el esposo pronunció:

—He querido que te pongas los pantalones en este momento señalado, para que sepas, querida Clotilde, que en toda tu vida volverás a ponértelos. Que los he de llevar yo, Dios mediante, a cada hora y cada día, todo el tiempo que dure nuestra unión, y ojalá sea muchos años, en santa paz, amén. Ya lo sabes. Puedes quitártelos.

¿Qué pensó Clotilde de la advertencia? A nadie lo dijo: guardó ese silencio absoluto, impenetrable, en que se envuelven tantas derrotas del ideal, del humilde ideal femenino, honrado, juvenil, que pide amor y no servidumbre... Vivió sumisa y callada, y si no se le pudo aplicar la divisa de la matrona romana «guardó el hogar e hiló

lana asiduamente» fué porque hoy las fábricas de géneros de punto han dado al traste con la rueca y el huevo de zurcir.

Pero Abreu, a pesar de la hlgiene conyugal, tenía el plomo en el ala. Los restos y reliquias de su mal vivir pasado, remanecieron en achaques crónicos, y la primera vez que se consultó conmigo en Aguasacras, vi que no tenía remedio; que sólo cabía paliar lo que no curaría sino en la fuente de Juvencia... ¡Ignoramos dónde mana!

Su mujer le cuidaba con verdadera abnegación. Le cuidaba: eso lo sabemos todos. Se desvivía por él, y en vez de divertirse—al cabo era joven aún—no pensaba sino en la poción y el medicamento. Pero—todas las mañanas, al dejar las ociosas plumas el esposo—, una vocecita dulce y aflautada le daba una orden, terminante, aunque sonase a gorgojo...

—¡Ponte mis enaguas, querido Nicolás! ¡Ponte aprisa mis enaguas!

Infaliblemente, la cara del enfermo se descomponía; sordos reniegos asomaban a sus labios... y la orden se repetía siempre en voz de pájaro, y el hombre bajaba la cabeza, atándose torpemente al talle las cintas de las faldas guarnecidas de encajes. Y entonces añadía la tierna esposa, con acento no menos musical y fino:

—Para que sepas que las llevas ya toda tu vida, mientras yo sea tu enfermerita, ¿entiendes?

Y aun permanecía Abreu un buen rato en

vestimenta interior femenina, jurando entre dientes, no se sabe si de rabia o porque el reuma apretaba de más,—mientras Clotilde, dando vueltas por la habitación, preparaba lo necesario para las curas prolijas y dolorosas, las fricciones útiles y los enfranelamientos precavidos.

LA BODA

El día era espléndido, primaveral, y la gente apiñada en el ómnibus, camino de los Viveros, iba del mejor humor posible, con el hambre canina que se despierta después de una mañana ajetreada, de emociones y aire libre. Se esperaban grandes cosas del yantar: bien rico y generoso era el novio, y bien pirrado estaba por la novia. Le constaba a Nicasio el platero, que se lo había confiado a doña Fausta la tintorera y a sus niñas: habría Champán y langostinos, y hasta se esperaba una sorpresa, un plato de marqueses, que se llama *¡bestion de fuagrá!*

Y no mentía el platero Nicasio. Don Elías, dueño de varias fábricas de quincalla y del mejor bazar de la calle de Atocha, había perdido la cuenta del tiempo que llevaba cortejando a la desdeñosa Regina, hija de doña Andrea, la Directora del Colegio de niños de la Plazuela de Santa Cruz. Regina era una rubia airosa, aseñoritada como pocas, instruidita, soñadora por naturaleza y también por haber leído bastante: his-

toria, novelas, versos, cosas de amores... amén de su afición al teatro, insaciable; no al teatro alegre ni al sicalíptico: a los dramas y a las comedias serias y sentimentales. Sería exceso llamar hermosa a Regina: pero tenía atractivo, elegancia, un modo de ser muy superior a su esfera social, y su cuerpo mostraba líneas de admirable concisión, realzadas por el vestir sencillo y delicado, a la francesa. No pasaba inadvertida en ninguna parte, y tenía sus envidiosas y sus imitadoras.

A pesar de la campaña de su madre—loca de gozo al presentarse un pretendiente como don Elías—, Regina luchó años enteros antes de aceptarle. No daba razones. No quería. Que no la hablesen de semejante cosa. Era dueña de su voluntad; no tenía ambición; no estaba en venta... y argumentos por el estilo. No se la conocía otro novio... Esto era lo que a la madre la volvía loca. «¡Si al fin ella no quiere a nadie! ¡Si por más que estoy a la mira no veo moros en la costa!»

Nunca se observan sino los hechos materiales... Los corazones no tienen ventanillas de cristal.—Regina se negaba tan resueltamente, porque no acababa de convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella sino para saludarla atentamente al entrar y al salir de clase. ¡Aquél, sí! ¡Una palabra de aquél! Regina, en secreto, y sin ridículas apariencias, sufría el largo y cruel proceso de la fiebre amorosa.—Cierta día,

cuando más renegaba de la triste condición de la mujer, que no la permite revelar su afán, por hondo que sea,—notó que disimuladamente, el gallardo profesor pasaba un billetito a una alumna jorobada, hija única de un usurero millonario. Hubo noches de insomnio y días de desgano; hubo lágrimas involuntarias y hasta crisis nerviosas; la defensa del ideal, que no quiere morir... Al cabo de un mes, de pronto, sin preámbulos, Regina anunció a su madre que estaba dispuesta a la unión con don Elías. Su consuelo era que nadie conociese la malhadada y defraudada ilusión... Había acertado a disimularla; su humillación era como si no hubiese existido, puesto que no la sospechaba ni doña Andrea, después de espiar a su hija continuamente. Sería el tesoro que guardase: su amor muerto, su desengaño, paloma de blancas alas, rotas y sangrientas...

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el ómnibus; la novia, ricamente vestida de raso negro, bajaba del interior. Antes que el novio la tendiese la mano para ayudarla, se adelantó un apuesto mozo: el propio Damián Antiste, el profesor, el ensueño hecho hombre, el verdadero autor del enlace entre la romántica criatura y el excelente y clásico industrial madrileño... ¿Cómo estaba allí Damián? Regina sabía a punto cierto que no había asistido a la boda en la iglesia. Sin duda, haciéndose el encontradizo, o doña Andrea o don Elías le convidarían... Lo cierto era que estaba... y que iba a comer tal vez a su lado... o

en frente... Regina recordó que el usurero había sacado del colegio a la niña corcovada, encerrándola a piedra y lodo; y pensó que Damián ya no se acordaría de sus ambiciosos planes. Todo esto lo calculó en un relámpago. La sensación terriblemente dulce de la mano del profesor estrechando la suya, de los ojos que la devoraban, abolió las demás, y suprimió cuanto no fuese el acre placer del triunfo. La mirada de Damián era atrevida, explícita, larga. Detallaba a Regina, hermosa realmente en aquel momento, bajo el velo blanco que nubaba los cabellos brilladores, ondulados con coquetería, adornada con el azahar céreo de verde follaje, resplandeciéndole en las orejas dos gotas de agua, limpias, gruesas, mil duros en cada lóbulo,—el derroche del espléndido y entusiasmado consorte... «Hoy le gusto»—pensó Regina, trémula de placer. Desvió las pupilas, pero el imán del alma le hizo girarlas otra vez hacia el profesor, que seguía devorándola con las suyas. ¡Aquella mirada, hacía dos meses! ¿Y por qué *ahora*? ¡Oh, no cabía duda! Era efecto del traje, del tul, de las joyas... Damián *no la había visto* hasta aquel instante. Las mujeres tienen de estas aprensiones: creen en el efecto irresistible del adorno, del traje, de las galas, y así se hacen pedazos tras ellas. ¡Ah, si Damián la ve antes radiante, engalanada, quién duda que la hubiese contemplado como la contemplaba ahora! Pero Damián no sabía ni que ella era bonita, ni que se moría por él... Como agua a la

cual se le abre la salida, la ilusión de Regina se desbordó... Era la larga pasión que se satisfacía sin poder contenerse, sin atender ni a respetos ni a pudores... Afortunadamente, el novio había corrido a hablar con el dueño del fondín, para saber si todas sus instrucciones se cumplían y el espléndido almuerzo se serviría pronto.

Las amigas despojaron a Regina de su velo y se decidió que, mientras no llegaba la hora de sentarse a la mesa, jugarían al escondite... La boda se desparramó por los senderos de la orilla del agua, que embalsamaban las postreras lilas y las primeras colindas blancas y olorosas. El aroma de aquellas flores madrileñas, en el aire seco y cálido, era trastornador. El follaje tierno, flexible, fino, de los arbustos, escondía los altos troncos de los árboles y tendía como una cortina movable y embalsamada ante el riachuelo. Era poesía lo burgués del oasis, y hasta poesía las notas del organillo que, lejos, empezaba a ganarse la propina con sus tocatas de zarzuela popular. Remangando la cola de su magnífico traje, la novia, que sentía hervir la juventud, corrió, dió el ejemplo. Damián la siguió. Nadie reparaba en ellos, o si reparaban las amiguitas, se sentían cómplices: dejar a la novia que se riese, que se alegrase; ¡estaba aún en la antesala del grave deber!

Damián alcanzó a la novia muy pronto. Contra un bosque de arbolillos ya densamente hojosos que empezaba a hacer languidecer el calor, la

acorralló sonriendo. Se acercó y Regina saboreó la sensación extrañamente divina de ver de cerca, muy de cerca, un rostro que se ha soñado y que ahora, próximo, dominador, parece distinto con el puntilleo de las pupilas al sol y el color cambiante del bigote que se enciende bajo la luz viva... Desfallecida la mujer, el galán la echó al talle los brazos y empezó a pronunciar palabras confusas, la canción eterna, que se apodera de las almas... Al pronto Regina escuchó bebiendo aquel hablar que la desvanecía y la embriagaba a la vez. Luego... ¿qué decía aquel hombre? Regina se hizo atrás espantada de lo que oía. Y él, inhábil, torpe, continuaba: «No niegue que me quiso, que me quería allá en el colegio... No lo niegue... Si yo lo sabía... Si lo noté desde el mismo momento en que empezó...» Las facciones de la novia, al pronto asombradas, expresaron al fin bochorno, desprecio infinito, ira profunda. ¡Miserable! ¡De modo que lo sabía! ¡Y entretanto, escribía a la millonaria! ¡Y a ella ni una señal de gratitud, ni una frase de consuelo, de simpatía! ¡La dejaba morir! ¡La dejaba casarse con otro! Y ahora... ¡Miserable!

La palabra asomó a los labios, blancos de cólera.—¡Miserable!—gritó en alto.

Y a paso lento, sin volver el rostro atrás, salió del bosque y se dirigió hacia el comedor. Allí debía de estar su novio, su marido. Y estaba, en efecto, dando disposiciones, señalando sifios en la mesa.

—¡Eufas!—dijo ella cariñosamente—. Mira que quiero sentarme a tu lado ¿eh?

Era la primera vez que le hablaba así... Todos notaron que durante el almuerzo—aquél almuerzo que dejó memoria—, ella estuvo tierna, insinuante, y el novio loco de alegría.

LOS ESCARMENTADOS

La helada endurecía el camino; los charcos, remanente de las últimas lluvias, tenían superficie de cristal, y si fuese de día relucirían como espejos. Pero era noche cerrada, glacial, límpida; en el cielo, de un azul sombrío, centelleaba el joyero de los astros del hemisferio Norte; los cinco ricos solitarios de Casiopea, el perfecto broche de Pegaso, que una cadena luminosa reúne a Andrómena y Perseo, la lluvia de pedrería de las Pléyades, la fina Corona Boreal, el Carro de espléndidos diamantes, la deslumbradora Vega, el polvillo de luz del Dragón, el chorro magnífico, proyectado del blanco seno de Juno, de la Vía Láctea... Hermosa noche para el astrónomo que encierra en las lentes de su telescopio trozos del universo sideral, y al estudiarlos, se penetra de la serena armonía de la creación y piensa en los mundos lejanos, habitados nadie sabe por qué seres desconocidos, cuyo misterio no descifra la razón. Hermosa también para el soñador que, al través de amplia ventana de cristales, al lado de una chimenea activa, en

combustión plena, al calor de los troncos, deja vagar la fantasía por el espacio, recordando versos marmóreos de Leopardi y prosas amargas y divinas de Nietzsche... ¡Noche negra, trágica, para el que solo, transido de frío, pisa la cinta de tierra encostrada de hielo, y avanza con precaución, sorteando esos espejos peligrosos de los congelados charcos!

Es una mujer joven. La ropa que la cubre sin abrigo, delata la redondez de un vientre fecundo, la proximidad del nacimiento de una criatura... Muchos meses hace que Agustina vive encorvada, queriendo ocultar a los ojos curiosos y malévolos su desdicha y su afrenta; pero ahora se endereza sin miedo; nadie la ve. Ha huído de su pueblo, de su casa; y experimenta una especie de alivio, al no verse obligada a tapar el talle y disimular su bulto, pues las estrellas de seguro la miran compasivas o siquiera indiferentes. ¡Están tan altas!

En el pueblo, ¡qué desprecio, qué burla, qué reprobación habían caído sobre ella al saberse el desliz! Era la segunda vez que delinquía en aquel honrado lugar una muchacha; la primera, al quinto mes se había arrojado a un pozo, de donde sacaron su cadáver. Recordaba Agustina cómo la extrajeron del pozo con cuerdas y garrruchas, y cómo traía rota una sien y el pelo pegado a la cara lívida, y recordaba también haber soñado con la ahogada muchas noches. Cuando, al confirmarse su desdicha, pensó Agustina en

la solución de la muerte, la imagen de la rota sien y la lívida cara la impidió poner por obra una desesperada resolución. Vinieron al pueblo entonces unos misioneros franciscanos, y Agustina se confesó deshecha en lágrimas.

—Grande es tu pecado—dijo el fraile—pero lo que pensaste es peor aún. No debes morir ni debe morir por tu culpa el hijo. Sufre con paciencia, espera el último instante y entonces vete a Madrid con esta carta mía. El señor a quien va dirigida hará que te admitan en la Casa de Maternidad.

Acercábase el día. Sin despedirse de nadie —ni de sus padres, que en vez de compadecerla la maldecían—Agustina puso en hatillo dos camisas y un refajo; en un bolso de lienzo unas pesetas, y guardada la carta en el pecho, salió al obscurecer por la puerta del corral, antes de que empezasen a rondar los mozos, sabedores de su desdicha y compañeros del que la ocasionó, y que en vez de repararla, cobardemente había desaparecido del pueblo. Era víspera de Nochebuena, y sería milagro que no saliesen de parranda. Agustina apretó el paso. La vergüenza la puso alas en los pies.

Dos horas hacía ya que caminaba, y faltaba todavía para Madrid una legua. Deshabituada de hacer ejercicio, el cansancio rendía a Agustina y el frío la penetraba hasta los fuétanos. Además tenía miedo; ¡aquella carretera tan solitaria!

A uno y otro lado extendíase la estepa gris,

sin rastros de habitación; torcidos chaparros remedaban figuras grotescas, enanos deformes o perros agachados para saltar y morder. El silencio era majestuoso y aterrador. Y la fugitiva también sentía hambre—el hambre pródiga que avisa a las que van a ser madres de que hay que sostener a dos seres. En su precipitación, no había sacado de su casa ni un mendrugo.

Quería llorar, y dos o tres veces se detuvo para quejarse alto, cual si alguien pudiese oírla. «¡Ay, señor! ¡Ay, mi madre!» como si su madre, la dura paleta, no la hubiese tratado peor que el padre todavía... La abrumaba un inmenso desfallecimiento, la tentación de arrojarse al suelo y dormir. Durmiendo, creía que iba a remediarse todo su padecer; que entraría en un estado de beatitud. Resabía de los últimos meses, en que infaliblemente, al despertarse tenía la ilusión de que su desgracia era pesadilla de sueño, y se sentaba, y creía que el bulto del vientre no existía... ¡Oh! ¡Si así fuese! ¡Quién volvería a sorprenderla, a engañarla; quién se acercaría a ella sin llevar su merecido!

Los pies, calzados toscamente, resbalaron de pronto sobre la vítreo superficie de una charca. El movimiento fué de báscula, y la muchacha cayó hacia atrás, boca arriba, atravesada en la carretera y desvanecida por el brutal sacudimiento del batacazo.

Diez minutos después se oyó en la carretera, a lo lejos, el cascabeleo y la rodadura de un carricoche. La claridad de los faroles avanzó, y el caballejo que tiraba, no muy gallardamente, del vehículo, pegó una huida ante el cuerpo que obstruía el paso. El hombre que guiaba refrenó al jaco y miró con sorpresa. Vamos, habría que bajarse, que prestar socorro al borracho... ¡No se trataba de un borracho! De una mujer... Peor que peor...

¡Una mujer! Nadie las aborrecía como el mediquín rural que, llamado por un asunto de interés, se dirigía a Madrid en noche tan cruda... El golpe de la traición sufrida, del amor escarnecido por su novia, su ideal—rompiendo la concertada boda tres días antes del señalado, y casándose con otro hombre antes de un mes—, fué origen, primero, de grave fiebre nerviosa, de la cual conservaba huellas en el amarillento rostro, y luego, de una misantropía profunda. Intelectual, sentimental y con aspiraciones cuando andaba enamorado, el desengaño le cortó las alas de la voluntad; le causó una de esas humillaciones en que dudamos de nosotros mismos para siempre, y le arrinconó en el poblachón obscuro donde vegetaba como un asceta, haciendo penitencia de tristeza y retiro por el ajeno pecado—caso más frecuente de lo que se supone—. Sólo por estricta necesidad había resuelto el viaje. ¡Y ahora, aquel estorbo en el camino! ¡Una hembra!

Desenajó un farol del coche y con él alum-

bró la cara de la mujer privada de sentido. Se sorprendió. Joven, bonita, de facciones de cera, delicadas y dulces. ¡Y perdida a tal hora, en la soledad! ¿Atentado? ¿Crimen? La quiso incorporar... Un gemido débil reveló la vida.

—¿Qué tiene usted? ¿Está usted enferma?— preguntó el médico, sosteniéndola por los sobacos, en el aire.

Otro gemido contestó; era de sufrimiento, de un sufrimiento concreto, positivo.

—¿Está usted herida?

La muchacha se incorporó difícilmente; parecía atónita, y no se daba cuenta de por qué se encontraba allí, por qué la interrogaba un desconocido. La memoria acudió y con ella la conciencia del mal... Su brazo derecho no obedecía; colgaba inerte, y una sensación extraña, de parálisis, iba extendiéndose al hombro.

—Se me figura que tengo roto este brazo...

Las manos del médico, palparon, reconocieron... ¡Era verdad!

—¿A dónde iba usted? ¿De dónde es usted?

Agustina miró al que la dirigía la palabra y la amparaba enérgicamente. Vió un rostro consumido de melancolía, una barba descuidada, unos ojos en que la indiferencia luchaba con la compasión... No sería fácil explicar, a no ser por la franqueza súbita y total del sér desamparado, que nada recela porque todo lo ha perdido, cómo Agustina—la paletita cansada de disimular y mentir a su familia y a todo un pueblo—, no supo

callar nada al incógnito que acababa de socorrerla. Habló entre sollozos, sin reparo, hasta sin vergüenza ni confusión, como el que cree estar contando a un desdichado desdichas mayores. Hizo su historia, en pocas y desgarradoras frases.

—Súbase usted al coche... Tápese con la manta... Yo la llevaré al hospital.

Un cuarto de hora rodó el coche por la carretera—despacio, porque en la helada resbalaba también el caballo—, cuando Agustina, en el bienestar infinito de la ardiente gratitud, al sentirse acompañada, salvada, extendió la mano izquierda, asió la del médico, y la besó sin saber lo que hacía. El tembló; ¡hacía tanto tiempo que sólo sentía en sueños el roce de unos labios femeniles! Por su parte, la muchacha, pasado el transporte, se quedó abochornada, acortada de confusión. ¡Qué había hecho, ay mi madre! ¡Un hombre, y ella que estaba determinada a no tocar ni al pelo de la ropa a ninguno! ¡Ella, la escarmentada, el gato escaldado, la del aprendizaje cruel y definitivo! Pero ¿era realmente un hombre el que la llevaba así, a su lado, con tanta caridad, con tanta consideración? No, hombre, no; era... un santo; un santo como los que se ven en los altares...

De pronto, el médico volteó el coche, emprendiendo la caminata en sentido opuesto.

—Estamos más cerca de mi casa que de Madrid... Urge curarle a usted ese brazo. Si llega-

mos a Madrid tarde, van a perderse horas... Es preciso que yo reconozca pronto esa fractura, y que la atendamos... Viene usted a mi casa. Allí nada la faltará.

Y cuando hablaba así a una mujer, el escarmentado, el dolorido, el misógeno, pensaba:

—No es una mujer; es una víctima, una mártir...

Y bajo la manta que les cubría y les prestaba calor y abrigo a medias, los afluvios de la juventud, la necesidad de querer, se insinuaban riéndose del escarmiento.

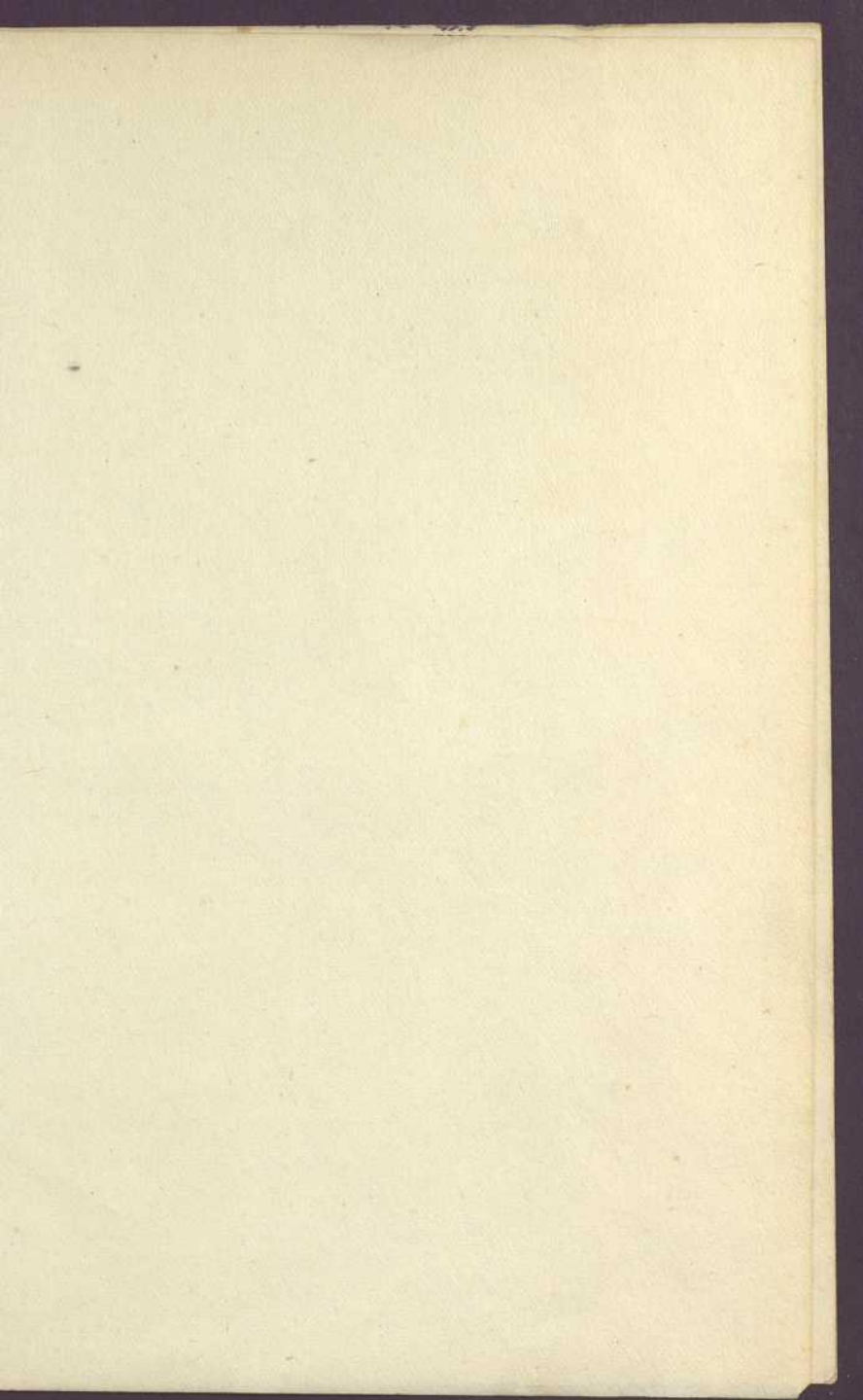
Las estrellas, más fulgentes a medida que la noche avanzaba, no se enterarían. ¡Están tan altas! ¡Tan distantes!

ÍNDICE

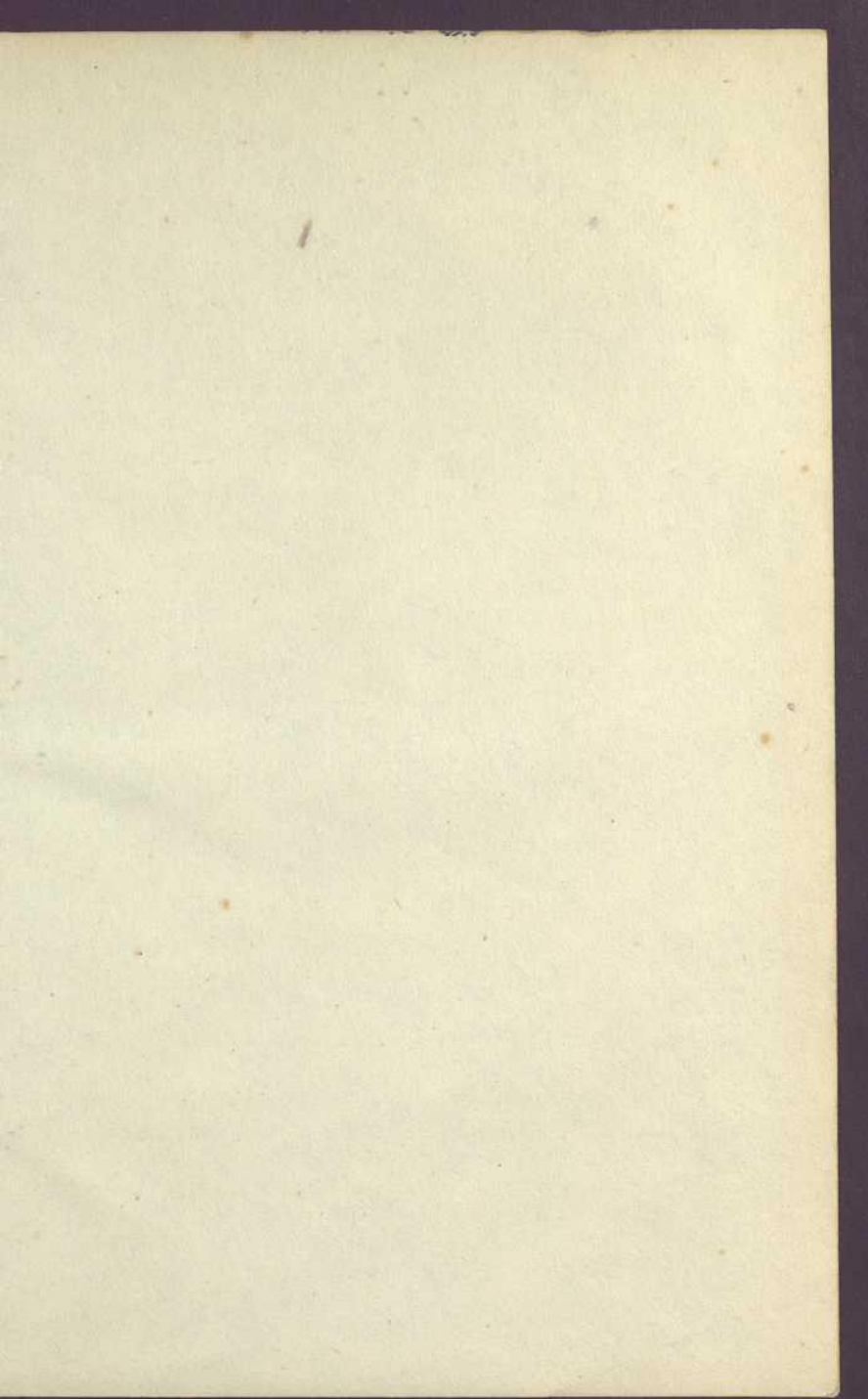
	<u>Páginas</u>
Sud-exprés	5
Eñ Babilonia.....	12
La risa.....	19
John.....	25
Gloriosa viudez.....	33
Salvamento.....	39
Jactancia.....	45
Otro añito.....	52
El engaño.....	58
La niebla.....	64
La vergüenza.....	70
El abanico.....	75
La mirada.....	82
Deber.....	88
Navidad.....	94
Solución.....	103
Heno.....	109
Sin esperanza.....	115
Un sistema.....	122
Aire.....	128
Los cinco sentidos.....	134
La Sor	140
Por España.....	144
Díptico.....	151
El mundo.....	156
El disfraz.....	163
Mal de ojo.....	170

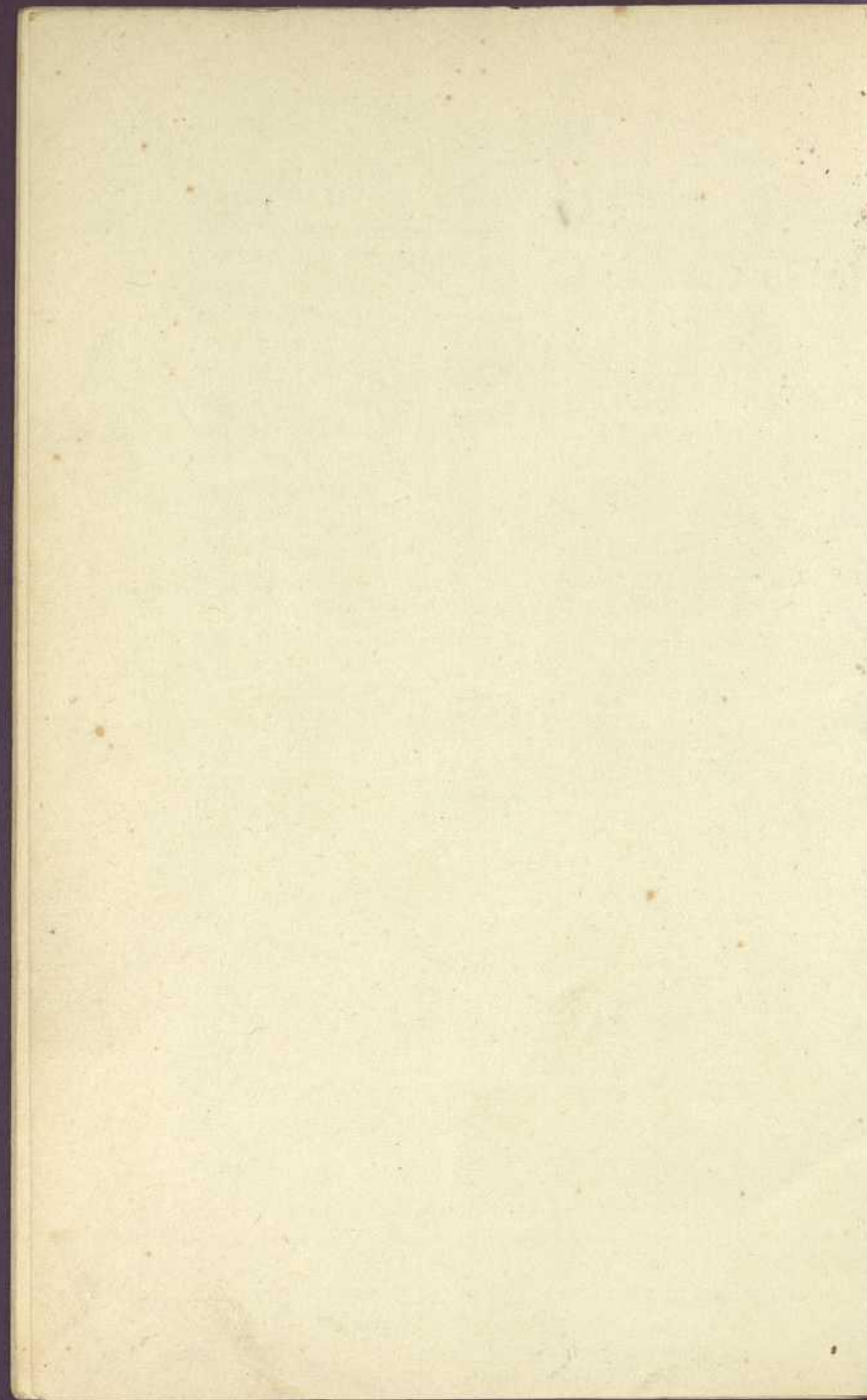
El espectro.....	176
El mausoleo.....	182
Los cirineos.....	188
Paria.....	201
Siguiéndole.....	208
Sin pasión.....	215
El rival.....	221
Los rizos.....	229
Implacable Kronos.....	235
Primaveral-moderna.....	240
Casi artista.....	247
La clave.....	254
Feminista.....	260
La boda.....	267
Los escarmentados.....	274

32.....	Otro año
38.....	El engaño
44.....	La nieta
70.....	La vergüenza
76.....	El español
82.....	La murda
88.....	Oper
94.....	Navidad
100.....	Solución
106.....	Pieno
112.....	Sin esperanza
118.....	La sistema
124.....	Ale
130.....	Los cinco señores
140.....	La bar
146.....	Por España
152.....	Dipato
158.....	El mundo
164.....	El diablo
170.....	Mal de ojo

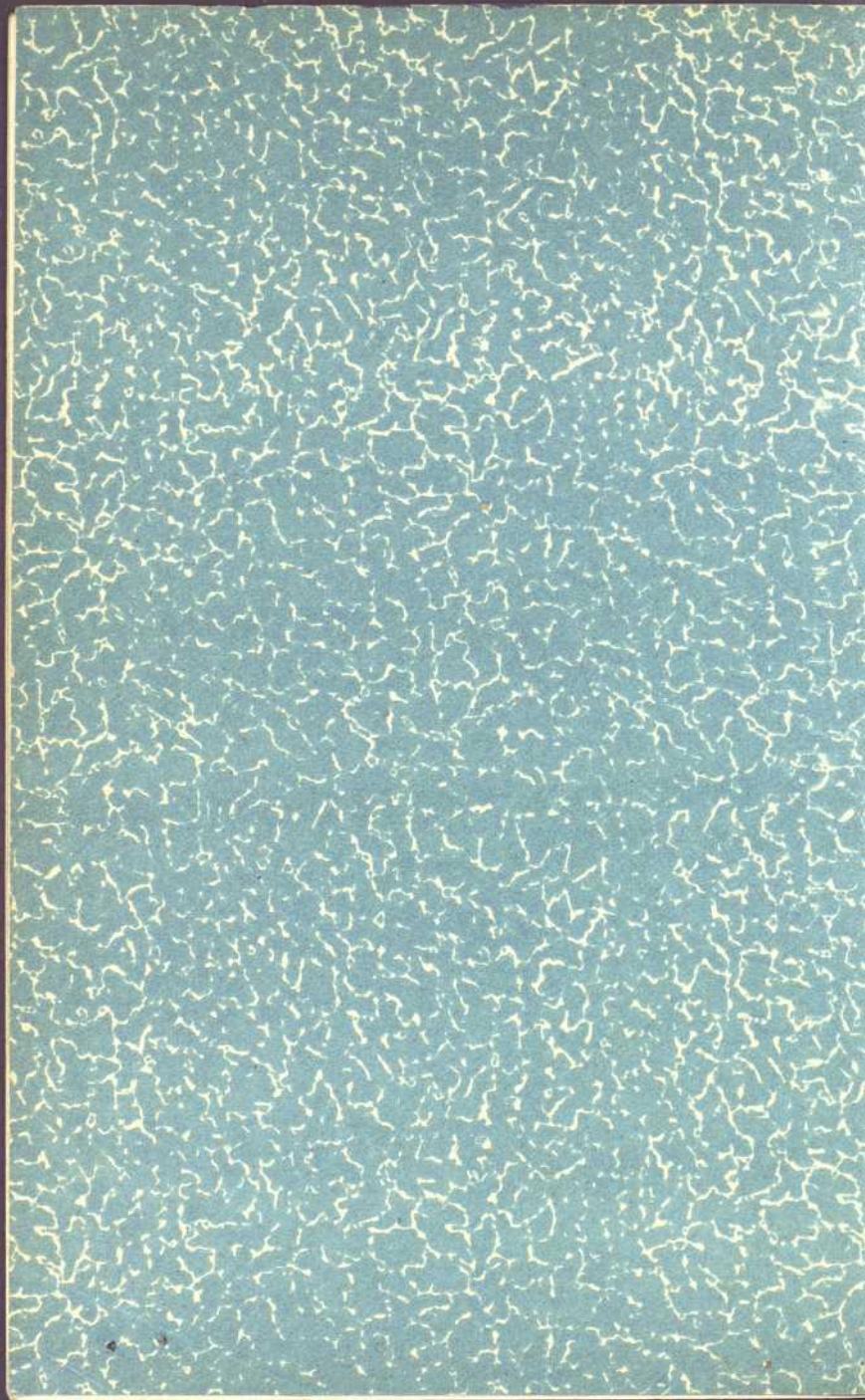


El mundo	174
Los animales	177
Los vegetales	181
El agua	184
El viento	187
El fuego	190
El suelo	193
El aire	196
El cielo	199
El mar	202
El sol	205
La luna	208
Las estrellas	211
Los planetas	214
Los cometas	217
Los meteoritos	220













F. BAZÁN

SUD - EXPRES

F A

4851